

HARLEQUIN®

Tiempo para ti™

BIANCA®

Placeres prohibidos

Anne Mather

Anne Mather
Placeres prohibidos (2000)
Título Original: Sinsul pleasures (1998)
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Bianca 1103
Género: Contemporánea
Protagonistas: Megan Cross y Jeremy "Remy" Robards
Argumento:

Megan Cross no había vuelto a la isla caribeña de San Felipe desde el desagradable divorcio de sus padres y el segundo matrimonio de su madre.

Su padrastro, gravemente enfermo, quería su perdón por haberla separado de su madre, y eso la decidió a volver. Muchas cosas habían cambiado en los dieciséis años pasados y lo que más el hijo de su hermanastra, Remy.

Anne Mather – Placeres Prohibidos

El niño se había convertido en un joven increíblemente atractivo, cuyas bromas la turbaban profundamente y cuya intimidad sabía que no debería alentar…

Capítulo 1

Había estado nevando cuando abandonó Londres. Espesos copos de nieve azotaban las ventanillas del avión y cubrían la pista con un manto blanco. Se había preguntado si el avión sería capaz de despegar en tales condiciones. O quizá hubiera esperado que no lo hiciera, reflexionó preocupada. Entonces hubiera tenido una excusa legítima para quedarse en casa.

Y no era que no le gustara la nieve, se aseguró a sí misma. Era el tipo de tiempo que esperaba en esa época del año. Un sol resplandeciente en enero le parecía fuera de lugar. De hecho, la mayoría de la gente consideraría la oportunidad de pasar cuatro semanas en el Caribe como un sueño. Sobre todo en sus circunstancias, después de haber pasado unas miserables vacaciones de Navidad en la cama de un hospital.

Pero ella no era la mayoría de la gente, pensó Megan con impaciencia removiéndose en su asiento. Ella no quería ir al Caribe. No tenía ningún deseo de ver a su padrastro ni a su familia. Desde la muerte de su madre, apenas había tenido contacto con los Robards y eso le parecía bien. Muy bien, de hecho.

Bajo el avión, las aguas de color turquesa se burlaron de sus sentimientos. Lo quisiera o no, le faltaba menos de una hora para llegar a su destino. El gigantesco avión ya estaba descendiendo hacia el Cabo de San Nicolás y la isla de San Felipe pronto aparecería bajo ellos. Por muy pocas ganas que tuviera de volver a ver a la segunda familia de su madre, ya no le quedaba otro remedio.

Le servía de poco consuelo el que no hubiera sido enteramente decisión suya. El hecho de que su hermanastra la hubiera llamado mientras estaba todavía en el hospital había sido pura casualidad. Simón había contestado al teléfono sin saber nada del distanciamiento entre los Robards y ella y no había vacilado en decirle a Anita que estaba enferma. Probablemente habría exagerado su enfermedad como de costumbre y había pensado que Anita era muy amable cuando le había sugerido que pasara unas semanas con ellos para recuperarse. Ni se le había ocurrido siquiera que ella no quisiera hacerlo.

Y por supuesto, Anita estaba siendo amable, reconoció Megan con desgana.

Anita siempre había sido amable y, en otras circunstancias, su amistad habría sobrevivido. Era algo mayor que ella, pero siempre la había tratado con afecto.

Después de todo, si no hubiera sido por Remy y por ella, las vacaciones que había pasado con su madre y el hombre que se había convertido en su padre, habrían sido muy solitarias.

Pero incluso así, nunca hubiera aceptado la invitación de Anita en

circunstancias normales. Su hermanastra podría haberla invitado, pero ella sabía que nunca lo habría hecho sin el consentimiento de su padre. Ryan Robards probablemente controlara a su hija ahora tanto como la había controlado años atrás.

Si estaba de camino a San Felipe, era porque Ryan Robards quería que lo hiciera.

El problema era que ella no quería. Y ahora que estaba llegando a su destino, no podía entender cómo la habían convencido. Pero la enfermedad y la debilidad consecuente la habían dejado vulnerable a los consejos de Simón. Necesitaba un descanso, le había dicho él con firmeza. ¿Y dónde mejor que con la gente a la que le importaba?

Sólo que a ellos no les importaba ella, protestó ahora en silencio. No la mujer adulta en que se había convertido. Ellos recordaban a Meggie, la adolescente de quince años, la niña que había sido tan ingenua como para creer que sus padres nunca se divorciarían.

Megan suspiró y ajustó la almohada bajo su cabeza de nuevo desviando la atención hacia la azafata.

—¿Puedo ayudarla en algo, señorita Cross?

Su sonrisa fue cálida y solícita y Megan se obligó a responder con la misma amabilidad.

—No, gracias.

Le hubiera gustado tomar un whisky, pero la medicación que todavía estaba tomando le prohibía el alcohol, y no quería correr riesgos.

La azafata se fue de nuevo y Megan intentó relajarse. Después de todo, había ido allí para eso, para olvidarse de teléfonos, faxes y las interminables demandas del estudio de diseño que Simón y ella habían abierto ocho años atrás. El trabajo se había convertido en su vida y su obsesión. Ninguna otra cosa le había parecido importante, ni las propiedades, ni la gente y mucho menos su salud.

Lo irónico del asunto era que no sabía cómo iba a relajarse en San Felipe. Al contrario, sólo pensar que estaban a punto de aterrizar le ponía los nervios de punta.

Nada de lo que Anita había dicho la había convencido de que su padrastro se alegraba de que fuera. Para Ryan Robards, ella había traicionado a su madre al decidir vivir con su padre. E incluso después de que Giles Cross muriera, su amargura todavía sobrevivía.

El único consuelo que le quedaba era que Anita había llamado sin saber que ella estaba enferma. Después de años en que su único contacto había sido una tarjeta de Navidad y otra de cumpleaños, aquella llamada era cuando menos inesperada.

Pero incluso así iba a ser difícil. Megan no tenía ni idea de qué decir a alguien con quien no había hablado en dieciséis años. ¿Cómo iba a compartir sus problemas con una desconocida? Ni siquiera sabía

si la otra mujer estaba casada y mucho menos lo que podía haberle pasado a su hijo.

Remy.

Megan ladeó la cabeza, ajustó la almohada y suspiró. Era extraño pensar que Remy hubiera crecido también. Entonces tenía… ¿Cuántos, cinco, seis? Ella recordaba a un niño moreno que corría por los alrededores medio desnudo la mayor parte del tiempo y que había disfrutado bromeando con su compañera de juegos: ella.

No le había preguntado a Anita por Remy cuando había hablado con ella.

Había estado tensa e incomunicativa, demasiado concentrada en buscar excusas para no ir. Y no era que desdeñara a su hermanastra. Anita debía haber pensado que su actitud debía de ser el resultado de semanas de medicación y había insistido en que fuera a San Felipe a recuperar fuerzas. Aquello era lo que su madre hubiera querido para ella y Megan no había podido discutirlo.

Se estaba poniendo cada vez más nerviosa y se fue al baño. En el estrecho confinamiento del cubículo, examinó sus pálidas facciones con mirada crítica. Dios mío, haría falta mucho más que un poco de carmín para darle algo de vida a su cara.

La verdad era que se había abandonado mucho últimamente, pero con Simón pasando tanto tiempo en Nueva York, había tenido mucho trabajo. Debería delegar más, eso lo sabía. Y Simón no dejaba de decírselo. Se inclinó hacia el espejo. ¿Era aquello una cana?, se preguntó con ansiedad. Sacudió la cabeza para que desapareciera.

¿Parecería demasiado seria?, se preocupó estirando la chaqueta del traje pantalón. Era de color azul marino con rayas de color crema y realmente no parecía apropiado para vacaciones. Supo que Simón no había aprobado su elección desde el minuto en que había bajado al piso de abajo esa misma mañana.

Pero no hubiera podido ponerse nada ligero ni femenino en su estado mental actual. El traje azul era impersonal y estaba más de acuerdo con su humor.

Alguien giró el pomo de la puerta recordándole que había dedicado demasiado tiempo a inspeccionar su aspecto. ¿Y qué importaba después de todo?, pensó al abrirla puerta del baño.

Fuera, la azafata le dirigió una mirada de preocupación.

—¿Se encuentra bien, señorita Cross? —preguntó con una sonrisa —. Vamos a aterrizar en unos minutos. Si toma asiento y se ajusta el cinturón de seguridad, pronto la dejaremos a salvo en tierra.

—¡Ah, bien!

Megan consiguió esbozar una sonrisa cortés y volvió a su asiento. El avión estaba ya bastante inclinado y era difícil mantener el equilibrio, por lo que achacó la repentina náusea al vuelo.

Sin embargo, apostaba a que aquella sensación era más psicosomática. La idea de volver a ver a los Robards le inquietaba y se preguntó si su padrastro iría a buscarla al aeropuerto. ¿Qué diablos iba a hacer ella para no sonar totalmente falsa?

El estómago le dio un vuelco de repente, pero esa vez sí que fue por el efecto del descenso del avión. El piloto sacó el tren de aterrizaje al pasar el promontorio rocoso del cabo de San Nicolás y se lanzaron hacia la pista que corría paralela a la playa.

Era precioso, pensó con desgana al asaltarla con pena el recuerdo de las vacaciones que había pasado allí. ¡Había sido tan ingenua en aquellos días! Tan inocente… Por eso le había dolido tanto descubrir la verdad.

Pero no quería pensar en aquello ahora. Aquel periodo de su vida estaba muerto y enterrado. Igual que sus padres, pensó con amargura. No tenía sentido creer que su padre seguiría vivo si su madre no lo hubiera traicionado, lo mismo que pensar que su madre, Laura, no habría desarrollado un maligno cáncer de piel si hubiera seguido viviendo con su padre…

El avión aterrizó sin incidentes y se desplazó despacio hacia los edificios del aeropuerto. Megan recordaba que la primera vez que había llegado a la isla habían tenido que resolver las formalidades en una especie de cabaña de techo de zinc, que resonaba con estrépito cuando llovía. Y llovía a veces torrencialmente, recordó con desgana.

Pero ahora, cuando se abrió la puerta del avión y los demás pasajeros comenzaron a desembarcar, Megan sintió el calor casi antes de salir del aparato. Al instante se dio cuenta de lo inadecuado de su ropa.

Así que se alegró de bajar las escaleras y entrar en el recibidor. Y aún se alegró más al descubrir que ahora ya había aire acondicionado.

Al mismo tiempo, por primera vez se arrepintió de haber viajado en primera clase. En esa ocasión, se hubiera sentido más cómoda entre la pequeña multitud que se agolpaba alrededor de la cinta transportadora en espera de sus equipajes.

Comprendió lo poco preparada que estaba para enfrentarse a aquel inminente encuentro.

Después de pasar el mostrador de control de pasaportes, el edificio se abría a la zona de aduanas y dos cintas transportadoras ya habían empezado a descargar el equipaje del avión de la British Airways. Vio, para a su desmayo, que su equipaje ya había sido descargado y tuvo que ir a recogerlo.

No sabía si alegrarse o sentirlo cuando por fin salió y descubrió que ni Anita ni Ryan estaban allí. Había contratado a un mozo para transportar su equipaje a la parada de taxis, pero no había pensado que tuviera que tomar uno.

No sabía qué hacer. Su ropa formal la hacía destacar de los turistas normales, la mayoría de ellos vestidos con atuendos ligeros de verano. Ella se parecía más a una residente que volviera a casa, reflexionó. Si al menos tuviera su coche esperándola…

El calor ya le estaba afectando de verdad. Incluso bajo el tejadillo que cubría la parada de taxis, el aire húmedo le estaba robando las pocas fuerzas que le quedaban.

—Megan…

La voz era desconocida, pero evidentemente aquel hombre conocía su nombre.

Se dio la vuelta con mirada interrogante. Quizá Ryan Robards hubiera contratado a un chofer, pensó mirando al hombre con cierta reserva. Vestido con vaqueros desgastados y camiseta ajustada y con un pendiente en su lóbulo izquierdo, no parecía una persona capaz de inspirar confianza.

—¿Me habla a mí? —preguntó con rigidez preguntándose si sería algún ligón de playa merodeando por el aeropuerto a la caza de ingenuas turistas.

Deslizó la vista hacia sus maletas y comprobó que su secretaria sólo había puesto su apellido en las etiquetas.

—Eres Megan, ¿verdad? —preguntó él con abierta curiosidad ante su formal respuesta.

Megan comprendió que no iba a irse. Al contrario, la estaba mirando con tanto interés, que de repente deseó que hubiera sido Ryan Robards el que hubiera ido a buscarla.

—¿Y qué si lo soy? —preguntó mirando a su alrededor con impaciencia.

¡Por Dios bendito! ¿Dónde estaba Anita? ¿Es que no sabía la hora de llegada de su vuelo?

—He venido a buscarte —dijo el hombre con frialdad mientras una mirada de consternación recorría la cara de ella. El desconocido le pasó al mozo unos billetes y sacó sus maletas del carrito—. Si vienes conmigo, el coche está aparcado ahí mismo.

—Espere un minuto —Megan sabía que estaba siendo demasiado cautelosa, pero no podía ir con él sin saber quién era—. Quiero decir, que no sé quién es usted.

¿Lo ha enviado el señor Robards? Esperaba que viniera a buscarme Anita.

El hombre suspiró. Seguía sujetando sus maletas y debían ser pesadas incluso para él, aunque no parecía preocuparle. Sus brazos y hombros eran musculosos y nervudos bajo su piel dorada.

—Supongo que podría decir que me han enviado a buscarte —dijo por fin sacudiendo la melena morena y lisa. Por un momento, Megan creyó percibir algo familiar en sus finas facciones, pero aun así,

hubiera preferido que se fuera por donde había llegado.

Él empezó a avanzar por el camino y ella tuvo que seguirlo a la fuerza. O eso, o ya podía despedirse de su equipaje.

Estaba sudando cuando llegaron al coche, así que fue un consuelo que tuviera aire acondicionado.

—Sube —sugirió el hombre al mirarla y ver su cara de fatiga—. Estaré contigo en un minuto. Mamá pensó que preferirías ir en el Audi en vez del Buggy.

Megan parpadeó.

—¿Mamá? —repitió mirándolo con incredulidad mientras él sonreía—. ¿Tú eres… Remy? ¡Dios santo! Lo siento. No tenía ni idea.

—No, ya se nota —dijo con una leve mueca de ironía en los labios —.

Bienvenida a San Felipe, tía Megan. Espero que disfrutes de tu estancia aquí.

Megan parpadeó y, al darse cuenta de que lo estaba mirando con más curiosidad de la debida, se reclinó contra el respaldo.

¡Remy! Dirigió una mirada de incredulidad al joven que estaba cargando sus maletas en el coche. Había esperado que hubiera crecido, por supuesto, pero nunca…

¿Qué? Sacudió la cabeza con un poco de impaciencia. ¿Qué era lo que había esperado, después de todo? ¿Que no se hubiera convertido en un hombre tan atractivo?

Sin embargo, era difícil asociar al niño que recordaba con aquel hombre. No había sido más que un niño cuando su madre la había llevado por primera vez a San Felipe y de repente la hacía sentirse increíblemente vieja. La había llamado «tía Megan» y suponía que eso era lo que ella era para él.

Se preguntó qué haría para ganarse la vida y si trabajaría con su abuelo en el hotel. También estaba el puerto, por supuesto, y en la isla se cultivaba café.

Probablemente tendría dónde elegir. Sólo porque vistiera así, no tenía motivos para suponer que se dedicara a vaguear.

La portezuela trasera se cerró y Remy rodeó el coche y se metió a su lado.

Megan esbozó una torpe sonrisa cuando arrancó, pero era consciente de que sus sentimientos eran mucho menos sencillos que los de él.

—Yo sí te reconocí —señaló él al mirar por el retrovisor antes de arrancar—. No has cambiado tanto, aparte del pelo. Solías llevarlo largo.

Era cierto. Megan tuvo que hacer un esfuerzo por no examinarse en el espejo.

Su pelo siempre había sido liso, pero en aquella época se lo solía

rizar. Y de adolescente se había hecho un moldeado afro.

—No sé si tomarlo como un cumplido. En aquella época era muy extravagante.

Y pesaba como diez kilos más de la cuenta.

—Pero ya no —observó Remy examinándola con brevedad—. Mamá nos contó lo de la operación. ¡Vaya faena, tener úlceras a los veintiocho años!

—Ya tengo casi treinta y uno y no eran úlceras, sólo una bastante fea. Me pusieron un tratamiento, pero no funcionó.

—Y acabó perforando.

Megan asintió.

—Sí.

—Mamá dijo que estuviste entre la vida y la muerte unas cuantas horas. Y tu novio nos contó todos los detalles escabrosos.

—¿De verdad?

Megan estuvo a punto de explicarle que Simón no era su novio, pero cambió de idea. Compartían la casa porque les convenía a los dos, pero el resto… bueno, era sólo asunto de ellos.

—Sí —Remy se metió entre la corriente el tráfico que abandonaba el aeropuerto

—. Supongo que tu trabajo debe de estresarte demasiado. Tienes que aprender a relajarte.

«¿Como tú? », estuvo a punto de soltar.

Pero apretó los labios y desvió la mirada de su sólida figura a la ventanilla.

¡Dios santo! ¿Quién hubiera pensado que el hijo de Anita se convertiría en un tipo tan imponente? Si alguna vez se cansaba de la vida de la isla, ella podría encontrarle trabajo de modelo en menos que cantaba un gallo.

Aquello no era justo, pensó mientras se fijaba en que la carretera del aeropuerto era ahora de dos vías. Remy podría ser muy guapo, pero no tenía el tipo de mirada blanda de los modelos con los que ella acostumbraba a tratar. Había carácter en sus limpias facciones y una áspera dureza en su boca. La cámara podría enamorarse de él, pero dudaba que le diera la oportunidad.

De hecho, se parecía bastante a su abuelo, pensó apretando los labios. Ryan Robards había poseído la misma sexualidad desnuda tan aparente en su nieto. Por supuesto, Remy podría parecerse a su padre también, pero eso era algo de lo que nunca se había hablado en su presencia. Sólo sabía que Anita no había sido más que una colegiala cuando él había nacido.

—Entonces, ¿cómo encuentras esto? —preguntó él ahora, dirigiendo una mirada en su dirección.

—Precioso —dijo convencida. Las brumosas playas blancas y

exuberante vegetación que había visto desde el avión se habían convertido en el colorido paisaje que recordaba. Entre los dos carriles de la carretera, los arbustos floridos formaban una exótica mediana y a lo lejos brillaban las aguas turquesas de Orchid Bay—.

Siempre me encantó venir aquí.

—Entonces, ¿por qué no has vuelto? Mamá está deseando verte. No ha dejado de hablar de ti los últimos días.

—¿De verdad? —Megan se mordió el labio inferior—. Yo también estoy deseando verla. ¿Y tu abuelo? Supongo que estará a punto de retirarse, si no lo ha hecho ya.

Le pareció que Remy vacilaba antes de contestar.

—¡Oh, el abuelo sigue por ahí!

Pero era evidente que no le apetecía hablar de él. Megan se dedicó a mirar al paisaje sin verlo. Tenía calor y, a pesar del aire acondicionado, se sentía incómoda. Y

estaba nerviosa. ¿Por qué se había puesto a sí misma en aquella situación?, se preguntó. Tenía la sensación de que al final iba a arrepentirse.

La velocidad la estaba mareando y miró con sospecha al conductor. Su perfil era fuerte a pesar del efecto suavizante de sus espesas pestañas y el húmedo pelo un poco rizado en la base del cuello.

Era atractivo, pensó consciente de que en mucho tiempo no la había afectado ningún hombre. Y no era que se sintiera atraída por él, se dijo a sí misma. Después de todo, era su sobrino. Lo único que hacía era que se sintiera vieja.

—¿Qué pasa?

Y también era intuitivo, pensó Megan.

—Hum, nada. Es sólo que… es extraño estar aquí de nuevo. Es un alivio ver que la isla apenas ha cambiado.

Remy enarcó las cejas rectas.

—¿Al contrario que yo, quieres decir?

—Bueno, por supuesto —se encogió de hombros—. Todos hemos cambiado y sólo hace falta mirarte para ver cuánto.

—No te pongas maternal, Megan.

—No estaba siendo…

—Pues a mí me lo ha parecido —los leonados ojos de Remy se habían oscurecido y Megan sintió un involuntario escalofrío—. Supongo que te cuesta aceptar que ahora estemos en los mismos términos. Entonces siempre me estabas recordando el par de años que me sacabas.

Megan lanzó un gemido.

—Haces que parezca una estúpida.

—¿Tú crees?

—Sí. Y además, no hay sólo un par de años de diferencia entre

nosotros —se humedeció los labios—. Tú tenías cinco o seis la última vez que te vi. y yo tenía casi quince. Una adolescente, nada menos.

—Yo tenía casi nueve —la corrigió Remy—. Y ahora tengo veinticinco, Megan, así que no me trates como si acabara de salir de la escuela.

Megan tragó saliva.

—No pretendía ofenderte…

—No lo has hecho, pero deja de darle tanta importancia a tu edad —redujo un poco al llegar al cruce en dirección a El Serrat—. Sin embargo, ya que eres prácticamente senil, ¿no has sentido la tentación de casarte alguna vez?

Megan lanzó una carcajada nerviosa.

—Últimamente no —confesó—. He estado demasiado ocupada. Ser tu propio jefe puede ser tan placentero como penoso.

—Sí, ya lo sé.

—¿Lo sabes?

—Claro. Yo también trabajo por mi cuenta. Supongo que no es gran cosa, pero consigo pagar la renta.

Megan lo miró.

—Supongo que dirigirás el hotel entonces…

—¡Diablos, no! —sacudió la cabeza—. Nunca se me ocurriría trabajar con mamá. Soy abogado y tengo un pequeño bufete en El Serrat.

—¡Abogado!

Megan no pudo ocultar el tono de incredulidad.

—Sí, abogado y de los duros. Actualmente defiendo a criminales.

Megan sintió que se sonrojaba hasta el cuello.

—No hace falta que seas sarcástico.

—Entonces deja de actuar como una tía solterona.

—Bueno, eso es lo que soy —dijo Megan con una tímida sonrisa—. De acuerdo, me disculpo. Supongo que tendré que aprender muchas cosas de todos vosotros.

Bueno, ¿Cómo está tu madre? ¿Sigue trabajando en el hotel?

Remy lanzó un suspiro como si sus palabras apenas lo hubieran pacificado.

—Sí. Ahora prácticamente lo dirige ella sola.

—¿Y no se ha casado? —preguntó Megan para hacer la conversación más liviana.

Pero la mirada que le dirigió Remy no tenía nada de simpatía.

—¿Para hacerme legítimo, quieres decir? —Megan se hubiera abofeteado a sí misma—. No, supongo que podría decir que el abuelo es la única figura paternal que he conocido.

—Eso no era lo que yo quería decir y lo sabes —se defendió Megan —. Me refería a que es una mujer relativamente joven. Pensé que

podría… haberse enamorado.

—Quizá amara a mi padre —dijo Remy con sorna—, por muy improbable que parezca. Además… —sus labios adoptaron una mueca cruel—, no hubiera creído que el amor significara tanto para ti.

—¿Perdona?

—Bueno, tú abandonaste a la mujer que te amaba sin ningún pesar aparente.

Porque tu madre te amaba, Megan. ¿O has preferido olvidarlo? ¿Cómo puedes hablar de amor cuando le rompiste el corazón?

Capítulo 2

¿Por qué había dicho eso?, se preguntó él disgustado.

Remy tenía las manos apretadas contra el volante y no se atrevía a mirarla a la cara. No tenía derecho a criticarla porque ella había sido tan joven en aquella época, que quizá no hubiera entendido nada.

Megan se había quedado tan callada como pálida. Por un momento, él se había olvidado de lo enferma que había estado y se sintió culpable por disgustarla de aquella manera.

—Mira, lo siento —empezó con aspereza deseando no encontrarse en aquella estrecha carretera para poder disculparse como con ella se merecía.

Pero allí no se atrevía a parar, no con aquellas curvas, donde pondría en riesgo sus vidas.

—Mi… mi padre me amaba —dijo ella casi como si no le hubiera oído—. Él me amaba y no hizo nada equivocado. ¿Cómo crees que se sintió cuando descubrió que mi madre lo había estado engañando con tu abuelo? ¡Dios mío! ¡Si hasta se había hecho amigo suyo! ¿Cómo te sentirías si te pasara a ti?

Remy apretó los labios.

—Como te he dicho…

—¿Que lo sientes? —Megan estaba temblorosa y Remy esperó no haberlo estropeado todo por hablar con franqueza—. Bueno, pues no es suficiente. Y si tu madre siente lo mismo, te sugiero que me lleves de vuelta al aeropuerto.

—No, ella no piensa lo mismo —le prometió Remy—. ¡Maldición! Se pondría furiosa conmigo, si supiera lo que te he dicho. De acuerdo, tienes tus recuerdos de lo que sucedió y lo acepto, pero yo viví con tu madre casi seis años. Créeme, quedó devastada cuando vio que no venías a verla. Tú eras la única hija que tenía.

Megan le dirigió una fría mirada. Le recordaba mucho a la adolescente que él había conocido, pero no era la misma. La suavidad había desaparecido reemplazada por una actitud defensiva y se preguntó si habría sido un ingenuo al creer que podría convencerla de que cambiara de idea.

—¿Lo era? —preguntó ella con dureza.

Él exhaló el aliento.

—¿Te refieres al aborto? Se quedó destrozada cuando perdió al bebé y no la ayudó mucho que tu padre le escribiera para decirle que se lo merecía.

Megan lanzó un gemido.

—¡El no hizo eso!

—Bueno, no con esas palabras. Le dijo que Dios se movía por misteriosos caminos, pero no le dijo que lo sentía ni que comprendía

lo que estaba sintiendo o algo parecido.

—Estaba dolido.

—También lo estaba ella.

Megan tenía los puños apretados en el regazo, pero su voz fue desapasionada cuando habló.

—Bueno, no sé para qué se molestó en contarle a papá lo que le había pasado.

No era que a él le importara.

—Quizá esperara algunas palabras de consuelo. Al fin y al cabo, tu padre era un hombre de Dios.

—También era humano —lo defendió con tensión Megan—. ¿Había esperado que la felicitara si el niño hubiera sobrevivido?

Remy contuvo la airada respuesta que se le ocurrió al instante. No era justo culparla a ella por los pecados de su padre. Y quién sabe lo que hubiera hecho él en la misma situación. Era fácil entender las dos versiones cuando uno no estaba involucrado.

—Creo que trabajas en la industria de la moda —se obligó a decir por fin intentando cambiar de tema—. Mamá me contó algo de un catálogo. ¿Vendes por correo o algo así?

—¿De verdad quieres saberlo?

Megan estaba tensa y él no podía culparla. Anita esperaba curar las viejas heridas con aquel viaje y él sólo había conseguido abrirlas más.

—Mira —dijo intentando arreglar las cosas antes de llegar al hotel —. Olvida lo que te he dicho, ¿de acuerdo? ¿Qué sé yo de todas formas? Como tú misma has dicho, sólo era un niño. Los niños lo ven todo en blanco y negro, como supongo que también te pasó a ti.

Megan lo miró de nuevo con los párpados entrecerrados. Tenía unos ojos preciosos de color azul y le brillaban como si estuvieran velados de lágrimas.

Entonces, sintió el repentino impulso de frotar el pulgar contra sus párpados y sentir aquella humedad. Su cara era suave como la porcelana y tan pálida que le resaltaban las venas azules y se le notaba el palpitar del pulso. Remy deseó deslizar la lengua por aquel punto y sentir sus rítmicas palpitaciones contra sus labios. Paladearlo, paladearla… Se contuvo entonces. Megan no había ido a San Felipe por él.

—No querías que viniera aquí, ¿verdad, Remy?

Su pregunta, totalmente inesperada, lo asombró. En su estado actual de ánimo, aquello era lo último que hubiera dicho, pero ella no sabía lo que él sentía, por suerte.

Ni podía sentir la compresión de sus vaqueros.

—Eso no es verdad —consiguió murmurar por fin sintiendo las palmas ligeramente mojadas.

Le irritó no poderse controlar a sí mismo.

—Entonces, ¿por qué me lo estás haciendo pasar tan mal? —preguntó ella al ver su mirada turbia.

—No lo estoy haciendo —dijo Remy con frustración—. Sólo pienso que no eres del todo justa en lo que se refiere a tus padres. Tu padre era un bastardo rencoroso —

se detuvo—. Y yo lo sé bien.

A Megan le habían asignado la suite del último piso. Ninguno de los hoteles que se habían extendido por la costa tenía permiso para construir por encima de los seis pisos y había muchos recién hechos.

Lo que significaría, pensó Megan, que los Robards estaban perdiendo bastante dinero acomodándola en lo más lujoso del hotel. Aquella era la época más lucrativa del año, después de todo, cuando la isla estaba atestada de visitantes de Norteamérica y Europa escapando de los rigores invernales de sus países.

Sin embargo, a pesar de sus ansiedades, Anita la había hecho sentirse bienvenida. La otra mujer se había comportado como si hubieran pasado dieciséis semanas en vez de dieciséis años desde la última vez que se habían visto. La había recibido con afecto y había evaporado toda la aprensión que le había causado Remy.

Anita los estaba esperando en la terraza del hotel cuando había aparecido el coche por el camino. Megan apenas había tenido tiempo de admirar los macizos de rojos hibiscos que escondían el edificio de la carretera cuando su hermanastra la había atraído a sus brazos. Había llorado entonces incluso delante de Remy. Debía seguir débil, se defendió en silencio. Cualquier tipo de emoción simplemente la derrumbaba.

Parpadeando con rapidez, había agradecido la fresca brisa que flotaba desde el océano. Las playas de arenas blancas se extendían hasta donde abarcaba la vista.

Pero Megan no había podido dejar de notar la puerta que se había abierto tras ella y cómo Remy había rodeado el coche para descargar su equipaje.

—¡Oh, Megan! —estaba diciendo Anita mientras la abrazaba con gesto protector—. Ha pasado demasiado tiempo. Es una pena que hayas tenido que estar a las puertas de la muerte para aceptar nuestra invitación.

¿Nuestra?

Megan se preguntó a quién incluiría Anita en aquel adjetivo. Seguramente no se referiría a Remy. Pero sólo pudo sacudir la cabeza conmovida por el recibimiento de su hermanastra. Después del comportamiento de Remy había estado temiendo aquel momento.

Y Anita apenas había cambiado. Había sido agradablemente rellena de adolescente y lo seguía siendo en la actualidad. Su cara redondeada tenía unos agradables hoyuelos. Como siempre, iba

vestida con una camiseta floja y unos pantalones cortos y llevaba el pelo recogido en una coleta.

Sin embargo, a pesar de su bienvenida, Megan sintió que Anita no estaba tan despreocupada como quería dar a entender. Notó sus ojeras y una profunda tristeza tras sus lágrimas.

Pero quizá ella estuviera muy sensible, pensó Megan evitando los ojos de Remy mientras seguía a Anita al interior. Encontró alguna distracción en poder admirar los cambios que habían realizado en el hotel y se consoló pensando que aquél era el momento más difícil para todos ellos. Por muy tolerantes que quisieran ser todos, no podían ignorar el pasado.

Una nueva fuente ocupaba el lugar central del recién decorado recibidor y la zona de recepción y los salones se habían desplazado al piso superior.

—Sugiero que te enseñemos la habitación para que puedas refrescarte antes de cenar —declaró Anita avanzando hacia los ascensores—. Imagino que no te sentará mal una pequeña siesta. ¿Has tenido un viaje agradable?

Los ascensores eran también nuevos y muy diferentes del antiguo con puerta de hierro forjado que ella recordaba. ¿Se hubiera enamorado su madre tanto del sitio si siempre hubiera sido tan impersonal como ahora?, se preguntó Megan. Laura siempre había dicho que era la informalidad del Robards Reach lo que lo hacía tan único…

—Hay tantas cosas que quiero contarte —continuó Anita al subir al ascensor sin Remy ni el equipaje, para alivio de Megan—. Tenemos tanto tiempo que recuperar.

Quiero saber todo lo que te ha pasado en la vida. Tu novio… compañero —se sonrojó

—. ¿Simón, no? Parece muy agradable. Me alegro de que hayas encontrado a un hombre decente que se preocupe por ti.

—No es… quiero decir…

Megan apretó los labios y no siguió hablando. Como con Remy, no quiso desvelar la verdad de su relación con su socio. Podría servirle de excusa conveniente si en algún momento se quería ir.

—Has sido muy amable al invitarme a venir.

—Bueno, no es la primera vez —declaró Anita con un leve trazo de censura pero sin la agresión de Remy—. De todas formas, me alegro de verte —inspiró con intensidad—. Te pareces tanto a Laura cuando la vi. por primera vez… —le rozó la mejilla con la mano—. Va a ser muy duro para mi padre. Pero estás tan pálida…

Tendremos que intentar poner algo de color en esas mejillas antes de que te vayas.

Anita la dejó sola en la lujosa habitación y Megan agradeció el

respiro, pero dudaba poder relajarse con su estado de ánimo.

Un botones le llevó el equipaje. Cuando escuchó una educada llamada en la puerta vaciló con aprensión un momento creyendo que podría tratarse de Remy.

Pero debería haberlo pensado mejor. Como el mismo había dicho, era abogado, no empleado del hotel.

Aunque se sintió tentada de echarse en una hamaca de la terraza, Megan decidió que una ducha podría reanimarla y decidió concentrarse en los aspectos positivos del viaje. ¿Quién no querría ir a recuperarse en un entorno como aquél?

Tenía cuatro semanas enteras para ponerse completamente bien.

Lo que era parte del problema, reconoció cuando entró en el cuarto de baño de azulejos y abrió los grifos. Si dependiera de ella, nunca hubiera planeado una estancia tan larga.

Pero no le habían dejado elección. Simón había hecho todos los arreglos cuando ella estaba demasiado débil como para protestar. Hacía mucho que no se había tomado unas vacaciones, le había dicho. Y necesitaba tiempo para recuperar las fuerzas.

Para cuando bajó al primer piso de nuevo, Megan se sentía mucho mejor.

Cuando había salido del cuarto de baño enrollada en una suave toalla del hotel, se había encontrado con una bandeja con té y pastas que supuso le había dejado Anita. Y aunque no tenía hambre, no pudo resistir probar las deliciosas pastas caseras.

Después del té, reposó en la cama colonial con baldaquino colocada frente al mar y se dedicó a contemplar las aguas del Caribe hasta que el sol desapareció por el océano. Después, debió quedarse dormida.

Se había despertado en la habitación a oscuras y al principio se había sentido desorientada. Pero al encender las lámparas el recuerdo de su llegada la asaltó. Ya no había podido descansar más.

Después de haber deshecho el equipaje, todavía le sobraba mucho tiempo hasta la hora de la cena. Anita le había dicho que bajara a las ocho, pero que no se preocupara si ella llegaba tarde porque tenía que resolver algunos problemas del hotel.

Al bajar en el ascensor, Megan temió encontrarse con Ryan Robards. ¿Qué diablos iba a decirle?

Los apartamentos que usaba la familia estaban en el primer piso tras el área de recepción. Megan los conocía. Antes de la desagradable ruptura de sus padres, Los Cross y su hija habían tomado copas a menudo con Anita y su padre. En aquellos tiempos, Megan y sus padres habían alquilado una de las casitas adyacentes que pertenecían al hotel. Su padre siempre había preferido la comida casera a la del hotel, pero gracias a su afición por la navegación, Ryan y él se habían

hecho buenos amigos…

Megan se sintió turbada. Hacía mucho que no se tomaba tantas molestias en arreglarse, pero por alguna razón, esa noche había hecho un esfuerzo. Aunque las mallas de seda negra y el corpiño de lentejuelas eran prendas muy discretas, se sintió provocativa.

Una conciencia que aumentó cuando al entrar en la sala de su hermanastra, se encontró con Remy esperándola. Estaba de pie frente a los ventanales franceses con una mano contra la pantalla y la otra rodeando un vaso.

Al inspirar con fuerza, llamó su atención y Remy se dio la vuelta al instante mirándola con frialdad. ¿En qué estaría pensando?, se preguntó al verle fruncir el ceño. Su mirada se deslizó sobre ella con aprecio deliberado, pensó. ¿Estaría tratando de intimidarla? Parecía demasiado seguro de sí mismo, pensó cuadrándose de hombros. Y sin embargo, mientras la expresión de ella se endurecía, la de él se suavizó.

—¿Te sientes mejor? —preguntó antes de apurar su copa—. Deja que te sirva una copa. Te sentará bien.

—Hum… ¿Tienes agua mineral?

—¿Agua mineral?

—Todavía sigo con el tratamiento —explicó ella al avanzar hacia adentro aunque hubiera preferido mantener la distancias con él—. ¿Dónde está tu madre? Me dijo que me reuniera aquí con ella.

—No tardará mucho —replicó Remy posando el vaso vacío en la pequeña barra del bar antes de examinar las botellas—. Agua mineral. Aquí está. ¿Te vale con gas?

—Sí —dijo Megan, acercándose con rapidez a la ventana.

Bajo la terraza, el sonido del mar era un mudo murmullo y el calor de la noche aromatizaba el aire con el olor de pinos y especias.

—Aquí tienes.

De repente vio por el reflejo del cristal que Remy estaba tras ella y una vez más se sintió turbada por su cercanía.

—Gracias —dijo dándose la vuelta.

Hizo tanto esfuerzo por no rozarle los dedos al recoger el vaso, que casi causó un accidente. Sólo un rápido movimiento por parte de Remy evitó que el vaso acabara en el suelo, pero no que se derramara un poco de líquido por su pierna.

—¡Maldita sea! —Remy miró con impaciencia la mancha del agua —. ¿Por qué diablos has hecho eso? No estoy contaminado, ¿sabes?

—¡No lo he hecho a propósito! —se defendió ella—. No estaba pensando. Me sorprendiste, eso es todo —se frotó la pierna con desdén —. De todas formas, no ha pasado nada.

—¿No?

Megan no estaba segura de a qué se refería, así que prefirió no

decir nada, aliviada cuando lo vio alejarse de nuevo al bar. Pero un momento después ya estaba devuelta con una servilleta, arrodillándose ante ella para frotarle la mancha.

—Por favor. Puedo hacerlo yo.

Pero él sólo alzó la cabeza para dirigirle una mirada de ironía.

Megan bajó la vista sin poder apartarla de su cabeza. El pelo le brillaba de humedad, notó. O se había dado una ducha o había ido a nadar mientras ella había estado dormida. Las imágenes hicieron que le sudaran las manos.

Suspiró. ¿Por qué no podía ignorarlo? Sin embargo, allí arrodillado frente a ella, tendría que ser ciega y tonta para no notar la costura tensa entre sus piernas. A pesar de lo que la había irritado antes, no podía negar su sexualidad. En él era tan natural como respirar. Igual que le había pasado a su abuelo…

—¿Se… se reunirá el señor Robards con nosotros?—preguntó con rigidez para distraerse.

Remy se puso bruscamente en pie.

—Creo que te debo una disculpa, ¿no? He sido un bruto antes. Perdona.

Megan estaba confundida.

—Buen… la verdad es que fue culpa mía.

—No me refiero al agua —la contradijo él con sequedad—. Quiero decir cuando hablé contigo en el coche. Supongo que no tenía derecho a criticaros a ti ni a tu padre.

—¡Oh! —Megan exhaló el aliento despacio. Le costaba entender sus cambios de ánimo, pero no había duda de que la alteraba y sería fatalmente fácil responder a su encanto—. Vamos a olvidarlo, ¿de acuerdo?.

—¿Me perdonas?

—Por supuesto.

—¿Está bien tu refresco?

—Delicioso —dijo apresurándose a dar un sorbo—. ¿Se reunirá tu abuelo con nosotros?

Remy vaciló un momento antes de sacudir la cabeza.

—Esta noche no. Y yo tengo que volver a la ciudad.

—¿No vives aquí?

—Tengo un apartamento cerca del puerto —dijo sin apartar la vista de ella—.

Muy cerca de la oficina. Como esta noche, a veces tengo trabajo por las tardes.

Megan tragó saliva.

—¿Trabajas esta tarde?

Él sonrió.

—Tengo un cliente que trabaja en un hotel y no puede ir a otras

horas.

—¿Así que te acomodas tú a su horario?

—Soy un chico muy flexible —dijo con burla desconcertándola de nuevo.

¿Por qué le pasaba con él cuando ella se sentía en general relajada en compañía de los hombres?

—Así que, ¿trabajas a menudo hasta tarde?

—Cuando tengo que hacerlo —se encogió de hombros—. Lo que más me gustaría sería cenar contigo y con mamá esta noche —clavó los ojos en ella con gesto provocativo—. Me muero por saber lo que has estado haciendo con tu vida. Aparte de matarte a trabajar, claro está.

Megan sacudió la cabeza.

—Eso no es verdad.

—Pues yo he oído que sí. ¿Es por eso por lo que estás tan nerviosa? ¿O es sólo por mí?

Megan se sonrojó hasta el cuello sin poder evitarlo.

—No estoy nerviosa —protestó con una sonrisa muy débil—. Estoy cansada, supongo, pero es comprensible. Ha sido un día muy largo.

—Sí, supongo que sí —dijo él suavizando el tono. Entonces, levantó una mano y, para desmayo de ella, le rozó la barbilla con los nudillos—. Te sentirás mejor por la mañana después de una buena noche de sueño.

Megan apartó la barbilla de forma automática. Sus nudillos cálidos le produjeron una sensación absurdamente sensual.

No dijo nada, pero él notó su retirada porque bajó la mano y entrecerró los ojos al ver su pecho agitado con nerviosismo.

—Relájate —dijo—. ¿De qué tienes miedo? No voy a hacerte daño.

—Yo nunca… No sé lo que quieres decir…

Antes de expresar algo más coherente, Anita los interrumpió, sorprendida al ver a su hijo.

—¡Vaya, Remy! —exclamó con cierta aspereza—. Pensé que te habías ido hace media hora.

Hubo una tensa pausa antes de que Remy recuperara el habla.

—Bueno, como verás, sigo aquí —señaló con tensión—. Y no sabía que tuviera que darte explicaciones de mis idas y venidas.

Anita se sonrojó.

—Por supuesto que no, pero podría haber aprovechado tu presencia. El aire acondicionado de un bungalow se estropeó y no he podido localizar a Carlos.

—¿Lo has arreglado?

Remy estaba menos agresivo ahora y su madre inspiró para relajarse.

—Al final era sólo un fusible, gracias a Dios, pero tu… tu abuelo

ha estado bastante inquieto hoy y realmente no he tenido tiempo de ir a comprar repuestos.

—Lo siento.

Sintiendo que debía salir en su defensa, Megan intervino.

—Hum… Me temo que Remy se ha entretenido por hacerme compañía.

Anita esbozó una débil sonrisa.

—Dejemos el tema —entonces miró a su hijo—. Siento si ha parecido que te acosaba—. Es una de las alegrías de dirigir un hotel.

Remy enderezó la columna.

—Entonces será mejor que me vaya —miró a Megan—. Ahora que tienes mi madre para que te entretenga, ya no me necesitas. Que disfrutéis de la tarde mientras yo me gano el pan en solitario.

—¡No seas tonto, Remy! Por supuesto que, si hubiera pensado que tenías tiempo de quedarte a tomar una copa con nosotras, te lo habría sugerido. Fuiste tú el que dijo que tenías trabajo esta tarde.

—Y lo tengo —dijo Remy con una mueca burlona en dirección a Megan—. Ya nos veremos aunque no mañana. Por la tarde tengo que ir a la plantación Beaufort.

—Bien, cariño —Anita le dio un brazo a su hijo más relajada—. Dale recuerdos a Rachel cuando la veas, ¿de acuerdo? Dile que hace mucho tiempo que no viene a visitarme.

Capítulo 3

Megan durmió mal a pesar de estar cansada y se despertó al amanecer. Estaba claro que todavía funcionaba con la hora londinense.

Se quedó echada un rato recordando los acontecimientos de la noche anterior.

Ahora sabía que la invitación de Anita no había sido tan espontánea como había parecido al principio. Desde luego que su hermanastra estaba contenta de verla y se había preocupado por su operación, pero había habido otra razón para invitarla a San Felipe.

Aunque Megan no se había enterado hasta más tarde. Después de la partida de Remy, habían cenado a la luz de las velas en la terraza.

Y a instancias de Anita, Megan había decidido tomarse una copa de vino. Su hermanastra parecía sorprendida de que le hubiera salido una úlcera tan joven. No parecía entender el estrés que conllevaba su trabajo ni la vida en una gran ciudad y Megan no había querido contarle que el especialista le había señalado que podía haberla desarrollado en la adolescencia.

—¿Encuentras cómodas las habitaciones? —había preguntado Anita por fin ansiosa de que Megan se relajara en su hotel.

—Son perfectas —le había asegurado ella—. Pero no creo que deba aceptar ese apartamento tan lujoso. Esta época debe de ser temporada alta para vosotros.

—Tú eres de la familia. ¿Dónde iba a instalarte si no? Y no es que no hayas sido siempre bienvenida. Te dije cuando murió tu madre que tenías una invitación abierta. Sólo tenías que haber descolgado el teléfono para decirlo.

Megan asintió con cortesía.

—De todas formas —prosiguió Anita como si sintiera la reserva de su invitada

—, ya estás aquí ahora y eso es lo que importa —esbozó una sonrisa—. Supongo que te sorprendería encontrarte a Remy en el aeropuerto. Me dijo que le habías tomado por un playboy en busca de turistas.

Megan se sintió indignada de que se lo hubiera contado.

—No lo reconocí —admitió.

Anita lanzó una carcajada.

—Ya me imagino. Era sólo un niño la última vez que lo viste. ¿Sabías que se licenció en Derecho? Ahora ha abierto su bufete en la ciudad.

—Sí.

—Estamos muy orgullosos de él —dijo Anita con entusiasmo—. Hasta su abuelo lo alaba cuando no está protestando por que no dirija

el hotel. Creo que teníamos miedo de que no volviera de Estados Unidos cuando se fue a la universidad.

—Pero lo hizo.

Anita asintió.

—A pesar de… Bueno, a pesar de todo, ésta sigue siendo su casa. No creo que fuera feliz viviendo en Boston o en Nueva York, aunque hubiera podido ganar mucho más dinero que aquí.

—Estoy segura.

Megan estaba impresionada a pesar de sí misma y entendía el orgullo que sentía Anita por su hijo. Después de todo, era su único hijo y el hecho de que ella no se hubiera casado hacía su relación mucho más especial.

—Aunque, por supuesto, Rachel debe haber tenido algo que ver —prosiguió Anita, haciendo una mueca.

—¿Rachel? —preguntó Megan, esperando no mostrar más que un interés casual.

—Rachel De Vries. Su familia posee la plantación DeVries que linda con la tierra que tenemos al otro lado de la isla. Su padre es magistrado del tribunal de justicia de la isla y Rachel y Remy llevan saliendo desde la adolescencia.

—Ya entiendo.

Megan sintió impaciencia ante la vaciedad que le produjo aquella noticia. ¡Por Dios bendito! ¿Qué le importaba a ella? A pesar de lo que Simón hubiera dicho, pensaba quedarse el menor tiempo posible. Ya buscaría alguna excusa para irse y entonces sus vidas continuarían como antes.

—Por supuesto, yo mantengo la esperanza —confesó Anita.

—¿La esperanza de qué?

—¡De que Remy se case, naturalmente! —exclamó Anita palmeando la mano de Megan—. Quiero ser abuela antes de ser demasiado mayor como para no disfrutarlo.

Megan buscó alivio en la copa de vino. A pesar del aire acondicionado, se sentía de repente acalorada. Aquello era más duro de lo que había esperado y eso que todavía no había visto a Ryan Robards.

—De todas formas, estoy segura de que estarás cansada de oír hablar de Remy.

Cuéntame algo de tu trabajo. ¿Qué es lo que haces exactamente?

—¡Oh! Estoy segura de que mi trabajo no te interesa realmente —dijo apresurada Megan—. Creo que Simón ya te contó lo del catálogo que estamos haciendo ahora. Mi papel es muy simple; coordino los diseños, trato con las imprentas y esas cosas.

—Estoy segura de que no es tan simple. Sé que tu… padre estaría muy orgulloso de ti. Siempre fuiste la niña de sus ojos.

—Quizá.

Pero Megan no estaba tan segura de que Giles Cross hubiera aprobado que su hija tuviera un negocio tan frívolo. Había esperado tanto de ella… Y sin su madre para mediar por ella, no había sido fácil.

—Bueno —Anita apretó los labios—. Tampoco podía esperar que siguieras sus pasos.

—No.

—Hay muy pocas mujeres vicarias y ninguna de ellas aquí. Y su trabajo fue siempre muy exigente —Anita frunció el ceño—. El estaba muy entregado a su trabajo. Tu madre decía que a menudo te dejaba sola.

Megan contuvo el aliento.

—No nos importaba.

—A ti no te importaba.

—¿Quieres decir que a mi madre sí?

Anita suspiró.

—Laura era una mujer vital y maravillosa, Megan. Por supuesto que le importaba. Sobre todo porque tu padre no tenía por qué hacer tanto como hacía. Por ejemplo, todas esas misiones en África. ¿Por qué nunca llevó a tu madre con él?

Megan se puso rígida.

—Ella no quería ir.

—Eso no es verdad. Para empezar, ella hubiera ido a cualquier sitio para conseguir que su matrimonio funcionara. El problema es que él nunca dejó que abandonara la vicaría. Debes saber que tu padre prefería viajar solo.

Megan tragó saliva.

—¿Qué estás insinuando?

—No estoy insinuando nada, Megan. Te estoy diciendo que tu madre no fue completamente culpable de lo que pasó. Si no hubiera sido mi padre, habría aparecido otra persona, ¿no lo entiendes? Ella necesitaba compañía, amor y afecto.

—Pues parecía feliz hasta que llegó aquí.

Anita esbozó una sonrisa.

—¡Oh, Megan! Ya eres una mujer adulta. ¿No puedes entender lo que te estoy diciendo? Tu madre no era… no era la mujer diabólica que tu padre quería hacer creer. Simplemente se sentía sola, eso era todo.

—¡Y tu padre se aprovechó de eso! —exclamó Megan con amargura—. Anita, nunca vamos a estar de acuerdo en esto, así que, ¿podemos cambiar de tema?

—Si insistes…

Pero Anita parecía disgustada y Megan deseó haberse extendido

más con el tema de su trabajo.

—De todas formas, Remy me contó que ahora prácticamente llevas tú el hotel.

Creo que me dijo que tu padre se había retirado.

—¡Oh, Dios! —Anita inspiró con intensidad y se levantó para pasearse por la habitación—. ¡Ya me gustaría que fuera verdad!

—¿Qué quieres decir?

Megan estaba confundida. Cuando Anita se dio la vuelta, le dirigió una mirada amarga.

—No lo sabes, ¿verdad? ¿No te lo ha contado Remy? Bueno, por supuesto no podría. Él no sabe la verdad.

—¿Decirme qué?

—Que su abuelo está muy enfermo.

Megan sacudió la cabeza.

—No. Siento oírlo.

—¿Lo sientes? —Anita la estaba mirando con una emoción apenas contenida—.

Sí, quizá lo digas en serio. Por su bien espero que sí.

—¡Anita! —Megan apretó los brazos del sillón con fuerza—. ¿Qué es? ¿Qué es lo que pasa? ¿Por qué me estás mirando así?

—Se está muriendo, Megan —replicó trémula la otra mujer—. Por eso te llamé y te pedí que vinieras. He estado aguantando la carga yo sola tanto tiempo que…

necesitaba alguien con quien hablar y desahogarme.

—Pero Remy…

—Ya te he dicho que sabe que su abuelo está enfermo, pero eso es todo. No podía contarle la verdad. ¡Está tan unido a su abuelo! Va a hundirse cuando se entere.

—¡Oh, Anita! —Megan se levantó de la silla y, sin pensar en cómo reaccionaría su hermanastra, la rodeó con sus brazos—. Anita. ¡Lo siento tanto! Si hay algo que pueda hacer, sólo tienes que decírmelo.

No era de extrañar que hubiera dormido tan mal, pensó Megan al apartar la sábana y posar los pies en el suelo. Sus sueños habían estado poblados por las imágenes de su padre y su madre y sus encuentros con Remy.

Mordiéndose el labio inferior, se acercó a los ventanales y salió a la terraza.

Incluso a aquella hora de la mañana, el ambiente era cálido y un poco húmedo. Las nubes que flotaban en el horizonte eran el recuerdo de la lluvia de la noche anterior.

Megan había oído cómo golpeaba contra los ventanales y le había recordado a cuando, de niños, Remy y ella iban a cazar cangrejos después de las tormentas. Los agujeros de las rocas eran una fuente natural de toda clase de excitantes misterios, con sus caracolas y

animalillos marinos.

Apoyando los codos en la reja de hierro, Megan contempló la vista inquietantemente familiar. Bajo los caminos pavimentados y los exóticos jardines del hotel, las arenas de coral blanco bordeaban un océano salpicado de espuma. Las gaviotas escarbaban en la playa y, en la distancia, las olas golpeaban contra las rocas.

Era inexplicablemente bello, un paraíso tropical tan mágico como ella recordaba.

¿O no?

Desde luego, su padre hubiera dicho que contenía su serpiente, como todos lo paraísos. Desde luego, la maravillosa isla que había descubierto se había convertido en una pesadilla para él. Megan sabía que, de estar vivo, no hubiera aprobado su vuelta a la isla ni su encuentro con el enemigo. Incluso aunque Ryan Robards estuviera muy enfermo. Eso no excusaba su comportamiento de años atrás.

Sin embargo, ella sentía cierta compasión por el hombre. Megan no era rencorosa por naturaleza y, aunque no hubiera ido a ver al marido de su madre por iniciativa propia, sentía simpatía hacia él. Y antes de que sus padres se hubieran separado, ella había contemplado al abuelo de Remy como a un tío. Ryan había sido amable con ella en aquellos tiempos. ¿O habría sido para acercarse a su madre, como su padre afirmaba?

Fuera como fuera, al principio, Megan estaba deseando que llegaran las vacaciones en San Felipe con gran excitación. Recordaba cómo sus compañeras en el exclusivo colegio de niñas envidiaban sus vacaciones en ElSerrat. Ni siquiera la había defraudado que en muchas de aquellas vacaciones su padre no las hubiera acompañado, aunque más tarde había comprendido que había sido entonces cuando había empezado la relación de su madre con Robards.

Megan tenía ocho años la primera vez que había ido a la isla y casi quince cuando sus padres se habían divorciado. No tenía ni idea de cuánto había durado la relación de su madre con Ryan Robards ni cómo la habían mantenido en secreto. Sólo sabía que su padre se había sentido terriblemente dolido.

Lo que la había sorprendido siempre era cómo su madre había acabado con un hombre como Ryan Robards. De acuerdo, era divertido, pero comparado con su padre, era rudo e insensible y carecía de educación formal. Recordaba cómo su padre a veces se había reído de alguna expresión errónea que Ryan había usado.

Pero, mirando atrás en esos momentos, comprendió que debía haber habido mucho más de lo que ella había pensado entonces. Nadie echaba por la borda veinte años de matrimonio por un capricho. Ella había defendido demasiado a su padre y había sentido demasiados prejuicios contra su madre como para darle una

oportunidad.

Después del divorcio, Megan nunca había vuelto a San Felipe. Había visto a su madre de vez en cuando, pero siempre en terreno neutral. Entonces, seis años después de que se casara con Ryan, le habían diagnosticado cáncer. Aunque la habían tratado en un hospital de Londres y Megan había pasado mucho tiempo con ella, la flotante presencia de su nuevo marido había imposibilitado la reconciliación entre ellas.

Y no era que Megan hubiera visto a Ryan entonces, ni después del funeral de su madre. Había estado demasiado preocupada por su padre, que se había tomado muy mal la muerte, como para prestarle mucha atención a él o a Anita. Y después de la cremación, se había enterado de que Ryan se había llevado sus cenizas para esparcirlas en el cementerio baptista de San Felipe. Aquella había sido la gota que había colmado el vaso para Giles Cross: comprender que no quedaba nada de la mujer a la que había amado.

Su muerte, seis meses después, en extrañas circunstancias, había dejado a Megan completamente sola. Había estado en su últimos años de universidad y enterarse de que su padre se había tomado una sobredosis de los analgésicos que solía tomar y conocía bien había sido el estoque final. Megan había abandonado la universidad después del funeral y había alquilado una casa de campo en la costa de Suffolk para pasar una semanas en total aislamiento. Había estado intentando reconciliarse con su vida, intentando comprender cómo un hombre dedicado a Dios podía haber acabado tan deprimido como para quitarse la vida.

Con el tiempo, la soledad y la necesidad de conseguir un trabajo la habían llevado de vuelta a Londres. La vicaría estaba ya ocupada por el nuevo vicario y las pocas posesiones que tenía estaban en un almacén. El poco dinero que su padre le había dejado lo había utilizado para amueblar un pequeño apartamento que había alquilado en Bayswater y había conseguido un trabajo en una agencia de publicidad mientras intentaba poner algo de orden en su vida.

Poco después, había encontrado a Simón Chater de nuevo y su colaboración había conducido a que compartiera el apartamento con él. Proyectar una imagen de unión les venía bien a los dos y el hecho de que cada uno tuviera sus propias habitaciones no le importaba a nadie más que a ellos.

El sol se había levantado mientras había estado ensimismada y Megan se incorporó y estiró los brazos con pereza. Sin duda, se sentía mejor esa mañana.

Decidió darse una ducha y vestirse antes de darse un paseo por la costa. Anita iba a llevarla a ver a Ryan a las diez, así que le sobraba bastante tiempo.

Cuando terminó de vestirse con unos pantalones cortos de seda de color crema y un corpiño haciendo juego, apenas eran las siete de la mañana. Se puso unos mocasines suaves de piel y se miró al espejo con ojo crítico. No quería ponerse maquillaje, pero estaba tan pálida, que un poco de colorete y lápiz de labios era imprescindible.

El ascensor bajó silencioso hasta la planta baja y, cuando salió al vestíbulo, le sorprendió encontrarse ya a huéspedes vestidos con ropa deportiva, listos para correr.

Estaban sirviendo el desayuno continental en el pequeño bar separado del vestíbulo por una celosía cubierta por una parra trepadora. Megan se sirvió pastas danesas recién hechas y café solo. Lo llevó a una mesa junto a la ventana decidiendo disfrutar lo más posible de su estancia allí.

Recibió algunas miradas de interés de los hombres que pasaban junto a su mesa, pero por lo demás la dejaron en paz. Y era agradable sentarse al sol con el aire acondicionado mordiendo su pasta de melocotón.

—Ya veo que no has dormido mucho.

No lo había visto llegar al recibidor y su saludo la pilló desprevenida. Como una niña, había abierto la pasta por la mitad y había dejado el melocotón para el final, por lo que Remy la sorprendió saboreando el jugoso fruto con los labios húmedos y los dedos pegajosos de la fruta.

—Hum… el desfase horario —murmuró metiéndose el resto de la fruta en la boca y chupándose los dedos con gesto de culpabilidad—. ¿De dónde has salido de todas formas? Pensé que vivías en la ciudad.

—Y vivo.

Remy miró tras él y le hizo un gesto para que no se levantara mientras se iba a servir un café. Volvió antes de que ella terminara el resto del melocotón, apartó una silla y se sentó a horcajadas con el respaldo hacia la mesa.

—Pensé que podía acompañarte a desayunar.

Megan abrió mucho los ojos, pero intentó no demostrarle lo mucho que sus palabras la habían afectado. Ya era bastante difícil asimilar su apariencia. Con una camisa de sea de color crema, los pantalones azul marino del traje y la americana colgando con descuido sobre su hombro, estaba desconocido. Parecía un hombre enigmático y maduro. Y la estaba mirando con inquietante atención, como si aquellos ojos leonados pudieran leerle los pensamientos.

—Me siento halagada —dijo ella con tono desenfadado—. Pero, ¿cómo sabías que iba a estar levantada?

—Bueno, confiaba en mi suerte.

Megan sonrió.

—Tengo que reconocer que nunca me he acostumbrado a los

cambios horarios.

Y dudo que lo consiga alguna vez.

Remy cruzó los brazos sobre el respaldo y la miró con interés.

—Y ahora empezarás a decirme que eres demasiado mayor como para cambiar.

Vamos, Megan. Cualquiera sabe que cuesta un poco superar un desfase horario.

Megan se encogió de hombros.

—Si tú lo dices…

—Lo digo —apoyó la barbilla en la mano—. ¿Tuvisteis una velada agradable después de que me fuera?

—Muy agradable, gracias. Tu madre y yo somos viejas amigas y me ha alegrado verla de nuevo.

—Ya me lo imagino —pero la expresión de Remy era de repente enigmática—.

Me gustaría haberme quedado.

—Sí.

—Lo creas o no, disfruté mucho de nuestra conversación. Supongo que no eres lo que había esperado, después de todo.

—¿Por qué? —Megan estaba intrigada—. Pensé que habías dicho que apenas había cambiado.

—Físicamente no, pero eres mucho más agradable de lo que solías ser. Eras bastante pedante de pequeña.

—No lo era.

—Lo eras —Megan sospechaba que ahora le estaba tomando el pelo, pero no sabía cómo tratar con su sentido del humor—. Siempre creías que lo sabías todo. A decir verdad, eras insoportable.

—Vaya, muchas gracias.

Remy sonrió.

—De nada. Aunque, como te he dicho antes, has mejorado mucho. Por una parte, eres mucho más femenina. Nunca me olvidaré de aquellos pantalones cortos de color caqui que solías usar.

Megan se sonrojó.

—Eran los que usaban todos los montañeros de la vicaría.

—Pero apuesto a que no las montañeras. Aunque tú siempre quisiste ser un chico.

—¡Desde luego que no!

Megan estaba a la defensiva, pero no podía negar que había sido muy mandona en aquella época. Era por ser hija única, se defendió a sí misma. Y por la sospecha de que su padre siempre había querido tener un hijo.

—Bueno, tampoco eras tú precisamente un ángel. Me diste un susto de muerte cuando me metiste aquella rana en la cama.

Remy se rió a carcajadas al recordarlo.

—Era sólo una ranita.

—Sí, pero casi me mató del susto cuando dio un brinco entre las sábanas.

—Bueno, gracias a Dios que no lo hizo. No sé lo que hubiera dicho tu padre si se hubiera enterado. Lo que me recuerda que nunca te di las gracias por no contárselo. Y después de eso, fuiste mucho más agradable conmigo.

—Me pregunto por qué no lo haría —dijo Megan con una mueca —. Supongo que me había olvidado del niño tan desagradable que eras.

Los ojos de Remy se ensombrecieron.

—¿He cambiado? —preguntó con una repentina seriedad que le hizo sonrojarse a Megan.

—Eso espero.

—Lo digo en serio. ¿He cambiado mucho? De verdad me interesa lo que pienses.

Megan suspiró, consciente del peligro que suponía intimar demasiado con él.

—Por supuesto que has cambiado —dijo apresurada—. Por una parte tienes dieciséis años más —se detuvo—. Tu madre está muy orgullosa de ti, ¿lo sabes?

Remy la miró con los párpados entrecerrados.

—¿De verdad? Bueno, es cierto consuelo, supongo, pero eso no contesta a mi pregunta. Dudo que tu padre hubiera sido tan reacio como tú a decir lo que pensaba.

Megan también lo dudaba. Aunque Giles Cross le había dedicado su tiempo a Ryan Robards, apenas había tenido paciencia con Anita y con su hijo. En privado, siempre había declarado que, cuando Anita había descubierto que estaba embarazada, debería haber dado a su hijo en adopción. Él nunca hubiera permitido que su hija de quince años se hubiera convertido en madre.

Por supuesto, las circunstancias de Anita habían sido muy diferentes de las de las niñas de la vicaría inglesa. Aunque sus padres habían nacido en Estados Unidos, Ryan y su mujer se habían ido de Florida a la isla de San Felipe cuando Anita no era más que un bebé.

En consecuencia, Anita se había criado con las niñas de la localidad, muchas de las cuales ya estaban casadas a la edad de quince años. Y quizá ella se hubiera casado también, si su madre no hubiera muerto en un accidente de avión cuando era una colegiala. Siendo así las cosas, se había quedado a cuidar de su padre y ocuparse del hotel.

—De todas formas —dijo Remy después de un momento—, a pesar de todo, sentí enterarme de la muerte de tu padre. Fue poco después de la muerte de Laura,

¿verdad? Debió de ser muy duro para ti.

—Sí, lo fue. Fue aterrador sentirme sola en el mundo. Mis padres eran hijos únicos y mis abuelos estaban muertos. No sabía qué hacer.

—Podrías haber venido aquí —señaló con dulzura Remy.

Y Megan comprendió que para ellos hubiera sido lo natural.

—Quizá, pero en aquel momento no pensaba con mucha claridad, supongo.

—Y sabías que tu padre no lo hubiera aprobado —dijo Remy estirando la mano sobre la mesa para rodearle la muñeca—. No te preocupes. Estoy empezando a entender tu lealtad. Supongo que eso es realmente lo que quería decirte.

Megan sintió la garganta atenazada. Sus dedos fuertes en la muñeca eran reconfortantes y, por primera vez, reconoció que quizá no hubiera cometido un error al haber ido a San Felipe. Quizá fuera eso lo que necesitara: una familia de verdad, gente que se preocupara por ella a pesar de todo.

Y entonces alzó la vista hacia sus ojos y cambió de idea de nuevo. Por muy atractivo que pudiera ser, ella no estaba allí para compartir sus problemas con él.

Estaba apunto de retirar la mano cuando Remy lanzó un suspiro y dijo sin rodeos.

—Supongo que mamá te habrá contado que el abuelo se está muriendo,

¿verdad? —la miró a los ojos muy abiertos—. Lo sé aunque se suponga que no…

—¿Pero cómo…?

—Mamá cree que es un gran secreto, pero no soy tan tonto como ella cree —

sonrió—. Maldita sea, Megan. Por eso es por lo que te ha invitado a venir. Él quiere pedirte perdón. ¿Para qué si no iba a querer que vinieras?

Capítulo 4

—Dices que quiere que lo perdone?

Megan estaba anonadada. Anita ni siquiera le había sugerido que su padre pudiera tener mala conciencia y no estaba segura de creerlo. Después de todo, Ryan no había tenido en cuenta sus sentimientos cuando había destruido el matrimonio de sus padres, así que, ¿por qué iba a importarle si ella lo perdonaba ahora?

—Supongo que nunca ha superado la culpabilidad que sentía por que tu madre hubiera perdido a su hija —sugirió con suavidad Remy —. La verdad es que no es un mal tipo, a pesar de lo que te puedan haber dicho.

—A pesar de lo que mi padre me dijo —especificó Megan con voz tensa antes de sacudir la cabeza y mirar su mano atrapada entre las de él—. Remy, no pienso que…

—No pienses entonces —le aconsejó acariciándole los nudillos con suavidad—.

Creo que es mejor no prejuzgar la situación, así no pueden acusarte de ser subjetiva.

—¿Y no lo estás siendo tú? —protestó ella pensando sólo en la aspereza de su piel contra la de ella—. Está claro que tú estás más preparado para comprender la versión de tu abuelo de las cosas que yo.

—¿Por qué? ¿Porque intento convencerte de que siempre hay dos versiones de la misma situación?

Megan inspiró para calmarse, consciente de que su sensible caricia le estaba impidiendo el juicio. Qué fácil sería, pensó, dar la vuelta a la mano y enlazar sus dedos con los de él y sentir el calor de sus palmas en las suyas…

—Las cosas no son tan simples, Megan —insistió él—. Y tú deberías saberlo. Por ejemplo, ¿quién hubiera pensado que tendrías mi mano en la tuya después de acusarme ayer de hacértelo pasar mal?

—Pero si has sido tú el…

Megan hubiera retirado la mano entonces, pero él serió y la apretó con más fuerza.

—Eso está mejor —dijo antes de cambiar de expresión de forma brusca—.

¡Maldición!

Su ceño fruncido y su exclamación fueron tan inesperados que, aunque le soltó la mano de repente, ella no retiró la suya. Entonces lo vio levantarse y lo miró con los ojos muy abiertos de asombro.

—Mi madre —susurró él.

—¡Vaya, Remy! —lo saludó Anita igual que la noche anterior—. No sabía que hubierais quedado para desayunar —dirigió una alegre

sonrisa a Megan—. Has dormido bien?

—No, quiero decir que sí, que he dormido de maravilla, pero hacía una mañana muy bonita como para quedarse en la cama, ¿no te parece?

—Nuestras mañanas son todas así —dijo Anita antes de volverse hacia su hijo

—. ¿A qué hora has llegado? No he oído el coche. Podrías haberme dicho que estabas aquí. Después de todo, ésta es mi casa.

La sonrisa de Remy desapareció.

—¡Y yo que pensaba que era un hotel! —dijo con sequedad, ganándose otra mirada de reprobación de su madre—. No pensaba irme sin verte, pero me encontré a Megan aquí y nos pusimos a hablar.

—¿Y de qué? —preguntó Anita con tono inquisitivo.

—De todo un poco. ¿Cómo está el abuelo esta mañana? ¿Lo has visto? Pensaba pasarme a verlo antes de irme.

La expresión de Anita se endureció.

—Está… bueno, tan bien como se puede esperar, supongo. Pero preferiría que no lo molestaras esta mañana, Remy. No quiero que se excite demasiado antes de ver a Megan.

Remy apretó los labios.

—¿Y desde cuando le ha excitado verme?

—Bueno, no quiero correr el riesgo —dijo su madre con firmeza—. Podrás verlo más tarde. Rachel y tú vais a venir a cenar, ¿verdad?

—Quizá.

—Entonces venid —Anita intentaba ahora ser amable con su hijo —. Tu abuelo estaba deseando que llegara Megan. Nunca se sabe. Podría ayudarle.

—Lo dudo.

Los ojos de Anita brillaron con evidente irritación.

—No lo sabemos —insistió—. Está frágil, ya lo sé, pero está estable. Y el doctor dice…

—Que podría tener una recaída en cualquier momento —terminó Remy por ella

—. No me lo ocultes, mamá. Ya lo sé.

—¿Que lo sabes? ¿Qué es lo que sabes?

—Sé que el abuelo se está muriendo —dijo Remy sin rodeos—. ¿Qué pensabas?

¿Que no iba a averiguarlo por mí mismo?

Anita volvió la mirada hacia Megan como si la acusara de haber traicionado su secreto.

—Él… ya lo sabía —se defendió con debilidad Megan.

Pero tuvo la sensación de que Anita no la creía.

—¿Cómo lo averiguaste? —preguntó a su hijo con brusquedad.

—Se lo pregunté al doctor —replicó Remy sin parpadear—. Al contrario que tú, me trató como a un adulto.

Anita se hundió de hombros entonces, dirigió una mirada de disculpa a Megan, apartó una silla y se sentó.

—Me gustaría que me lo hubieras dicho —dijo mirándolo.

—Eres tú la que debería habérmelo contado —replicó Remy, estirándose la solapa.

—Pero eres tan joven… —murmuró su madre, mordiéndose el labio—. No me parecía justo cargarte con ese peso. Ya tienes tus propios problemas y no quería que te preocuparas también por tu abuelo.

—Bueno… —era evidente que quería decir algo más, pero una mirada a su reloj le proporcionó la escapada—. Será mejor que me vaya. ¿A qué hora quieres que vengamos esta noche? ¿Hacia las siete?

—Sí, a las siete. Cenaremos a las siete y media si no surge nada —se volvió hacia Megan y forzó una sonrisa—. Siempre tengo que cruzar los dedos. Como ya te dije anoche, es una de las alegrías de dirigir un hotel.

Ryan Robards ocupaba uno de los bungalows.

De camino hacia allá, Anita le explicó que era más fácil cuidar a su padre lejos del ruido del hotel.

—Supongo que debería estar en el hospital, pero sé que lo odia. Tiene un servicio de enfermería permanente y me pueden avisar en cualquier momento.

—A mí me parece la solución ideal. Hum… ¿Has estado con él esta mañana?

¿Estás segura de que quiere verme?

—Estoy segura.

Pero Anita no pareció querer aclarar nada más.

Su primera impresión al entrar en el bungalow fue el denso olor a desinfectante y aire cerrado. La sensación de opresión se vio acentuada por la máscara que cubría la cara de Ryan. Era evidente que tenía problemas respiratorios y, a pesar de sí misma, Megan se sintió perturbada.

¡Había cambiado tanto! Había perdido mucho peso y, cuando se apartó la máscara de la cara, Megan se sintió impresionada por sus rasgos afilados. Ella recordaba aun hombre corpulento, fuerte y jovial y el que tenía delante era la sombra del que su madre había amado, un pálido reflejo del individuo al que su padre acusaba de haberle arruinado la vida.

Tenía los brazos muertos sobre las sábanas y hasta sus manos eran huesudas y delgadas con unas uñas inesperadamente largas y arqueadas como las de un halcón.

Pero los ojos que se clavaron en su cara eran de todo menos

moribundos.

Ardieron de repente con un fuego vital.

—Meggie —dijo con ansiedad—. Me alegro tanto de que hayas venido.

Megan no sabía qué decir. El enfermero que había estado arreglando la habitación a su llegada había desaparecido y, cuando se dio la vuelta, comprobó que Anita también la había dejado sola con Ryan Robards, el hombre al que siempre se había negado a reconocer como su padrastro, el hombre al que su padre le había enseñado a odiar.

Tragó saliva apurada.

—Señor Robards. ¿Qué tal se encuentra?

Él tosió antes de responder, con una tos seca y dura que le hizo buscar la máscara de oxígeno antes de continuar.

—He estado mejor —bromeó—, pero gracias por preguntar. Aunque a ti te importe bien poco cómo me encuentre.

—Eso no es verdad —se defendió Megan con rapidez antes de pararse ante la cínica expresión que surcó la cara del anciano—. Quiero decir que siento que cualquiera se encuentre…

—¿Al borde de la muerte?

Megan sintió un fuerte sonrojo en las mejillas.

—Enfermo —le corrigió ella con rigidez—. No tenía ni idea de que… Bueno, Anita no me dijo que estaba… que no estaba… dirigiendo ya el hotel.

—¡Oh, bravo! Es difícil encontrar las palabras adecuadas, ¿verdad? —murmuró con sequedad antes de volver aponerse la máscara—. Supongo que has tenido mucho valor al venir.

¿Valor? Megan siempre se había considerado a sí misma como una cobarde.

Después de todo, sólo había ido por no haber encontrado una buena excusa para no hacerlo.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo, acercándose un poco más a la cama.

Enseguida, se sintió turbada por su mirada penetrante—. Me he alegrado de volver a ver a Anita y a… Remy.

—También ellos se han alegrado de verte —le aseguró antes de que le diera otro ataque de tos—. ¿Te ha dicho alguien que eres la viva imagen de tu madre a tu edad?

—Anita me lo ha dicho…

—Ya lo imagino —se apretó el pecho y por un momento pareció olvidarse de que Megan estuviera allí—. ¡Tuvimos tan poco tiempo tu madre y yo! La amaba tanto —tragó saliva de forma compulsiva—. Todavía la echo de menos.

Megan entrelazó las manos intentando reconciliar los recuerdos

que tenía de aquel hombre con el individuo desahuciado que tenía delante y, a su pesar, sintió el pecho atenazado al ver cómo se le deslizaba una lágrima por la mejilla. A pesar de todo lo que hubiera dicho su padre, no le cabía duda de que aquel hombre había amado a su madre y que su relación no había sido el resultado de una loca pasión que hubiera destruido la vida de los demás sin contemplaciones.

Pero como si presintiera que la estaba turbando, Ryan se pasó una mano por los ojos y forzó una sonrisa.

—Lo siento. Normalmente no soy tan blando, pero son todas esas medicinas que me inyectan últimamente. Dudo que haya una sola parte de mi cuerpo que no hayan resucitado de forma artificial.

—Bueno, al menos tiene un sitio precioso en el que recuperarse — se aventuró, deseando que volviera Anita—. Creo que las mejoras que ha hecho en el hotel son excelentes. Y mis habitaciones son magníficas.

—¿Estás cómoda?

—Mucho.

—Me alegro.

Pero la voz de Ryan era mucho más débil ya y Megan imaginó que hablar le estaba agotando. Quizá debería irse.

—¿Te quedarás? —preguntó el anciano con voz apenas audible ya —. Quiero decir que si te quedarás unas semanas. Creo que Anita lo agradecería.

Megan asintió con torpeza.

—Yo… sí, por supuesto. Si puedo…

—Bien, bien…

Entonces, cerró los ojos y comprendiendo que podía irse, Megan se dirigió a ciegas hacia la puerta. Hasta que no estuvo fuera no se dio cuenta de que tenía lágrimas en las mejillas y se las frotó con impaciencia. ¡Diablos! ¡Había estado tan segura de que nada de lo que hiciera o dijera Ryan Robards podría afectarla! ¡Qué equivocada había estado!

—¿Estás bien?

Era Anita por fin y su aguda mirada no perdió nada de la alteración de Megan.

¿Y qué había esperado? ¿Qué no la conmoviera el estado de Ryan o que, como su padre, fuera incapaz de olvidar el pasado?

—Está dormido.

—¿Has hablado con él?

—Un poco. ¿Crees que podemos irnos ya?

—¡Oh, sí! —Anita se asomó a la habitación de su padre a comprobar que estaba dormido antes de salir a la soleada terraza—. Me había olvidado del impacto que su estado puede causarle a

cualquiera que no lo haya visto en mucho tiempo. Yo estoy tan acostumbrada que hasta me parece encontrarlo mejor esta mañana, lo creas o no.

—Lo siento mucho —dijo sin saber qué otra cosa decir—. Pero debe de ser un alivio para ti que Remy lo sepa.

—¿Tú crees? —Anita parecía dudosa—. No tienes ni idea de lo difícil que ha sido ocultar mis sentimientos. Remy es mi hijo y supongo que de alguna manera todavía lo sigo viendo como si fuera un niño.

Megan se mordió el labio.

—Deberías haberme llamado antes.

Estaban de camino al hotel y Anita se dio la vuelta para mirarla.

—¿No te importa?

—¿Cómo iba a importarme? Y deberías haberme dicho por qué quería verme tu padre.

A Anita se le ensombreció la mirada.

—¿Te lo ha dicho?

Megan se sonrojó al darse cuenta de que casi había traicionado la confianza de Remy.

—Me dijo que estaba muy contento de verme —dijo turbada por el color de sus mejillas—, Y que amaba mucho a mi madre.

—Sí —el tono de Anita fue casi amargo—. Más de lo que nunca sabrás.

Megan tenía la sensación de que no era aquello lo que había querido decir la otra mujer, pero había evitado hacer ninguna referencia a Giles Cross.

—Espero que puedas volver a visitarlo.

Megan estuvo tentada de preguntarle que para qué, pero no lo hizo. Esperaría a ver si lo que Remy le había confesado era verdad.

—Bueno… —Anita se paró ante el espacioso vestíbulo e hizo un esfuerzo por comportarse con toda normalidad—. ¿Qué planes tienes para hoy?

Megan echó un vistazo a su reloj.

—Oh, pensaba descansar un poco esta tarde. Creo que el cambio horario me ha agotado un poco.

—Por supuesto. Y esta tarde cenarás con nosotros, ¿verdad? Sé que Remy quiere presentarte a Rachel y yo me alegraré de tener a alguien de mi edad con quien hablar. Cuando ceno sola con ellos, a veces me siento como si fuera una anciana.

Megan apretó los labios.

—¡No digas bobadas! —protestó, consciente de que Anita hacía una diferencia entre ellas dos y su hijo—. De todas formas… me encantará cenar con vosotros.

—A mí también —dijo Anita con una sonrisa para disculparse en

cuanto un empleado del hotel se acercó a ellas—. ¿Me puedes disculpar ahora, Megan? Me parece que hay problemas.

Capítulo 5

Rachel De Vries se acurrucó contra el hombro de Remy y, al ladear la cabeza, su largo pelo moreno y rizado destacó contra la manga de color crema de su camisa de seda.

—¿Qué pasa? ¿Es por tu madre?

—No pasa nada —Remy bajó la vista hacia ella con afecto esperando que no insistiera más—. Estaba pensando, eso es todo.

—Entonces llevas pensando todo el camino desde Port Serrat —protestó Rachel con sequedad, alzando la cabeza para incorporarse en el asiento del Buggy—. Si he hecho algo malo, dímelo. No quiero pasarme la tarde preguntándome qué será.

—No es nada, ya te lo he dicho —declaró Remy con tono más duro de lo que hubiera pretendido—. Tengo muchas cosas en la cabeza en este momento, Rachel.

Con el juicio de Rainbird y la enfermedad del abuelo ya es suficiente.

—Ya lo sé, ya lo sé —Rachel agitó la mano con gesto pacificador y se alisó la falda del vestido. Corto, como la mayoría de la ropa que usaba, el estampado de color limón se agitaba alrededor de sus piernas, de las que estaba justificadamente orgullosa—. Estoy nerviosa, supongo que por tener que conocer a esa tía adoptiva tuya.

—No es mi tía adoptiva —dijo Remy apretando los labios.

—Vale, vale. Tu tiastra, entonces. ¿Qué más da? —lanzó un gemido de impaciencia—. Yo lo encuentro bastante morboso. El que se presente aquí sin más justo cuando tu abuelo se está muriendo, quiero decir.

—Ella no se ha presentado aquí sin más. Sabes muy bien que mi madre la ha invitado. Y el abuelo quería verla también. La verdad es que ha sido por él por lo que está.

—Hum… —Rachel hizo una mueca desagradable—. Da igual. Es curioso que haya aceptado ahora la invitación de tu madre después de tantos años. ¿No será que espera que él la recuerde en su testamento?

—Lo dudo.

Remy fue abrupto y no pudo evitar preguntarse porqué los comentarios de Rachel le irritaban tanto. Cuando él se había enterado de que Megan iba a llegar a la isla, también se había sentido escéptico. Sólo saber que había estado gravemente enferma había hecho que se guardara los comentarios para sí mismo.

Y entonces, cuando la había visto…

—Entonces, ¿cómo es? No me has contado casi nada de ella. Lo único que sé es que es más joven que tu madre y que estuvo a punto de morir de una perforación de úlcera.

Remy suspiró.

—¿Qué quieres saber? —preguntó con paciencia—. Es bastante alta, más alta que tú, de todas formas y está muy delgada. Es rubia natural, tiene la piel muy pálida y los ojos azules. ¿Te basta con eso?

—Eso no es lo que quería decir —hizo una mueca de desagrado, pero al comprender que estaba siendo bastante dura, adoptó un tono más optimista—. Sólo me preguntaba si me caería bien, eso es todo.

—Estoy seguro de que sí —aseguró Remy con tensión lanzando una maldición cuando un motorista se pasó el cruce—. Ahora, ¿podemos hablar de otra cosa?

Rachel le dirigió una mirada de curiosidad.

—Si quieres —se alisó de nuevo la falda del vestido—. ¿De qué?

—¿De qué qué?

—Que de qué quieres hablar.

Remy lanzó un suspiro de impaciencia.

—No lo sé. De lo que sea —se detuvo—. ¿Sabe tu hermana cómo le ha ido con los exámenes?

—Estoy segura de que no te interesa realmente cómo le haya ido a Ruth con sus exámenes semestrales —declaró Rachel antes de ver su fría mirada—. Le salieron bien. Nada de qué preocuparse, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—¿Qué es lo que te pasa? —Remy era consciente de que su actitud no le estaba ayudando mucho—. Vamos, Remy. Te conozco demasiado bien.

Remy estaba llegado a la conclusión de que no lo conocía en absoluto. Por desgracia, tenía la misma sensación acerca de sí mismo.

—Ya te lo he dicho —esbozó una sonrisa sombría—. Supongo que estoy cansado —vaciló antes de sincerarse—, Y a mí tampoco me apetece ir a esa cena.

Se contuvo de decir: «aunque por diferentes razones que a ti», y se sintió aliviado al ver que a Rachel le había parecido bien su comentario.

—¿Sabe tu madre que prácticamente estamos viviendo juntos? —murmuró ella con simpatía acurrucándose contra él para frotarle el musculoso brazo—. De lo único de lo que habla es de cuándo vamos a casarnos. Yo sé que quiere tener nietos. Yo también quiero tener niños, pero no tan pronto.

Remy apretó los labios.

—Es muy anticuada y nosotros no hemos instalado una casa juntos exactamente.

—Pero lo haremos —dijo Rachel con impaciencia—. Con el tiempo. Cumpliré los veintiuno en seis semanas y entonces papá no podría decir nada de la forma que escoja para vivir.

—Puede.

Remy estaba sonando duro, pero tenía serias dudas acerca de irse a vivir con Rachel. Ella le gustaba mucho, pero era demasiado joven. Y no se refería sólo a los años. Como era la hija pequeña de los Vries, estaba acostumbrada a salirse siempre con la suya y eso, combinado con su juventud, provocaba frecuentes fricciones entre ellos.

—¡No pareces muy entusiasmado! —exclamó ella, volviendo a su asiento de nuevo—. Sinceramente, a veces me pregunto cómo aguanto tus malos humores.

—¿Mis malos humores? —Remy era sarcástico—. ¡Por favor!

—Bueno. No es culpa mía que tu madre siempre esté de tu parte. Normalmente te reclama para el hotel, pero ahora es por esa mujer. Esa familiar olvidada que te está dando la lata.

—Megan no me está dando la lata —contestó enojado Remy—. Por Dios bendito. Estoy cansado. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? Necesito un descanso.

Llevo trabajando sin parar desde el día de Acción de Gracias.

—Hablando de descanso —dijo ella encantada, agitando un papel en su cara—.

He conseguido la información que querías de Orruba. El siguiente barco sale dentro de dos semanas y, como esperabas, ponen ellos todo el equipo. ¿Qué te parecen dos semanas de excursión en busca de tesoros marinos?

Megan estuvo sentada en la terraza tanto como pudo, retrasando el momento de entrar a cambiarse. Ya se había duchado antes y lo único que tenía que hacer era ponerse un poco de maquillaje, pero no la atraía la velada que la esperaba. A pesar de la amabilidad de Anita con ella, se sentía como una intrusa y hubiera preferido cenar entre desconocidos.

¿Estaba siendo completamente sincera? ¿No se trataba más de que preferiría no pasar la tarde con Remy y su prometida? No era que tuviera nada en contra de la chica. Al contrario, estaba dispuesta a aceptar la palabra de Anita de que Rachel era una de las jóvenes más dulces que se podían encontrar. Pero ella… no pertenecía a aquel lugar, por mucho que los Robards dijeran lo contrario.

Por supuesto, sabía que estaba siendo desagradecida, pero al aceptar aquella invitación se había puesto en sus manos. Bueno, en realidad, quien había aceptado la invitación había sido Simón. Tendría con él algunas palabras en cuanto volviera.

El teléfono sonó en ese momento y, pensando que sería Anita, se apresuró a entrar a la suite.

—Hola —dijo sintiendo un eco en la línea.

Y entonces, como si lo hubiera conjurado al pensar en él, escuchó la voz de Simón.

—¡Hola, Megs! Esperaba encontrarte antes de que bajaras a cenar.

Yo estaba a punto de meterme en la cama.

Megan contuvo el aliento.

—¡Simón! —exclamó con calidez a pesar de lo que había pensado antes—. ¡Oh, Dios mío! Te prometí llamar, pero han pasado tantas cosas, que me temo que me olvidé.

—No te preocupes. Bueno, ¿cómo estás? ¿Cómo te sientes? ¿Ya habéis tenido esa reunión tan esperada?

—No sé de qué reunión tan esperada estás hablando —replicó Megan con acidez—, pero sí, ya me he encontrado con todos los miembros de la familia de mi madre.

—Eso está bien. Te dije que lo pasarías bien.

—¿He dicho yo que me lo estoy pasando bien? —protestó Megan con sequedad.

Pero entonces, por miedo a que alguien pudiera oírla, se corrigió —. Es un sitio precioso y Anita y su familia han sido muy amables.

—¿Anita? ¿Es la mujer con la que hablé por teléfono?

—Exacto. Y también está su hijo, Remy, y mi… mi padrastro, Ryan Robards.

Sólo que por desgracia está muy enfermo.

—¿Tu padrastro?

—Sí —Megan estaba sorprendida de la rapidez con que se había adaptado a una relación de la que siempre había renegado—. Ha sido muy duro para Anita enfrentarse a todo sola.

—Pero tiene un hijo, ¿no? Y por muy pequeño que fuera cuando estuviste tú ahí, ahora debe rondar la veintena.

—Sí. Pero supongo que es diferente poder hablar con alguien de tu propia generación. Yo me acerco más a la edad de Anita.

—¡Tú eres demasiado joven para tener un hijo de esa edad! —exclamó Simón con una carcajada—. Ya sé que has estado un poco deprimida últimamente, pero tienes que animarte, Megs.

Megan esbozó una sonrisa. Le sentaba bien volver a hablar con Simón. Al menos, en él se podía confiar para poder ver las cosas con objetividad.

—De todas formas, no me has contado cómo te sientes. Espero que te lo tomes con calma y que vengas muy, bronceada a la vuelta.

Megan se rió.

—Haré lo que pueda —sacudió la cabeza—. Me alegro tanto de oírte… No sabía cuánto había echado de menos tu sarcástica voz.

Hablaron un poco más de negocios y Megan sintió un poco de añoranza. Aquel era su mundo, pensó, y pronto se cansaría de estar en la isla sin hacer nada. Ella no era una hedonista y no se acordaba cuándo había tomado sus últimas vacaciones. Y

con Anita como única compañía, los días iban a hacerse interminables.

Se examinó con atención en el espejo antes de bajar a cenar. La camisa de seda china de color bronce con rayas en negro, oro y rojo, era lo bastante floja para desviar la atención de la estrechez de la falda hasta los tobillos. Entonces, se puso unas sandalias altas negras y se alegró del aumento de estatura. Estaba acostumbrada a mirar a los ojos a la mayoría de los hombres, pero Remy le sacaba unos quince centímetros.

Todavía estaba pálida incluso después del colorete, pero dudaba que nadie se fijara. Las ventajas de comer a la luz de las velas no eran sólo románticas, pensó al bajar en el ascensor con un grupo de turistas americanos que bajaban al bar.

Bajó en la planta baja y se dirigió a la puerta del apartamento privado de Anita.

Un par de jóvenes recepcionistas le dirigieron una sonrisa amistosa y ella supuso que ya debían saber quién era. Cerró la puerta tras ella y, entonces, cuadrándose de hombros, empezó a recorrer el pasillo hacia la sala. Sólo esperaba que Anita ya estuviera allí.

Lo estaba. Vestida con un traje de cóctel de tafetán azul, Anita estaba sentada en el sofá al lado de una bonita morena con un vestido corto de flores amarillas. Remy estaba apoyado con indolencia contra el brazo del sillón de enfrente y todos alzaron la vista en cuanto Megan hizo su entrada.

A pesar de su decisión de no dejarse desconcertar, fue un momento incómodo.

Fuera por la mirada que Remy le dirigió a su novia o la forma en que las dos mujeres callaron, Megan supo que su llegada había creado un vacío.

Remy fue el primero en recuperarse, levantarse e invitarla a sentarse.

—¿Agua mineral?

Megan asintió agradecida mientas Anita hacía las presentaciones y sintió que su hermanastra había esperado que fuera Remy el que presentara a las dos jóvenes, pero él se había escabullido a propósito con la excusa de la bebida. En consecuencia, le tocó a Anita hacer los honores y Megan le estrechó las manos a Rachel antes de sentarse.

—¿Cómo te sientes ahora? —preguntó Anita. Era evidente que habían estado hablando de su enfermedad porque Anita se volvió hacia Rachel—. Supongo que Remy te habrá contado que ha estado entre la vida y la muerte.

—Oh, yo…

Pero Rachel intervino al instante.

—¡Oh, sí! Me dijo que habías venido a recuperarte después de la operación. ¡No me imagino lo que debe ser tener una úlcera! —se estremeció con delicadeza—.

Espero tardar en saberlo.

—Y yo espero que nunca lo sepas —declaró Anita, palmeándole la mano con gesto posesivo—. Por suerte, aquí no sufrimos las presiones que tiene Megan,

¿verdad, querida?

—Bueno… —empezó Megan.

—Haces que parezca que todo el mundo que vive en Londres está al borde del infarto —remarcó con sequedad Remy—. Por lo que yo sé, las úlceras se pueden originar por muchas causas. El estrés no es siempre el motivo.

—Normalmente sí —declaró su madre.

Megan ya había oído suficiente.

—¿Qué os parece si cambiamos de tema? —preguntó, odiando ser el centro de atención. Miró esperanzada a Rachel—. ¿Has vivido siempre en San Felipe?

—Eso me temo. Remy y yo somos los dos nativos isleños. No creo que pudiéramos aguantar vivir en otra parte.

—No.

Aquellas habían sido las mismas palabras de Anita e incluso su madre, en el lecho de muerte, le había dicho que San Felipe se te metía en la sangre.

—Anita me estaba diciendo que dirigías un catálogo de moda.

—La verdad es que es un directorio. No vendemos la ropa nosotros mismos.

Sólo suministramos un soporte de exposición para los diseñadores que empiezan, graduados universitarios y gente así.

—¡Suena fascinante! —dijo Anita. Pero Megan sintió que realmente no estaba interesada en aquella faceta de su vida—. ¿Pero no has querido nunca casarte, asentarte y formar una familia?

—Todavía no.

Su hermanastra sacudió la cabeza.

—Bueno, pues no te estás haciendo más joven. El reloj biológico no para,

¿sabes?

—¡Mamá!

La impaciencia de Remy era evidente, pero su madre le dirigió una mirada de desafío.

—Bueno, el joven con el que vive Megan me ha parecido muy agradable, debo decir. Si yo fuera ella, no esperaría mucho más para atraparlo.

—Simón y yo… —Megan estuvo a punto de decir la verdad, pero pensó que no era asunto de ellos—. Bueno, somos buenos amigos.

Anita lanzó un bufido.

—¡Buenos amigos! Eso ya lo he oído antes. Bueno… —se encogió

de hombros al ver la mirada iracunda de sufijo—. Supongo que tú sabrás lo que haces.

—Lo sabe —aseguró Remy, terminando su bebida y levantándose para servirse otra—. Y tampoco está al borde de la senectud.

—Yo nunca he dicho que…

—Dinos cómo empezaste el cata… el directorio, quiero decir —intervino Rachel apresurada antes de que su prometido empezara a reñir con su madre—. ¿Cómo sabías dónde buscar diseñadores?

—¡Oh! —Megan tenía la cara ardiente, pero se forzó a contestar—. Fue idea de Simón. Estaba trabajando en uno de los periódicos locales y para escribir un artículo tuvo que visitar varias escuelas de diseño y ver el trabajo que estaban realizando.

Comprendió que había mucho talento desperdiciado y decidimos proporcionarle un medio para que los conociera la gente, eso es todo.

—¿Y quién escoge a los diseñadores?

—Entre los dos. Es cuestión de punto de vista personal.

—Pero es evidente que habéis tenido éxito —señaló Anita—. ¿Es porque Simón y tú tenéis puntos de vista parecidos?

—Es más porque tenemos el mismo sentido del color. Aparte de nuestro trabajo, tenemos muy poco en común.

—Oh, eso no me lo creo.

Anita tenía cara de incredulidad y Megan sabía que tenía que cambiar de tema antes de arrepentirse.

—Es verdad —afirmó antes de desviar la atención hacia la prometida de Remy

—. ¿Qué haces tú, Rachel?

—¿Que qué hago? —Rachel la miró como si hubiera dicho una obscenidad antes de mirar a Remy—. ¿Qué hago? Yo… no hago nada si te refieres a un trabajo para ganarme la vida. Mi padre no me lo permitiría. Es terriblemente anticuado,

¿sabes?

—Es un dinosaurio —afirmó Remy de forma lacónica antes de recibir una mirada de advertencia de su madre—. Bueno, lo es. Todavía vive en el siglo diecinueve y cree que las mujeres han nacido para criar hijos y nada más.

—¡Remy!

—¡Oh, Remy!

Anita y Rachel hablaron a la vez, la primera con tono de reprobación y la joven con una leve carcajada de diversión. Por su parte, Megan hubiera deseado haber puesto una excusa para no estar allí. No se estaba divirtiendo y sospechaba que la única que estaba a gusto era Anita.

Para alivio suyo, el camarero uniformado que les había servido la noche anterior apareció en ese momento a anunciar que la cena estaba

servida. Anita terminó su sherry y los condujo a todos a la terraza.

Megan posó el vaso y los siguió, escuchando el claro sonido de una banda de música en cuanto llegaron al exterior. Había una barbacoa en la playa y se podía oler la aromática comida y ver las antorchas que iluminaban la escena. Si pudiera estar entre aquella multitud anónima, pensó. Se suponía que eran unas vacaciones, no una prueba de aguante.

—¿Aburrida? —preguntó una voz perezosa muy cerca de su oído —. Anímate.

Pronto se acabará. Tendrás que perdonar a mi madre. No sabe que los invitados a una cena deben tener algo en común.

Megan apretó los labios.

—No sé lo que quieres decir —dijo acercándose a la mesa iluminada por velas para admirar el centro de orquídeas e hibiscos de color escarlata—. ¡Es precioso, Anita!

Su hermanastra estaba encantada y la comida era, como siempre, deliciosa. Un ligero consomé seguido de medallones de ternera y una delicada tarrina de fruta de postre. Megan sintió que estaba disfrutando de la comida a pesar de sus reservas iniciales. Probablemente porque toda la conversación la habían sostenido Anita y Rachel.

Fue cuando Anita estaba sirviendo el aromático café colombiano cuando Remy escogió el momento para estropear el ambiente.

—¿Has visto al abuelo esta mañana? —interrumpió a su madre como un niño travieso.

Todo el mundo se quedó en silencio.

Anita lo miró con gesto de impaciencia.

—Por supuesto que lo ha visto. ¿Qué tipo de pregunta es esa?

Remy se encogió de hombros.

—Estaba hablando con Megan —dijo con tono insolente—. ¿Y bien? ¿Qué te ha dicho?

Megan agradeció que la oscuridad ocultara su sonrojo. ¿Qué le pasaba para que él la turbara sin hacer el mínimo esfuerzo?

—Me… me dijo que se alegraba de verme —respondió por fin, dirigiendo una mirada de disculpa hacia Anita—. Me dijo que era… igual que mi madre. Supongo que verme habrá sido duro para él.

—Seguro. Iré a verlo antes de irme.

—¿Puedo ir yo también?

Rachel, sentada al lado de Remy, le cubrió la mano, que jugueteaba con el borde de la copa, con la suya, pero Remy sacudió la cabeza.

—Creo que no —dijo alzando la copa sin consideración a la mano de su novia

—. Las órdenes del doctor O'Brien son que sólo vaya la familia —

su sonrisa fue levemente maliciosa—. Y tú no lo eres todavía.

La respuesta de Rachel fue apartar la silla de forma brusca y salir corriendo.

Megan y Anita intercambiaron miradas de impotencia y, en cuanto la joven desapareció en el interior, Anita reprendió a su hijo:

—¡No había necesidad de eso! Sabes perfectamente bien que lo que el doctor O'Brien quiere decir es que no reciba muchas visitas.

Remy echó la silla hacia atrás y se puso a contemplar las estrellas con descuido.

—Quizá no quisiera que fuera conmigo.

Su madre lanzó un sonido de impaciencia.

—Estás siendo grosero a propósito —lo regañó como si fuera un niño pequeño

—. Ahora, por Dios bendito, vete a decirle que lo sientes. La estoy oyendo sollozar.

Remy dejó caer la silla con exasperante lentitud y Megan deseó haber estado en cualquier parte menos allí.

—No soy un niño, mamá —dijo mirándola con intensidad a través de la mesa

—. Y me opongo a que te comportes como si mi relación con Rachel fuera algo definitivo. No lo es. ¿De acuerdo?

A Anita le temblaron los labios.

—Sólo estás diciendo eso para hacerme daño.

—No, no es verdad —Remy miró a Megan entonces y ella bajó la vista apresurada—. Y te sugiero que le expliques a Megan por qué está realmente aquí en vez de aparentar que es sólo por la salud del abuelo.

Capítulo 6

Megan posó el libro y alcanzó el tubo de crema solar de la mesa baja que tenía al lado. Aunque la hamaca estaba protegida por una sombrilla de rayas, al moverse el sol, sus piernas quedaban expuestas y podía sentir los picores en la piel.

En cuanto se aplicó crema hasta el tobillo, sintió alivio. Miró entonces a su alrededor admitiendo con desgana que tenía suerte de estar en un entorno tan delicioso.

Estaba sentada al borde de la piscina del hotel, otra innovación desde los días en que ella había visitado la isla con sus padres. Ella prefería bañarse en el mar, pero hasta el momento no había nadado. Todavía se sentía muy reacia a hacer esfuerzos que pusieran en riego su recuperación, que era por lo que tenía tanto cuidado con la piel.

Por supuesto, ya se había bronceado un poco debido a que pasaba el mayor tiempo posible fuera del hotel y era totalmente imposible mantenerse inmune a los efectos del sol. Había dado largos paseos en un esfuerzo por recuperar fuerzas y por evitar a Anita, admitió con una punzada de culpabilidad.

Y no era que hubiera tenido mucho éxito con lo segundo, reconoció con desgana. Su hermanastra insistía en que cenaran todas las noches juntas, aunque por suerte, no se había repetido la desastrosa cena de dos días atrás. En conjunto, los días habían sido muy tranquilos y el único acontecimiento que los diferenciaba de unas vacaciones normales eran las visitas a Ryan Robards.

Sin embargo, pensar en la cena en que Remy había llevado a Rachel le producía escalofríos. Después de la explosión de Remy, Anita había ido a atender a Rachel y Megan había aprovechado para hacer su escapada. Ni ella ni Anita lo habían mencionado desde entonces, aunque lo natural hubiera sido hacerlo.

Lo que significaba que no sabía más que antes de los motivos de Ryan para querer verla. A veces, se preguntaba si se lo habría inventado Remy. ¿O pensaba Anita que no hacía falta contar nada más?

Aunque ella y Ryan habían hablado más en los últimos días que en toda su vida, sus conversaciones solían tratar de los recuerdos de su madre sobre todo. Lo que él sentía ahora, lo que pensaba durante las largas horas de soledad en su habitación, le parecían mucho menos importantes que lo que había pasado antes. Y

sus recuerdos de Laura eran preciosos, más preciosos con cada día que pasaba junto a su hija.

Sintiendo el picor de las lágrimas en los ojos, Megan alcanzó las gafas de sol. No iba a llorar, se dijo a sí misma. Ya había llorado todo lo que tenía que llorar años atrás. Pero no tenía duda de que Ryan le

había dado una nueva perspectiva de su madre y, aunque todavía simpatizaba con su padre, estaba empezando a pensar que había sido muy subjetiva.

Se reclinó contra la hamaca, agarrando el libro de nuevo para intentar sumergirse en la historia. Pero los personajes eran demasiado planos y no conseguía concentrarse en el argumento.

Se preguntó qué estaría haciendo Remy en ese momento y rechazó la idea con disgusto. Cuanto menos viera a su «sobrino», mejor. Había estado dos veces en el hotel a visitar a su madre, pero por suerte no se había encontrado con él.

Alzó la vista hacia las sombras que dibujaban las palmeras sobre la sombrilla.

Aquel sitio era un paraíso y, aunque no quisiera admitirlo, estaba empezando a comprender por qué su madre decía que se te metía en la sangre.

Cerró los ojos. Los abrió unos segundos más tarde al notar una sombra, y parpadeó ante la silueta masculina que tenía delante.

Era Remy. De alguna manera lo había sabido y, al instante, se sintió avergonzada de lo poco atractiva que debía de estar con la piel grasienta.

—Hola —saludó él apartándole las piernas para sentarse al borde de su hamaca

—. Parece que tienes calor.

Megan se incorporó.

—Lo tengo. ¿Qué estás haciendo aquí? Pensé que estarías trabajando. ¿O es que no tenéis horarios de oficina los abogados del Serrat?

—Ni sé ni me interesan los horarios de los demás abogados —declaró Remy con desenfado, desabotonándose la camisa—. Pensé que podría acompañarte un rato.

—¿Te parece eso prudente? —preguntó, extendiéndose una gota de crema por la pierna—. Estoy segura de que si tu madre se entera de que estás aquí, te buscará algo que hacer. Estaba diciendo que anoche había tenido un problema con la cafetera.

Remy apretó los labios.

—Yo no soy electricista, Megan, y mi madre tiene contratada una póliza con una empresa de mantenimiento que puede suministrarle muy buenos profesionales.

Si prefiere no llamarlos, ése es su problema.

—Sin embargo…

—¿Sin embargo qué? —Remy la miró y Megan deseó no sentir atracción hacia él—. ¿Cuál es tu problema? ¿No quieres que esté aquí? Pensé que te alegrarías de verme. No debe de ser muy divertido pasar las vacaciones sola.

Megan se humedeció los labios.

—No me importa lo que hagas —protestó aunque no fuera verdad —. Hum…

¿Cuánto tiempo vas a quedarte? ¿Está Rachel contigo?

—No, no lo está —le dirigió una mirada que hablaba por sí sola—. Rachel y yo tenemos vidas independientes, a pesar de lo que mi madre te haya contado. Ella tiene sus amigos y yo los míos.

—Pero vivís juntos, ¿no? —preguntó, curiosa.

—Todavía no. Ella vive con sus padres. ¿O te ha contado mi madre lo contrario?

—No —contestó apresurada Megan para no involucrar a Anita.

—Me alegro.

Remy se levantó entonces, se aflojó el botón de la cinturilla y se sacó los bordes de la camisa de los vaqueros negros. Se la quitó entonces, la tiró en la hamaca vacía al lado de ella y se fue a buscar unas toallas del hotel.

Cuando volvió, se quedó en calzoncillos. Pero eran tan vistosos que podían pasar por un traje de baño. Después de extender las toallas, se recostó en la hamaca y permaneció un rato en silencio. La piscina estaba casi desierta a aquellas horas de la mañana porque la mayoría de los clientes preferían aprovechar las horas frescas para hacer excursiones y los únicos sonidos eran los del chapoteo del agua contra el borde y la ocasional brisa entre las palmeras.

Megan no pudo relajarse más. Sus ojos se sentían irresistiblemente atraídos hacia la largura de aquellas piernas a su lado. El borde de la sombrilla le ocultaba a su vista. Sólo podía ver la parte inferior del cuerpo y aquello era demasiado inquietante para su paz mental.

Agarró el libro de nuevo y, aunque leyó las líneas varias veces, se encontró pensando cómo sería mantener una relación con alguien como Remy. A ella nunca le habían atraído los hombre jóvenes, pero había excepción a la norma.

Y no debería haberla, se reprendió a sí misma con irritación. ¡Por Dios bendito!

¿Qué le pasaba? Estaba actuando como si nunca hubiera visto antes a un hombre desnudo. Y Remy no estaba desnudo, sino que llevaba unos calzones muy decentes.

El hecho de que expusieran el impresionante montículo ente sus piernas era puramente accidental.

O lo hubiera sido si ella no estuviera tan fascinada por su sexo, cosa de la que Remy debía ser totalmente ajeno. Y en cuanto a Anita… A Megan se le secó la garganta. Se llevaría un susto de muerte si supiera lo que estaba pensando. Ya había dejado muy claro que a ella la consideraba más de su edad que de la de él.

Que era como debía ser, se dio Megan a sí misma alzándose las

gafas sobre el pelo y recostándose de medio lado para no mirarlo, contenta de haberse puesto un traje de baño en vez de un bikini.

—¿Qué tal te va con el abuelo ahora?

Megan miró a sus espaldas y vio que él se había sentado en el borde de la hamaca.

—Bueno…. hablamos —volvió la vista hacia la piscina—. Se cansa con facilidad, pero creo que se alegra de verme. Hablamos mucho de mi madre y a veces creo que me confunde con ella.

—Laura era una mujer muy especial —la voz de Remy era suave y afectuosa y conmovió a Megan.

Megan no contestó. Había cambiado de idea respecto a muchas cosas desde su llegada, pero aún sentía lealtad hacia su padre. Sin embargo, entendía lo mucho que podía haberse equivocado. A los quince años, había sido muy ingenua.

—¿Y qué tal con mi madre? ¿Te llevas bien con ella?

Megan se tendió de espaldas de nuevo.

—Nos llevamos bien.

—¿Ya se ha sincerado contigo? —la miró con intensidad—. La conozco muy bien. Es muy buena en evitar asuntos comprometidos.

—Supongo que todos lo somos.

Remy entrecerró los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Nada.

—¿No te estarás refiriendo a mí por casualidad?

—No. ¿Por qué?

—¿Quién sabe? —Remy frunció el ceño—. Algo que mi abuelo haya dicho, quizá ¿Te ha hablado de mi abuela?

—Me temo que no —Megan se preguntó por qué de repente parecía tan irritado

—. Estoy segura de que también debió amarla, pero la soledad debe pesar, supongo.

—No estaba buscando tu comprensión, ¿sabes?

—Nunca he dicho que lo hicieras —Megan ladeó la cabeza—. Sólo que no sé a dónde quieres llegar, eso es todo.

—¿No lo sabes? ¿Quieres decir que tu padre nunca te lo contó? —las facciones de Remy eran escépticas—. Pensaba que ese hombre habría hecho lo que fuera por degradar a mi familia.

—Si vas a empezar a insultar a mi padre…

—No te preocupes. Prometí guardarme mis opiniones para mí mismo, pero le hizo mucho daño a mi madre y eso no es fácil de perdonar.

—¿Te refieres a que nunca aprobó que se quedara contigo?

—Eso sólo es parte del tema —dijo Remy con amargura—. Pero no es asunto tuyo, ¿verdad? Sólo quería saber lo que estabas pensando. Si

sentías lo mismo.

Megan frunció el ceño.

—¿Acerca de qué?

—No importa.

Megan se sintió confusa.

—¿Tiene algo que ver con tu padre? —preguntó con cautela deseando no haberlo hecho al ver su expresión—. No sé lo que quieres decir.

—Ya te he dicho que no importa. Ya te he molestado bastante. Será mejor que vuelva.

—Remy… —sin importarle su aspecto ya, Megan se levantó de la tumbona y se quitó las gafas—. Por favor —dijo rozándole el fuerte brazo moreno—. ¿Podemos olvidarnos del pasado si es eso de lo que estás hablando? ¿O al menos no dejar que influya en lo que pasa ahora?

Él bajó la vista hacia su mano y, cuando Megan la apartó con timidez, se separó de ella.

—¡Si pudiera! —dijo con sequedad metiéndose los vaqueros—. Mira, será mejor que vea a mi madre antes de que crea que la estoy evitando otra vez.

Megan sabía que tenía razón, pero se preguntó porqué se habría molestado antes. Hasta que ella había sugerido que todo el mundo tenía cosas que ocultar, habían estado bien. De acuerdo, ella había tenido sus reservas cuando él había aparecido, pero había sido por miedo a traicionarse a sí misma. ¡Tenía tanto miedo de mostrar lo mucho que la atraía!

Megan prefirió almorzar en su habitación para no molestar a Anita y a su hijo.

No era cobardía, se defendió a sí misma. Después de aquella conversación, no estaba segura de que Remy quisiera volver a verla. Por alguna razón le había ofendido al hablar de su padre. ¿A qué venía tanto secreto, por Dios bendito? Ya no estaban en los tiempos en que ser madre soltera fuera una lacra.

Pasaron dos días más sin incidentes. Simón llamó de nuevo y le contó que había conocido a un joven que tenía unas ideas estupendas para el siguiente directorio. Le había sugerido que tocaran el mercado étnico porque había muy buenos diseñadores afroasiáticos sin posibilidad de exhibir sus trabajos.

Megan ya no sentía tanto entusiasmo. A pesar de su determinación, cada vez se sentía más involucrada en la vida de los Robards. La enfermedad de Ryan y la actitud de Remy le parecían ahora más importantes que la moda del año siguiente.

Nunca lo hubiera creído posible, pero ya no estaba contando los días que le faltaban para regresar.

Pensando que estaba en peligro de ponerse sensiblera, decidió pedirle a Anita el coche prestado. Todavía no había ido a la capital y también quería visitar el Jardín del Recuerdo, donde habían esparcido las cenizas de su madre.

No le fue fácil sacar el tema. Desde su llegada, las dos habían evitado hablar de los detalles de la muerte de su madre, pero su hermanastra le explicó de buena gana dónde estaba el cementerio y se ofreció a acompañarla.

—Me gustaría ir sola si no te importa. Es algo que quiero hacer y que debería haber hecho antes. Espero que lo entiendas.

—Por supuesto.

Anita no discutió y Megan supuso que esperaba que eso la ayudara a mirar a Ryan Robards de forma más benigna. En cuanto a ella, se moría de ganas por ponerse tras un volante. Hacía más de seis semanas que no se sentía en pleno control de su vida.

El vehículo que le dejó Anita era un Buggy descapotable de los que tenían en el hotel para alquilar. Anita también le dejó un sombrero de paja con una cinta de color escarlata. A Megan no le gustaba mucho, pero era estupendo para protegerse del sol.

En cuanto al resto, se puso una falda plisada de color azul marino y una camiseta sin mangas de color amarillo limón que acentuaba su suave bronceado.

Lo cierto era que se sentía mucho mejor, pensó al conducir hacia Port Serrat. La debilidad que había sentido al llegar había desaparecido debido a las largas caminatas y la comida adecuada, en vez de los sandwiches y comidas rápidas que ella solía tomar, y el color estaba volviendo a sus mejillas. Sólo esperaba no engordar demasiado para que la ropa le valiera al volver a casa.

Al volver a casa…

Deteniéndose para dejar paso a un hombre con un carrito de bananas, Megan se sorprendió de lo poco atractiva que le resultaba la idea.

Apartando aquellos pensamientos inquietantes, empezó a fijarse en lo familiar que le resultaba el entorno debido a las excursiones que habían hecho por toda la isla de pequeña. Sus padres, o mejor dicho su madre, solía llevar a Remy en aquellas expediciones.

Giles Cross nunca había animado su amistad con el pequeño Remy, y Megan no podía entender ahora cómo alguien podía castigar a un niño por los errores de sus padres.

Para no pensarlo más, se dedicó a contemplar el paisaje. Los setos floridos que bordeaban la carretera daban paso a grupos de casitas, cada una con su pequeño jardín y, al fondo de la calle mayor, se veían los mástiles de los yates.

La pequeña ciudad de El Serrat, se extendía por las colinas que

rodeaban el muelle. Era un sitio precioso con mucha historia y Megan recordó cómo solía burlarse de los turistas acerca de su turbio pasado bucanero.

Megan aparcó en un aparcamiento y se dirigió hacia el puerto. El mercado de pescado ocupaba un extremo. Tras el mercado, el muelle se abría al puerto deportivo, donde los preciosos yates agitaban sus gráciles mástiles. Como Barbados y Antigua, San Felipe atraía a muchos propietarios de yates.

Ryan tenía uno, recordó. Ésa era la razón por la que sus padres habían acabado haciéndose tan buenos amigos. Solía llevar a sus huéspedes alrededor de la isla o a las islas vecinas en grupos.

Megan estaba empezando a sentir sed y se sentó bajo la sombrilla de la terraza de un café. Cuando apareció el camarero, pidió limonada y se dedicó a paladear el frío refresco con placer.

Mirando a su reloj, comprobó que eran poco más de las diez y media. Había salido temprano del hotel para evitar el calor más opresivo y ahora se alegraba. Así le sobraría tiempo para ver algunos escaparates antes de visitar el cementerio y volver a comer al hotel.

Cuando se fue del café, no pudo evitar preguntarse dónde viviría Remy. Había dicho que vivía cerca del puerto, pero no tenía más datos. Por allí no había bloques de apartamentos nuevos, sólo las casas antiguas de preciosos colores y supuso que su casa estaría escondida tras ellas.

También era posible que trabajara en casa, aunque no lo creía probable. Un abogado necesitaría ser accesible para sus clientes y seguramente Remy querría mantener su vida profesional y privada por separado.

Y entonces lo vio. Estaba a unos metros de ella hablando con otro hombre y, hasta por detrás, sus anchos hombros y sus musculosas piernas eran inconfundibles.

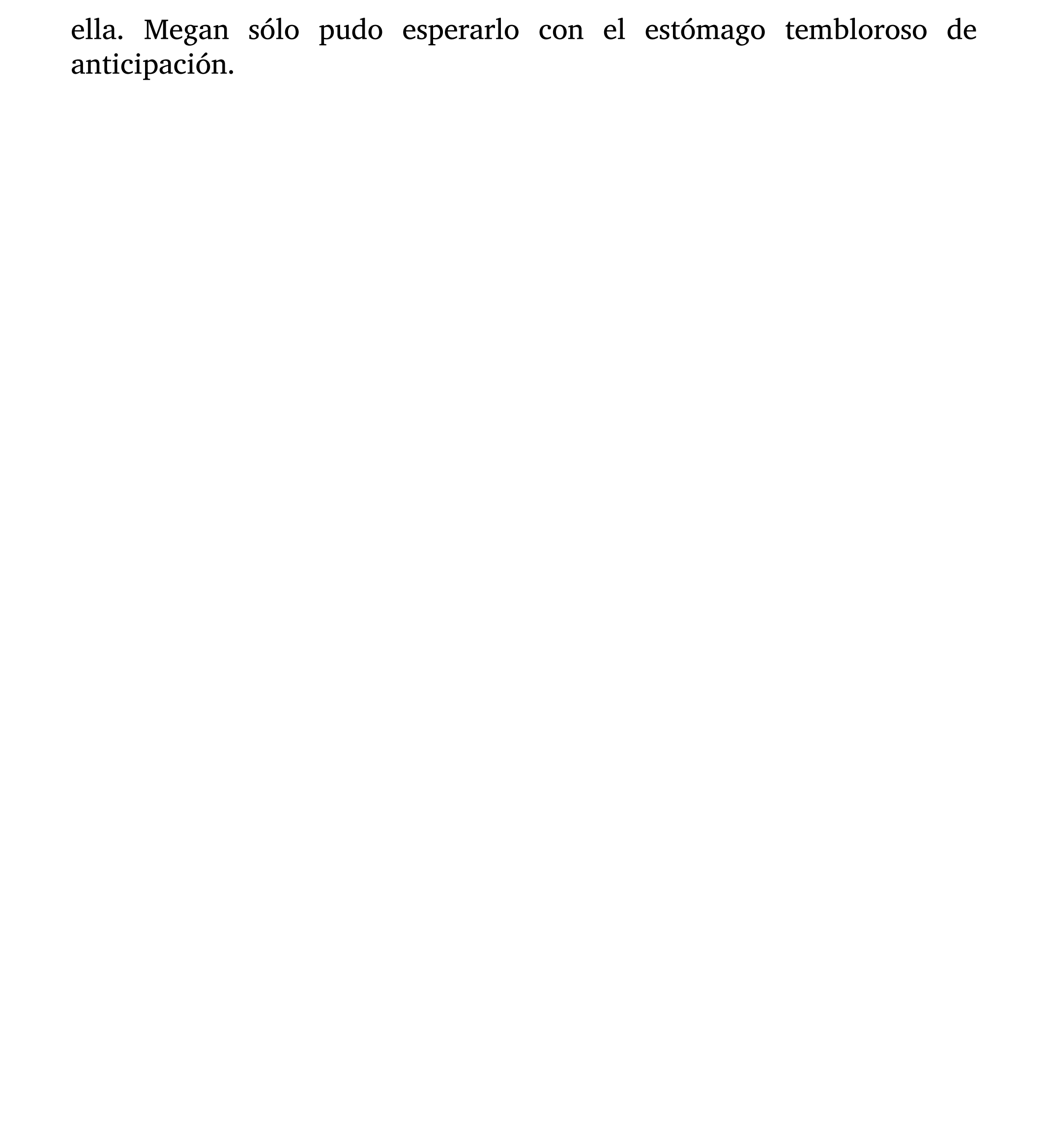
Se movía con tal fluidez y gracia, que no le cupo duda de su identidad.

¿Pero qué iba a hacer? A pesar de que no llevar la americana puesta, su camisa y pantalones eran formales y estaba segura de que estaba trabajando. Además, lo último que quería que pensara era que lo estaba buscando.

Se detuvo con inseguridad mirando hacia atrás, pero cuando volvió la vista al frente, vio que él y su acompañante se habían detenido. Remy parecía estar despidiéndose del otro hombre, que había alzado la mano hacia la puerta que tenían al lado. ¿Estaría allí su oficina? ¿Sobre una de las tiendas del puerto?

Y entonces, él la vio.

Antes de que pudiera moverse y darse la vuelta como si no lo hubiera visto, Remy despidió a su compañero y se acercó aprisa hacia



ella. Megan sólo pudo esperarlo con el estómago tembloroso de anticipación.

Capítulo 7

Para alivio suyo, Remy pareció contento de verla.

—¿Cómo has llegado aquí? —comentó con gesto de diversión—. ¡Bonito sombrero!

—Sí, ¿verdad? —Megan bajó el ala alrededor de sus mejillas y puso una mueca cómica—. Y lo creas o no, he venido en un Buggy.

—¿Sola? ¿Puedes conducir?

—Tengo carnet desde hace mucho y ya han pasado seis semanas desde la operación. Me siento bastante bien, la verdad.

—Sí, eso ya lo veo —Remy deslizó la mirada por su figura, posándola en sus piernas más tiempo del debido—. Ya que estás aquí, y sola, quizá podríamos comer juntos.

—Bueno, yo…

Al notar su vacilación, Remy la interrumpió apresurado.

—Supongo que tendrás otras cosas que hacer. Lo siento. No pensaba que seguramente querrás volver al hotel a descansar.

—¡Oh, por favor! —Megan no podía dejarle pensar eso—. Aparte de visitar el cementerio, no tengo nada planeado.

—¿Entonces?

—Entonces sí. Me encantaría comer contigo —se detuvo—. ¿Dónde quedamos?

Tú conoces la ciudad mejor que yo.

Remy pareció pensarlo.

—¿Por qué no vuelves aquí y te enseño mi oficina? —hizo un gesto hacia la tienda de deportes un poco más arriba de la calle—. Usa la puerta lateral y sube directamente.

—De acuerdo.

Megan esbozó una sonrisa resplandeciente y Remy la miró con intensidad antes de darse la vuelta.

—Me alegro de que hayas venido —dijo a sus espaldas.

Y ella se regocijó con sus palabras durante todo el camino de vuelta al coche.

El cementerio baptista, donde habían diseminado las cenizas de Laura Robards estaba en las colinas de las afueras y tenía vistas al muelle. Megan imaginó que Ryan debía de haber ido a menudo antes de que su salud empeorara. Dentro del Jardín del Recuerdo, encontró una pequeña placa con el nombre de su madre grabado y las palabras «Te echo de menos», medio ocultas tras un enorme jarrón de orquídeas y lirios.

Era inmensamente conmovedor. Megan estaba sola en el cementerio y tuvo que sentarse, cegada por las lágrimas en el banco de piedra para los visitantes. Después de un rato, la paz del lugar pareció embargarla y darle un sentido de plenitud al sentir el perdón

de su madre.

Eran poco más de las doce cuando volvió a subir la calle principal. A pesar de lo que le había dicho a Remy antes, empezaba a sentirse débil y habría deseado poder volver directamente al hotel.

Empujó la puerta de cristal al lado de la tienda de deportes. Había una placa que decía: «Jeremy Robards, abogado». Era curioso que nunca hubiera sabido que Remy no era su nombre completo.

Las escaleras eran muy empinadas y, para cuando llegó a lo alto, estaba jadeando. Se detuvo un momento en el descansillo intentando recuperar el aliento antes de entrar en la oficina y se quedó sorprendida cuando una joven negra salió a recibirla.

Era una mujer guapa, baja y voluptuosa y sus amables ojos enseguida se ensombrecieron de preocupación.

—¿Se encuentra bien? —preguntó pasando en el acto un brazo alrededor de la cintura de Megan para ayudarla a entrar—. ¿Quiere un vaso de agua? Deje que avise a Remy de que está aquí.

—No, de verdad… —empezó Megan, desplomándose en el gastado sofá de cuero de la sala de espera.

La joven no le hizo caso y desapareció por una puerta interior. Megan comprendió que debía trabajar allí.

En cuanto a ella, habría deseado que se la tragara la tierra. Nunca se había sentido tan impotente en su vida, excepto cuando la úlcera le había perforado el estómago.

Tenía la cabeza palpitante y no tenía ni idea de lo que la mujer le había dicho a Remy, pero allí lo tenía delante de ella con expresión de preocupación.

—¡Maldita sea, Megan! ¿Qué te has estado haciendo a ti misma?

—Tus escalones son muy empinados, eso es todo.

—Ah, sí. Y por eso estás tan pálida como un fantasma.

—Estoy cansada —se defendió ella—. Quizá haya intentado hacer demasiado.

En cuanto recupere el aliento, me pondré bien.

—¿Tú crees? —preguntó con desconfianza Remy antes de ponerse de pie bruscamente—. Un vaso de agua, por favor, Sylvie. Después, me encargaré yo de la señorita Cross.

Sylvie llevó el agua con una sonrisa de comprensión y Megan bebió sedienta, Quizá sólo estuviera deshidratada, pensó. Por eso se había sentido tan débil. Pero sintió las piernas como gelatina al intentar ponerse en pie.

—¿A dónde vas?

Sylvie se había ido y Remy se interpuso entre ella y la puerta.

—Pensé que íbamos a almorzar —protestó Megan intentando aparentar entusiasmo—. Ah, sí. Ibas a enseñarme tu oficina.

A Remy le aletearon las fosas nasales.

—¿No esperarás en serio que te lleve a un restaurante temblando como una hoja?

—No estoy temblando —pero no era verdad—. Bueno, me pondré bien en unos pocos minutos. He pasado calor en el cementerio y supongo que no estoy fuerte como para escalar una colina todavía.

Remy apretó los labios.

—De acuerdo. Almorzaremos, pero no en un restaurante. Mi apartamento está cerca de aquí. Comeremos allí.

Megan abrió los labios para protestar, pero la mirada de advertencia de sus ojos la hizo desistir. ¿Y por qué no?, pensó. ¿De qué tenía miedo, después de todo? Y

además, sentía mucha curiosidad por saber dónde vivía.

Cuadrándose de hombros con gesto de aceptación, siguió a Remy al interior de su oficina. La sala cuadrada y soleada, con largos ventanales que daban al puerto, era mucho más atractiva que su despacho de Londres. Cambiaría su tecnología punta y su limpio acero y cromo por una vista como aquélla sin pensárselo dos veces.

—¿Es aquí donde trabajas?

—Cuando tengo tiempo —comentó él, metiéndose la cartera en el bolsillo del pantalón—. Ya está. Estoy listo —miró a su alrededor con cierta resignación—. Tengo un juicio esta tarde, así que tendré que volver hacia las dos.

—¡Oh!

Megan se preguntó si estaría arrepintiéndose de haberla invitado, pero lo miró a los ojos y decidió no preguntar y seguirlo después de recoger el sombrero de paja.

Fuera, el calor era sofocante. Megan se sintió desfallecer y rogó que el apartamento no estuviera demasiado lejos. Ni siquiera puso objeciones cuando él la sujetó por el codo para guiarla, aunque la sensación de aquellos dedos era inquietante.

—No está lejos.

—¡Cómo debo estar! ¡Casi desmayarme por haber caminado un poco! Debes de pensar que soy una completa idiota.

—Es mejor que no diga lo que pienso —cortó Remy acompasando el paso al de ella—. Debería haber ido al cementerio contigo. O mi madre. Ha sido un paseo muy largo para hacerlo sola.

—Eso no es verdad —Megan no podía permitirle que pensara aquello—. Y tu madre se ofreció a acompañarme, pero quería ir sola.

—¿Por qué?

Se habían metido por una callejuela lateral donde los balcones de los edificios antiguos daban una bendita sombra. Un pasadizo de ladrillo conducía a un frondoso patio interior con estrechas escaleras que subían a los pisos de arriba.

—¿Es aquí donde vives?

—No es tan decrépito como parece por fuera.

—No me parece decrépito en absoluto. Estaba pensando en lo delicioso que es.

—Evidentemente eres una romántica —dijo Remy con una sonrisa —. Vamos, mi apartamento está por ahí.

Subieron el primer tramo de escaleras hasta una sólida puerta de madera y, cuando Remy la abrió, salieron aun largo corredor. Al final de él, la luz se filtraba por unas vidrieras cubriendo el suelo de prismas de cientos de colores.

—¡Oh!

Megan apenas pudo elogiar el precioso diseño de la vidriera antes de que Remy hubiera cerrado la puerta y la condujera directamente a la puerta de la derecha.

—Pasa.

Megan lo siguió como en sueños a una sala que parecía antigua y moderna a la vez.

Era sin duda el salón. Aunque era muy grande, los techos bajos con vigas vistas le daban un aire muy acogedor. En dos de las paredes cubiertas de paneles de madera, había colgados varios óleos impresionantes y en la repisa de la chimenea había un enorme centro de flores.

El mobiliario era ecléctico: amplios y mullidos sofás alternaban con armarios de otro siglo. Había estanterías victorianas, una mesa de capitán de barco del siglo XVIII y varios tiestos de diferentes tamaños con plantas trepadoras.

Las ventanas eran largas y estrechas como el recibidor, pero la vista era impresionante. Desde allí, se podía ver todo el puerto y la bahía. Una de las ventanas estaba entornada y la ligera brisa movía las largas cortinas que eran casi transparentes y reflejaban los colores del mar.

Megan lanzó un suspiro al mirar a su alrededor.

—¡Es fantástico! Nunca hubiera esperado una cosa como ésta.

—¿Y qué esperabas? ¿Que viviera en alguna cueva sin agua corriente siquiera?

—Bueno, no. Pero esto es tan… tan…

—¿Rústico?

—Exquisito —insistió ella con firmeza—. Tienes mucha suerte de vivir en un sitio como este.

—¿Tú crees?

Su tono era sarcástico, pero Megan prefirió no responderle. Se acercó a los ventanales y apoyó una rodilla en el bajo alféizar.

—¡Qué vista tan maravillosa! —exclamó—. No debes cansarte nunca de mirarla.

Seguro que por la noche es preciosa con las luces del puerto.

—Tendrás que venir y verlo por ti misma —dijo Remy mientras abría la puerta en el extremo más alejado de la habitación—. ¿Te bastará con queso y ensalada? Me temo que no tengo nada más sofisticado. No esperaba invitados para comer.

—¡Por supuesto! —Megan se sintió culpable—. Por favor, no te molestes por mí. Con cualquier cosa me arreglo, un sandwich o incluso algo de fruta. La verdad es que no tengo mucha hambre.

Remy hizo una mueca y desapareció por la puerta. Ella lo siguió después de dejar el sombrero en uno de los sillones de orejas. Se encontró en una pequeña cocina muy bien equipada con cazuelas de barro y ramos de hierbas aromáticas colgando de las vigas. Había una alacena con platos de color crema y oro; una pequeña ventana daba a la terraza.

Remy estaba sacando una lechuga del frigorífico junto con diminutos tomates que Megan sabía que eran muy dulces. Una barra de crujiente pan francés descansaba en una tabla de madera al lado de un buen trozo de queso y un cuenco de cremosa mantequilla.

—Se supone que no debes cansarte —declaró él en cuanto la vio.

—Me siento mucho mejor ya —insistió ella.

Y era verdad. Las gruesas paredes del edificio mantenían un delicioso frescor en la casa y, aunque se sentía todavía un poco sofocada, ya había dejado de temblar.

—Bueno, ¿por qué no te sientas a la mesa? —sugirió él, señalando un arco que Megan no había visto antes.

Bajo las frondosas plantas que colgaban del techo, había un diminuto comedor con una mesa cuadrada de nogal y cuatro sillas tapizadas de cuero.

—Toma —le pasó dos platos y la cubertería—. Lleva esto a la vez que vas. Ya sé que no quieres nada con alcohol, pero creo que tengo agua mineral en el frigorífico.

Megan puso la mesa e hizo lo que le había sugerido. Se sentó junto a la ventana a admirar la vista del puerto. Podía sentirse un poco culpable por que Anita no supiera lo que estaba haciendo, pero si era sincera, tenía que admitir que nunca en su vida se había sentido tan feliz.

La comida era simple y exquisita. Aparte de la lechuga y los tomates, la ensalada tenía rojos rábanos, pimientos dulces y rodajas de pepino. El pan estaba cortado en crujientes rebanadas que Megan untó con la mantequilla amarilla y el queso estaba curado y sabroso.

—Entonces —preguntó Remy—, ¿por qué querías venir sola? ¿Es que mi madre se está poniendo pesada?

—¡No! —pero a Megan le sorprendió su percepción—. Tu madre y yo… nos llevamos muy bien. Es sólo que quería estar un poco sola, eso es todo.

—Entonces, ¿qué estás haciendo aquí?

—Bueno, esto no lo tenía planeado.

—¿No?

—Sabes que no —se obligó a no apartar la vista de su mirada intensa—. Pero me alegro de que haya pasado.

Los ojos de Remy se oscurecieron.

—Bien.

Megan inspiró temblorosa.

—De todas formas, no creo que a tu madre le pareciera bien.

—No.

—Creo que tiene miedo de que ejerza una mala influencia sobre ti —bromeó Megan para aligerar el ambiente—. Estoy segura de que no me aprueba por completo. Por eso de no estar casada y esas cosas.

—Podrías tener razón —Remy sonrió—. Entonces, ¿te gusta el apartamento?

—Hum… —Megan asintió, dando un sorbo de agua helada antes de responder

—. ¿Viviréis Rachel y tú aquí después de casados?

Los ojos leonados de Remy se ensombrecieron.

—¿Quién ha dicho que vamos a casarnos?

—Bueno, ¿no vais a hacerlo?

—No que yo sepa. ¿Cuándo vas a casarte tú con Simón?

—No voy a casarme. Quiero decir que es algo de lo que nunca hemos hablado.

Somos amigos, eso es todo. Y socios en el negocio.

—Bueno, lo mismo somos Rachel y yo… amigos. Y como ella no tiene trabajo difícilmente podríamos ser socios.

Megan apretó los labios y alzando la cabeza lo miró a los ojos.

—Eso no es del todo verdad.

—¿No?

—No —Megan vaciló—. Yo suponía que Rachel y tú… bueno, que erais amantes. Los amigos normalmente no se acuestan juntos.

Remy lanzó un bufido.

—¿No? Te pareces a mi madre.

Megan procuró no mostrar ninguna reacción, pero sus palabras le dolieron.

—Bueno, soy tu tía, o al menos tu tiastra. No pensaba que te importara que mostrara interés por tu futuro. No pretendía entrometerme.

—¿No? —Remy apartó su plato y se puso en pie—. No finjas que te interesa mi vida por ser mi tía. Te interesa porque te sientes atraída hacia mí, y sabes que tu padre nunca lo habría aprobado.

—¡No! —exclamó Megan, horrorizada.

—Sí —Remy rodeó la mesa e hizo que ella se levantara—. Por eso

es por lo que has venido aquí hoy. Porque nunca hemos tenido ninguna intimidad en el hotel.

—Estás equivocado.

—¿Lo estoy? —no la creía y Megan no podía culparle cuando sus entrañas estaban ardiendo y su corazón estaba desbocado. Entonces, él agachó la cabeza y le frotó los labios con los de él con una leve y suave caricia—. Deja de engañarte a ti misma, Megan. Puede que no te guste, pero sabías lo que estaba sucediendo desde la primera tarde en que derramaste la bebida.

—¡Eso no es verdad! —a pesar de que el roce de sus labios había encendido un fuego que le recorría todas las venas, Megan intentó zafarse de él. No podía permitir que creyera que había ido allí con la intención de empezar una aventura. Hasta que la había acusado de sentirse atraída por él, pensaba que había conseguido ocultar sus sentimientos. Y descubrir que eran tan transparentes para él era humillante, aparte de crear una situación a la que ella no podía enfrentarse—. Suéltame.

Remy la mantuvo sujeta unos segundos más abanicando su frente con su aliento frío. Entonces, abrió los dedos liberándola. Ella se tambaleó al dar un paso atrás. Pero podía notar por su expresión que seguía sin creerla, que sólo la había soltado porque había querido hacerlo.

Megan tenía la respiración agitada, y el cuarto que antes le había parecido acogedor, ahora se le hacía opresivo. Para salir tuvo que rozarle al pasar.

Se apresuró a cruzar la cocina deteniéndose en la sala porque la cabeza le daba vueltas. Oh, Dios, pensó. Iba a ponerse en ridículo de nuevo. Tenía que recordar que seguía convaleciente y no sobrepasarse.

—¿Qué estás haciendo?

Remy estaba tras ella ahora y su voz era ronca y cargada de resignación. Pero cuando quiso apartarse, la mano de él en su cintura se lo impidió al deslizarse hacia el bajo de la falda para acariciarle la piel.

—¿Qué crees que estás haciendo tú? —explotó ella poniéndose rígida—. Me voy. Muchas gracias por la comida. Ha sido… bueno, interesante.

—Megan…

—¿Qué?

Incapaz de soportar la fresca caricia de sus dedos ni el calor de su cuerpo tras el de ella, se volvió sintiendo un mareo al hacerlo.

—Mira, Remy. Siento haberte causado una impresión equivocada. Sentía curiosidad por saber dónde vivías y trabajabas, lo admito. Pero cualquier otra cosa sólo son imaginaciones tuyas.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad.

Miró a su alrededor en busca del sombrero. Por mucho que deseara salir de allí, no se atrevía a hacerlo sin protegerse del sol.

—De acuerdo —su suspiro fue de resignación—. Si es así como quieres jugar…

—¿Jugar? —Megan vio el sombrero y se lo puso con manos temblorosas—. No sé de qué estás hablando. Me caes muy bien, Remy, pero no puedo verte más que como el niño con el que solía jugar.

—¡Mentira!

—¿Perdona?

—He dicho…

—Sé lo que has dicho, pero no tenías derecho a decirlo. Siento que no me creas, pero así son las cosas.

—No te creo. Te lo has pensado mejor, eso es todo.

—No —Megan no podía creer estar manteniendo aquella conversación con él—.

Por favor, sabes que tu madre se disgustaría si supiera lo que está pasando.

—¡Mi madre! —murmuró Remy casi con desdén—. Por supuesto. No debemos olvidar que mi madre forma parte de todo esto, ¿verdad? ¿Qué te pasa? ¿Tienes miedo de que vayamos a ofenderla? ¡Dios mío! Hace mucho tiempo que no le permito a mi madre tomar ninguna decisión en mi vida.

Megan agitó la cabeza.

—Remy…

—¿Qué?

Se dirigió hacia la puerta.

—Esto es una locura.

—Estoy de acuerdo —pero en vez de abandonar la discusión, cerró el espacio que los separaba y, tomándole la cara entre las dos manos, la miró con intensidad—.

¿Lo entiendes, Megan? No me importa por qué hayas venido, siempre que te quedes.

Megan entreabrió los labios.

—No puedo.

—¿Por qué no? —sus dedos dibujaron los contornos del lóbulo de sus orejas—.

Esto no tiene nada que ver con nadie. Sólo tiene que ver con nosotros y con el hecho de que tú me deseas tanto como yo a ti.

—¡No!

Megan hubiera salido corriendo entonces, pero él cerró la puerta a sus espaldas.

Tenía la boca seca, pero cuando su pulgar le frotó el labio inferior, se sintió húmeda en otras partes, Remy estaba jugando con sus

emociones, pensó con un ataque de pánico, y ella no podía hacer nada para impedírselo.

No podía creer que aquello le estuviera sucediendo a ella.

Y para aumentar su turbación, sabía que todo lo que él había dicho era verdad.

No entendía nada, pero no podía negar que se sentía atraída por él. Deseaba que la tocara, maldita fuera. Y deseaba tocarlo.

Remy le estaba quitando el sombrero e inclinando la cabeza para deslizar la lengua por la sensible piel del lóbulo de sus orejas. Megan se sintió débil e intentó convencerse de que era por la enfermedad, pero cuando él introdujo la rodilla entre sus piernas, le preocupó más que notara la humedad entre sus muslos.

—Estás temblando otra vez —susurró él con voz ronca.

Megan se preguntó si se lo creería si ella aparentara desmayarse. Pero su boca se deslizó por sus mejillas y encontró sus labios entreabiertos. Y aquella estrategia ya no le sirvió más de opción.

Capítulo 8

Aunque era lo último a lo que hubiera querido enfrentarse, a Megan no le sorprendió en realidad encontrarse a Anita esperando por ella al volver.

—¡Ah, aquí estás! —exclamó su hermanastra cuando aparcó—. Estaba empezando a ponerme nerviosa. No me dijiste que ibas a almorzar en la ciudad.

—Fue una decisión del momento.

—He esto intentando ponerme en contacto con Remy. Me pregunté si habrías llamado a su oficina, pero Sylvie, su secretaria, me dijo que se había ido con un cliente a las doce y que todavía no había vuelto.

¡Un cliente!

—Entonces, ¿fuiste al cementerio? —ante su asentimiento, Anita prosiguió—.

Bonito sitio, ¿verdad? Mi padre solía pasarse horas enteras sentado en el jardín.

—Ya me lo imaginaba. Yo también estuve sentada un buen rato.

Anita la agarró del brazo y la condujo al interior del hotel.

—Pareces cansada. ¿No habrás caminado demasiado?

—Por supuesto que no —pero Megan se sonrojó, a pesar de sus esfuerzos—. Sin embargo, estoy un poco cansada. Me gustaría descansar un poco.

—No te apetecerá visitar a mi padre, ¿verdad? Me ha preguntado por ti esta mañana y le dije que te habías ido a la ciudad.

Megan lanzó un gemido para sus adentros, pero se volvió hacia Anita con una resuelta sonrisa.

—¿Por qué no? Me gustaría contarle dónde he estado.

—Gracias.

Anita le apretó el brazo y Megan se ajustó el sombrero antes de salir de nuevo.

Aunque eran poco más de las tres, el sol estaba más ardiente que nunca y el ala del sombrero le protegía también los ojos.

Sólo tardó unos minutos en llegar al bungalow de Ryan. Era el más alejado de la playa y el más tranquilo en consecuencia. Como siempre, a la enfermera de guardia le agradó verla. Eso le permitía relajarse unos minutos sabiendo que su paciente no estaba solo.

Ryan parecía dormido, pero Megan ya sabía que no lo estaba. Durante el curso de sus muchas conversaciones, le había contado que no dormía mucho.

—¡Has vuelto! —susurró cuando Megan se acercó a la cama.

—Sí —dijo ocupando la silla que había dejado libre la enfermera —. ¿Cómo está?

—¿Qué es lo que dicen? Tan bien como se puede esperar —

murmuró él con humor—. ¿Has disfrutado de tu paseo? Anita me dijo que tal vez fueras al cementerio.

—Sí, he estado allí. Es un sitio muy tranquilo, ¿verdad? Creo que me sentó bien.

—Bien, bien. Laura y yo solíamos pasar mucho tiempo allí juntos cuando yo podía caminar todavía.

Megan apretó los labios.

—Estoy segura de que echa de menos tus visitas. Quiero decir, que creo que es donde le hubiera gustado descansar.

—¿Eso crees? —sus ojos se clavaron en los de ella. Y entonces, como si lo que fuera a decir requiriera mucho esfuerzo, se apretó brevemente la máscara contra la boca—. No sabes lo que te agradezco que digas eso, Meggie —su mano buscó la de ella—. ¿Quiere eso decir que me perdonas por fin?

Megan respiró agitada mientras él le sujetaba los dedos.

—Supongo que sí.

—Gracias —suspiró—. Me has hecho muy feliz. Remy me dijo que no te andabas con rodeos y creo que tiene razón.

Remy…

Megan hubiera preferido no pensar en Remy en aquel momento. Y no era que hubiera hecho nada malo, pero no tenía por qué culparse por los errores de él.

—Te gusta mi chico, ¿verdad? —continuó el anciano.

—Somos viejos amigos —dijo Megan, deseando retirar su mano—. No le estaré cansando, ¿verdad?

—Sobreviviré —dijo él con ironía—. De momento al menos. Dime lo que piensas de él. Su madre está muy orgullosa de que se haya hecho abogado.

—¿Y usted no?

—¡Por supuesto que estoy orgulloso de él! —se puso la máscara de oxígeno una vez más—, pero Remy sabe cuáles son sus verdaderas lealtades. Con el tiempo este hotel será responsabilidad suya —tosió—. Eso lo sabe tan bien como yo.

Megan escuchó sus palabras pensando que para Ryan la carrera de abogado de Remy no era más que un pasatiempo hasta que llegara el momento en que se le necesitara. A su manera, Ryan era tan terco como lo había sido su padre. Los dos creían saber qué era lo mejor para sus hijos.

—Me tengo que ir —dijo Megan para evitar la respuesta.

Pero los dedos de Ryan se apretaron alrededor de los suyos.

—¿Te lo ha dicho? —preguntó sin rodeos—. ¿Te ha hablado de su padre? Si no lo ha hecho, es importante que lo haga.

—¿Decirme qué?

Megan estaba confundida.

—¿Tu padre nunca te lo contó? ¿Y para qué iba a hacerlo? Nos despreciaba a todos.

—Señor Robards…

—Llámame Ryan.

—Bien, Ryan. Me temo que no sé de lo que está hablando.

—No —otra áspera tos le hizo estremecerse y esa vez le soltó la mano para agarrar la caja de pañuelos—. Tendremos que hablar de esto en otro momento.

—Por supuesto.

Megan se levantó con la esperanza de que Ryan se hubiera olvidado de aquella conversación la siguiente vez que fuera a visitarlo. Anita le había dicho que solía ser olvidadizo por la medicación que le daban para el cáncer.

Se alegró de salir al exterior de nuevo, pero por una vez, no se apresuró a volver al hotel. No conseguía entender por qué podía importarle a ella nada del padre de Remy.

A pesar de lo que había estado a punto de suceder esa tarde, su relación no iba a cambiar. Ella no quería que cambiara aunque se sintiera atraída por él.

Al llegar al recibidor, encontró un ascensor vacío y subió hasta el sexto.

Apoyándose contra la pared empapelada de tela sintió una fuerte sensación de alivio de no haber hecho ninguna tontería con Remy. Si se hubiera abandonado a sus instintos más básicos, ¿cómo se habría enfrentado a Anita de nuevo?

Una vez dentro de su habitación, se fue desvistiendo para meterse en la ducha.

Mientras el agua la acariciaba intentó no recordar la pasión de su beso y, cuando se enjabonó los senos, no pudo evitar recordar cómo la había abrazado, cómo sus manos se habían deslizado bajo su camisa y habían encontrado los erectos pezones que se habían inflamado bajo sus pulgares.

No debería haber sucedido, se dijo a sí misma. No debería haber ido a la oficina de Remy y mucho menos a su apartamento. De hecho, cuando había empezado a sentirse mal, debería haber vuelto al hotel. Y había sido una estupidez haberle hecho aquellas preguntas tan personales. Remy debía haber pensado que estaba investigando a la competencia.

Sintió una oleada de repulsión y se apartó de la pared para empezar a enjabonarse las piernas. Nunca hubiera creído ser tan transparente. Su acusación la había pillado por sorpresa. No estaba acostumbrada a que nadie hablara de sus sentimientos con tanta naturalidad. Y no era sólo que Remy fuera atractivo; ella había conocido a muchos hombres atractivos antes. Tenía algo que causaba

un efecto devastador a sus hormonas.

La respiración se le aceleró. Enjabonarse las piernas le trajo recuerdos de cómo se había portado. Cuando él había apretado su rodilla entre sus muslos y había frotado la parte más sensible de su anatomía había estado apunto de perder el control. Por primera vez en su vida había conocido la sensación de desear a un hombre con locura.

Pero de alguna manera había conseguido no ceder. A pesar del calor sensual de su boca, no había perdido la cordura y había podido escapar de él sin esperar siquiera a averiguar lo que realmente pensaba.

El trayecto de vuelta al Buggy sólo lo recordaba vagamente, pero sí recordaba el alivio que había sentido al llegar al coche y cómo se había ido de Port Serrat con la idea de no volver nunca más.

Al bajar a cenar temió que apareciera Remy. No sabía lo que haría si lo encontraba esperando en el comedor con su madre, pero para alivio suyo, sólo estaba Anita revisando una pila de facturas que apartó al lado al instante.

—¿Cómo te sientes?

—Mucho mejor. Gracias.

—Bien. ¿Pasaste mucho tiempo con mi padre?

—No mucho. Pareció contento de saber que había estado en el cementerio.

—Estoy segura —Anita le pasó un vaso de agua mineral—. Y le habrá sentado bien que lo hayas compartido con él.

—Sí —Megan dio un sorbo—. Hum… ¿Te ha hablado alguna vez de tu madre?

Era evidente que Anita quería saberlo todo.

—Quería que lo perdonara —dijo despacio—. Creo que se está poniendo en paz consigo mismo y al final hemos hecho las paces el uno con el otro.

—Me alegro mucho. Supongo que comprenderás que era por eso por lo que quería verte.

Megan vaciló.

—Remy me lo insinuó.

Anita frunció el ceño.

—¿Lo hizo? —preguntó con tensión—. No creo que sea Remy el que deba contarte nada. Hablaré con él en cuanto lo vea.

—¡No, por favor! —se apresuró a protestar Megan arrepintiéndose de haber sido tan indiscreta—. Quiero decir que él pensaba que yo lo sabía. Y tú no sabías que él conocía la gravedad de su abuelo.

Anita frunció el ceño de nuevo.

—¿Le dijiste a mi padre que Remy había dicho…?

—¡No! Apenas hemos mencionado a Remy.

Anita entrecerró los ojos.
—¿Pero habéis hablado de él?
—Un poco.
Megan se sentía cada vez más en arenas movedizas.
—¿En qué sentido? —era evidente que Anita no veía nada malo en ser tan inquisitiva—. Supongo que se quejaría del hotel.
—¿Del hotel? No creo que se quejara del hotel.
—Pero supongo que te diría que esperaba que Remy se haga cargo cuando…
cuando sea necesario. Esa es una de sus fijaciones, me temo.
Megan no dijo nada por miedo a equivocarse.
—¿Qué vamos a cenar? —preguntó con la esperanza de cambiar de tema. Pero Anita clavó la mirada en ella.
—Le sugeriste que Remy debía escoger su propia vida, ¿verdad? —insistió—.
Cuando he ido a ver a mi padre esta tarde, me parecía un poco inquieto. Al principio pensé que había pasado un mal día, pero no era por eso. Según su enfermera, estaba bien antes de tu visita.
Megan se quedó con la boca abierta.
—¿Tú crees que yo…?
—Yo no creo nada —dijo Anita apresurada—. Pero si habéis estado hablando de Remy…
—No hemos estado hablando de Remy.
—Entonces, ¿de qué habéis estado hablando?
—De todo un poco.
—¿Y qué te dijo?
—¿Quién? —Megan estaba confundida—. ¿Remy?
—No, Remy no. No habrás estado hablando con Remy, ¿verdad? Quería decir que qué te dijo mi padre de mi hijo.
Megan estaba empezando a impacientarse.
—Tu padre me preguntó si Remy me había hablado de su padre —dijo con cierto desafío—. Y no sé por qué. No es nada que tenga que ver conmigo.
—No, no lo es.
Era evidente que la que estaba enojada ahora era Anita y Megan supuso que no le gustaría que se discutieran los asuntos de la familia ante una casi desconocida.
—Bueno, no lo ha hecho —intentó aplacarla Megan—. Remy nunca me ha hablado de su padre —se mordió el labio—. No es algo de lo que hablemos. Supongo que para él debe ser tan doloroso como para ti.
—¿Y por qué supones que hablar del padre de Remy debe ser doloroso para mí? ¿Qué más te ha dicho mi padre?
—Nada —Megan gimió para sus adentros—. Sinceramente, me

gustaría no haberlo mencionado.

Anita la miró con sospecha.

—¿Te habló tu padre alguna vez de mí? —preguntó de repente.

—No —Megan se puso a la defensiva—. Nunca hablamos de Remy ni de ti después… después del divorcio.

—¿Estás segura?

—¡Pues claro que estoy segura! —Megan volvía a sentirse indignada—. Si estás avergonzada de lo que pasó, como te he dicho antes, no es asunto mío.

—¿Avergonzada? Realmente no lo entiendes, ¿verdad? —exclamó Anita—. A pesar de que me hayas dicho que tu padre no te había contado nada, no podía creer que no supieras la verdad —agitó la mano hacia el camarero que había aparecido en la puerta—. Más tarde —cuando se alejó se volvió hacia Megan de nuevo—. Es evidente que nunca te habló tampoco de mi madre.

—¿Tu madre? —Megan sacudió la cabeza—. No. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque ella fue la razón por la que mi padre se vino a vivir a San Felipe —

Anita se detuvo—. Mi madre era negra, Megan. Y la gente no era tan… tolerante en los años cincuenta como lo es hoy.

Capítulo 9

Megan estaba sorprendida. De todo lo que hubiera esperado oírle a Anita, nunca se le hubiera ocurrido nada así. Y sin embargo, ahora que lo pensaba, tenía cierto sentido cruel. Pero era su primer enfrentamiento con el racismo y no le gustaron las feas imágenes que le inspiró.

—Te he sorprendido, ¿verdad? Pero quizá ahora puedas entender por qué tu padre sentía tanto antagonismo hacia Remy y hacia mí.

—¡No! —Megan estaba asombrada, pero no simpatizaba con los prejuicios de su padre—. Pero tú pareces tan… tan…

—¿Blanca? —Anita se levantó de su silla y se acercó a los ventanales abiertos ladeando la cabeza hacia el cielo—. ¿O lo bastante blanca como para pasar por tal en una isla como San Felipe? No sé si eso es un cumplido o no.

—¡No lo decía como un cumplido! —exclamó Megan con énfasis—. ¡Por Dios, Anita! No puedes lanzarle eso a la cara a alguien y esperar que no tenga ninguna reacción. Lo siento si he sido torpe. Lo que quería decir es que nunca lo hubiera imaginado.

—No —la sonrisa de Anita fue sarcástica—. Ni tú ni el padre de Remy —inspiró con intensidad—. Cuando descubrió lo que yo era, no pudo esperar para salir en el siguiente vuelo de la isla.

Megan también se levantó.

—¿Quieres decir que os abandonó a Remy y a ti?

—No. En su favor debo decir que no sabía que yo estaba embarazada cuando se fue. Pero hasta entonces estaba planeando llevarme a conocer a sus padres. Era estudiante y pasaba los veranos en la isla trabajando de camarero para ganar algún dinero.

—¡Oh, Anita! —Megan cruzó la habitación y apretó las manos de su hermanastra con fuerza—. ¡Lo siento tanto! Ya sé que no dejo de repetir lo mismo, pero no sé qué otra cosa decir —se mordió el labio—. ¿Lo pasaste muy mal cuando se fue?

—Sobreviví. Mi padre fue un gran apoyo y, cuando nació Remy, me sentí la chica más afortunada de la tierra —los ojos se le humedecieron de repente—. Adoro a ese chico, Megan. Lo quiero muchísimo y no quiero que le ocurra nada parecido nunca.

Megan tragó saliva.

—Por supuesto que no.

—Por eso me alegré tanto cuando decidió volver a San Felipe al terminar la universidad —continuó Anita—. Y ahora tiene a Rachel y ya no tendré que preocuparme más. Su familia, como la mayoría de las de la isla, tiene herencia mestiza y no hay peligro de que lo acusen de destrozar su vida.

Megan asintió, pero tenía la sensación de que había alguna

insinuación hacia ella también. Anita podría no saber lo que había sucedido, pero debía haber presentido cierta afinidad entre su hijo y ella. ¿Sentiría Remy lo mismo? ¿Sería por eso por lo que había querido que ella supiera la verdad?

Después de un momento, Anita se soltó y, volviendo a la silla, sacó un pañuelo de su bolso.

—Bueno, ahora ya conoces todos nuestros pequeños secretos —dijo sonándose la nariz—. Espero que eso no marque ninguna diferencia en lo que sientes por nosotros.

—¡Por supuesto que no! —Megan fue vehemente—. Anita, me avergüenzo de cómo se comportó mi padre. ¿Cómo pudo, después de pasar tanto tiempo en África?

—Eso ya no es importante ahora.

—Lo es para mí.

—Bueno… —Anita se cuadró de hombros—. Supongo que sabía que no tenías muchas posibilidades de ingresar en su congregación, pero por si acaso, quizá fuera una de las razones por las que nunca te llevó con él. Imagino que le costara admitirlo, pero cuando tu madre se enamoró de mi padre ya no pudo evitarlo más.

—Sin embargo, a mí nunca me contó nada.

—No —Anita se encogió de hombros—. Bueno, eso es algún consuelo supongo.

Olvídalo, Megan. Pertenece al pasado y ya no podemos hacer nada por cambiarlo —

sonrió—. Al menos somos amigas a pesar de sus prejuicios.

Megan esperaba que tuviera razón, pero las dos se sintieron aliviadas cuando llegó el camarero.

—Ya puedes servir la cena, Jules. Y dile a Michael que me avise cuando llegue el doctor O'Brien.

—Es un poco tarde para darle un aviso al doctor, ¿no? —preguntó Megan en cuanto estuvieron sentadas en la terraza.

—No es exactamente un aviso. Mi padre y el doctor son viejos amigos y me pidió que lo llamara esta tarde. Como te dije antes, parecía un poco agitado cuando lo vi antes y supongo que la visita del doctor O'Brian le calmará un poco.

—Ya entiendo.

Megan aceptó su explicación pero no pudo evitar preocuparse por si ella había tenido algo que ver en la recaída.

Apenas habían acabado de cenar cuando avisaron a Anita, que salió en cuanto se disculpó asegurándole a Megan que la vería por la mañana.

—No te preocupes por mi padre —dijo como si sintiera la inquietud de Megan

—. Créeme, está más fuerte de lo que parece.

Megan lo dudaba, pero se despidió de su hermanastra, contenta de no tener que poner ninguna excusa para retirarse. En sus presentes circunstancias, sería muy fácil darle a Anita una impresión equivocada cuando sus sentimientos por Remy era lo que más le preocupaba.

En cuanto terminó el café, salió del apartamento privado de Anita.

De repente pensó en Remy. Dios santo, pensó con horror. ¿Creería él también que ella sabía lo de su abuela y que por eso había salido como una tromba de su apartamento aquel día?

Tenía que decírselo, pensó. Tenía que explicarle que hasta que su madre se lo había contado, ella no sabía nada. No entendía por qué le parecía tan importante que él la creyera, pero estaba segura de que no conseguiría dormirse si no lo hacía.

Había varios teléfonos públicos en el recibidor y decidió llamar desde allí, para no dejar pistas a través de la operadora del hotel.

Después de pedir su teléfono a información, marcó las cuatro cifras y esperó lo que le pareció una eternidad. Estaba a punto de colgar cuando consiguió la conexión.

—¿Sí? —contestó una impaciente voz femenina que reconoció como la de Rachel. Megan se quedó sin habla—. Remy, no me contestan.

Megan no esperó a ver si Remy se ponía y colgó apresurada. Debería haberse imaginado que Rachel estaría con él, se regañó con amargura. Su único consuelo era que Remy no había contestado y no se había puesto en ridículo.

Remy se agitó inquieto entre las sábanas. Eran ya más de las dos y todavía no había conseguido conciliar el sueño. Desde la semana anterior, exactamente desde el día en que Megan había estado en su apartamento, había tenido problemas con el sueño y sabía que era un tonto al no haber dejado a Rachel que se quedara.

Pero habría sido inútil invitarla a quedarse en su situación. No podía contarle que ya no quería hacer el amor con ella. Aunque la conocía desde antes de ir a la universidad y habían estado saliendo desde su vuelta, la atracción había desaparecido. Había intentado convencerse a sí mismo de que lo de Megan era un capricho pasajero, que en cuanto volviera a Inglaterra la olvidaría para siempre, pero hasta el momento, no le había servido de nada. Al contrario, Rachel había empezado a irritarle y le estaba costando un infierno ocultar sus sentimientos.

Se reclinó contra el cabecero y dejó vagar sus pensamientos. Iba a ir a El Serrat al día siguiente porque su abuelo había pedido que fuera a visitarlo. Y aquello era otra fuente de frustración para él. Su abuelo nunca había tenido que pedirle antes que fuera a verlo.

Pero, ¿que se suponía que podía hacer? Si iba al hotel, corría el riesgo de toparse con Megan y había tomado la decisión de

mantenerse apartado de su camino. En consecuencia, había pasado casi una semana desde la última visita a su abuelo y su madre no dejaba de preguntarle que qué le estaba pasando.

Suspiró pensando que tenía que dormir algo. Había prometido ir a ver a su abuelo por la tarde, pero tenía trabajo por la mañana. Los propietarios de una cooperativa de la isla querían demandar a su distribuidor de tierra firme por haber dado un peso inferior al real a la caña de azúcar que habían exportado y Remy quería impedir que el hombre transportara la mercancía.

Al final consiguió dormirse, pero ya se había despertado antes de que sonara el despertador. Salió de la cama y se dirigió a la ducha, cansado.

Su cliente era el último de la lista del juzgado y eran más de las dos cuando pudo regresar a su oficina. El hecho de haber ganado el caso y de las efusivas muestras de agradecimiento de su cliente eran cierto consuelo, supuso.

—Tienes una pila de mensajes —le avisó Sylvie al pasar por delante de su mesa

—. Y tu madre te ha llamado sin parar desde las doce. Parece que te esperaban para almorzar, ¿cierto?

—Le dije que lo intentaría —contestó con debilidad Remy echando un vistazo a los mensajes—. La mayoría puede esperar, pero llama a los dos más urgentes y diles que los llamaré yo mañana.

—De acuerdo —Sylvie se había levantado y ahora estaba apoyada contra el umbral de la puerta—. Pareces cansado. Deberías intentar acostarte pronto. A este paso, serás un anciano antes de los treinta.

Remy la miró con ironía.

—Lo único que hago es acostarme pronto.

—Entonces la señorita De Vries es más fuerte de lo que parece —declaró irreflexiva su secretaria antes de alzar las dos manos en señal de pacificación y regresar a su despacho.

Remy condujo las pocas millas que lo separaban de El Serrat. Él nunca había tenido ningún problema con Rachel. Era cierto que discutían de vez en cuando, peor desde luego, nunca le había quitado el sueño. Quizá hubiera dado por sentado que su relación era estable, admitió con sinceridad, y por eso ahora le parecía tan frágil.

El tejado de tejas del hotel apareció a la vista bajo la serpenteante carretera que giraba hacia el arco de la entrada. Para evitar a los huéspedes, aparcó en la parte trasera y subió hasta el primer piso.

Su madre estaba tras el mostrador de recepción resolviendo personalmente una queja de una cliente. Una de las razones del éxito del hotel era sin duda la atención personal y desde luego no había duda de la habilidad diplomática de su madre.

Anita reconoció su llegada con un leve vaivén de cabeza, pero

siguió con su cliente.

—¿Problemas? —preguntó Remy cuando cruzaron juntos la puerta de sus dependencias privadas.

—Sólo un malentendido —replicó ella con brevedad—. El servicio de habitaciones no le llevó la comida exacta que pidió anoche y, cuando se quejó, no recibió una buena respuesta. Tendré que preguntarle a Lovelace quién estaba en ese turno. No podemos consentir que los camareros atiendan a los clientes como si les debieran un favor al servirles.

—Ah.

Remy asintió y, como si se acabara de acordar para qué estaba allí, Anita le dirigió una mirada de reprobación.

—Llegas tarde. Ya sabes que el almuerzo es a la una. Si tienes hambre ahora tendrás que conformarte con un sandwich. ¿O ya has comido?

Remy sacó una cerveza fría del frigorífico y dio un largo trago.

—No, no he comido, pero no te preocupes. No tengo hambre. Acabo de salir del juzgado.

—¡Pero si son casi la tres! —protestó Anita deteniéndose de camino a la terraza

—. Debes de tener hambre, Remy. Ya sabes que no es bueno descuidarse en esas cosas. Espero que Rachel te cuide mejor cuando se vaya a vivir contigo.

Remy se alegró de que su madre hubiera salido a la terraza para no tener que responder. Temía pensar lo que diría cuando le contara que Rachel no iba a vivir con él. Sabía que su madre estaba empeñada en que su noviazgo acabara en boda.

La siguió hasta la puerta y se sentó bajo el toldo de rayas. Desde allí se veía la playa.

—Bueno —dijo Anita en cuanto se sentó en la hamaca—, ¿qué has estado haciendo toda esta semana? No puedo creer que no hayas tenido tiempo de visitar a tu abuelo. Es un hombre moribundo, Remy. ¿O es que lo has olvidado?

Sus palabras le dolieron.

—Por supuesto que no me he olvidado. Maldita sea, mamá. Ya sabes que tengo un trabajo.

—Y también obligaciones con tu abuelo. Sin su ayuda, ni siquiera serías abogado. ¿No crees que le debes algunos minutos de tu tiempo?

—Pero no son sólo unos minutos. Tardo media hora en llegar hasta aquí por no mencionar el tiempo que me lleva volver con el tráfico —suspiró sabiendo que eran sólo excusas—. Lo siento, ¿de acuerdo? Vendré más a partir de ahora.

—Me alegra oírlo —su madre miró con más simpatía su traje oscuro—. Vienes directamente de la oficina, ¿verdad? Lo siento, hijo.

No quería ser tan brusca, pero tu abuelo me ha estado volviendo loca.

—¿Por verme?

Anita sacudió la cabeza con impaciencia.

—No, no es por eso. Es una petición más reciente. El doctor O'Brien lleva viniendo toda la semana.

—¿Por qué? ¿Ha empeorado?

—No, eso es lo enojoso. Bueno, no enojoso —su madre parecía turbada—.

Quiero decir que ha parecido más animado estos días.

—Bueno, eso está bien, ¿no?

—Por supuesto. Supongo que me he acostumbrado a que Michael cargue con el peso y, si no fuera por Megan, apenas hubiera podido hacer nada.

Remy dio un sorbo a su cerveza.

—¿Megan? ¿Y qué tiene que ver Megan con esto?

—¡Oh, ha estado ayudándome! Fue idea de tu abuelo que le dejara echarme una mano en la oficina. Le dije que se suponía que debía descansar, pero ha habido mucho trabajo. Y con Phoebe enferma y Tina que lo ha dejado para casarse…

—Ya veo.

Remy enarcó las cejas. Parecía que su ausencia no había significado nada para Megan. ¿O había estado demasiado ocupada jugando al ángel caritativo como para pensar en él?

—De todas formas, no dudo que Megan se habrá estado preguntando dónde estabas —continuó su madre como si le hubiera leído la mente—. Le dije que por las tardes estabas normalmente ocupado con Rachel, así que supongo que no se habrá preocupado demasiado. Y por supuesto, ese joven la llama un día sí y uno no.

A Remy se le contrajo el estómago.

—¿Simón?

—Sí, ese es su nombre —su madre puso una mueca de incredulidad—. Ella insiste en que sólo la llama por asuntos de negocios, pero no me lo creo.

—¿Por qué no?

—Remy, es evidente que ese hombre está enamorado de ella. ¿Por qué iba a preocuparse tanto por ella si no?

—¿Pero está ella enamorada de él? —murmuró Remy antes de adoptar una expresión de inocencia cuando su madre lo miró con sospecha—. Bueno, puede que aceptara venir aquí para librarse de él. ¿No se te había ocurrido?

—Lo que me inquieta más es que se te haya ocurrido a ti —contestó ella con sequedad—. No es nada que tenga que ver con nosotros, Remy. Megan se habrá ido en un par de semanas y dudo que la volvamos a ver nunca.

—¿Por qué? Yo pensaba que la habían invitado para crear unos lazos familiares y ahora hasta parece que te alegraras de que se fuera.

—Bueno, quizá sea verdad —su madre parecía un poco incómoda —. Ya sé que estaba ansiosa por verla de nuevo, pero esto no ha salido exactamente como yo había planeado. Tu abuelo se está encariñando demasiado con ella por una parte y, por otra, no creo que ella sea feliz aquí.

—¿Por qué no?

Anita frunció el ceño.

—¡Oh, no lo sé! Se pasa demasiado tiempo sola. La semana pasada fue a Port Serrat y no me dejó ir con ella. Hasta medio temía que fuera a buscarte a ti.

Remy controló su expresión con gran esfuerzo.

—¿Por mí? ¿Por qué se te ha ocurrido eso?

Su madre suspiró.

—Bueno, debes haber notado que te trata a ti más como si fueras de su edad que a mí. Aquella noche que Rachel estuvo aquí, yo me sentí bastante nerviosa.

Megan no dijo gran cosa, pero no dejó de mirarte durante toda la cena.

Remy tenía las palmas de las manos húmedas.

—Eso son imaginaciones tuyas.

—Yo no lo creo. Me da la impresión de que, si le dieras la más mínima posibilidad, le gustaría tener una aventura contigo. Pero eso es todo lo que sería, créeme. Ella es hija de su padre y no debemos olvidarlo.

Remy la miró fijamente.

—¿De qué estás hablando?

—Se lo conté —explicó su madre con rigidez—. Lo de tu padre y tu abuela. Tu abuelo quería que ella te preguntara por tu padre, pero pensé que sería más sencillo que yo se lo contara todo.

Remy tenía la garganta seca.

—Ya entiendo —apuró la botella de cerveza y la dejó en el suelo con deliberada calma—. ¿Y qué dijo ella? —preguntó con forzada cortesía mientras se preguntaba si por eso habría ido a verlo a Port Serrat.

Su madre se encogió de hombros.

—Se quedó… sorprendida, creo. Y hasta alucinada, aunque no lo demostró demasiado. Pero, como ya te he dicho antes, de tal palo tal astilla. ¿Quién sabe lo que pensará tras esa fachada de frialdad?

—¿Pero crees que se disgustó? ¿Que quizá por eso fuera a Port Serrat?

—¡Oh, no! Me dijo que quería visitar el cementerio.

Remy estiró las piernas.

—Entonces, ¿cuándo te preguntó por mi padre? ¿Antes o después del viaje?

—¿Y qué importa eso? —su madre lo miró con extrañeza—. Lo cierto es que fue esa misma tarde. Después de que fuera a la ciudad. Tu abuelo llevaba preguntando por ella toda la tarde porque quería que hablara contigo.

—¿Te lo contó ella?

—Más o menos.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que yo le pregunté de qué había hablado con tu abuelo. Cuando fui a verlo estaba bastante excitado y tenía miedo de que ella le hubiera dicho algo que le disgustara.

Remy suspiró.

—Ya veo.

—De todas formas, es mejor sacar estas cosas a la luz —declaró su madre con firmeza—. Y no sabía que su padre nunca le había contado la verdad. Según Megan, ella siempre había creído que la actitud de su padre había sido sólo porque yo era madre soltera.

—O sea, que se quedó sorprendida.

—Bueno, fue ciertamente una sorpresa, supongo —se mordió el labio—. Estuvo muy comprensiva con lo de tu padre, pero tampoco podía mostrar otra cosa, ¿no crees?

—Supongo.

Remy apretó los dos brazos del sillón y se levantó con pesadez. Él, al igual que su madre, también había creído que su padre le habría contado todo y ahora se preguntó cómo reaccionaría en su presencia.

—¿Cómo está Rachel?

—Supongo que bien. Hace unos días que no la veo.

—¿Por qué?

—Porque no la he visto —se cuadró de hombros—. Creo que ya es hora de que vaya a ver al abuelo.

Capítulo 10

Megan casi se tropezó de bruces con Remy, había ido a dar un paseo y todavía estaba un poco deslumbrada por el sol en el agua cuando se metió por el camino sombreado que conducía al hotel. Era ya avanzada la tarde, pero como había estado ayudando a Anita con la contabilidad, hasta las cuatro no había podido salir del hotel.

No sabía que Remy iba a ir esa tarde, si no, habría vuelto aún más tarde. En consecuencia, el encuentro le pilló por sorpresa e hizo un esfuerzo por enfrentarse a su mirada con expresión neutral.

—Hola —dijo él con suavidad pero cierta tensión.

—Hola —respondió ella, llevándose la mano a la garganta con gesto de nerviosismo—. ¿Has venido a ver a tu abuelo?

—¿Y a quién si no? —era sarcástico y Megan se preguntó en qué estaría pensando. ¿Estaría recordando lo que había sucedido en su apartamento o ya le habría hecho olvidar Rachel el episodio?—. Hace bastante calor hoy.

—Sí —Megan se mordió el labio inferior—. Había salido a dar un paso.

—Pues no estás sudando. Bueno, ten cuidado, Megan. Los dos sabemos el efecto que causa el sol en las pieles muy pálidas.

—Sí —A Megan se le aceleró el pulso—. Supongo que habrás estado hablando con tu madre.

—Exacto. Pero no te preocupes. No le he contado lo de tu visita. En cuanto me di cuenta de que tú tampoco lo habías mencionado, mantuve cerrada mi bocaza.

—Bueno, gracias, pero eso no era lo que quería decir. Hum… pero probablemente sea lo mejor dadas las circunstancias.

—¡Ah, sí, las circunstancias! ¿Te importaría explicarme de cuáles estás hablando? No quisiera cometer un error.

Se estaba burlando de ella y Megan lo sabía. Suponía que no le perdonaba el que se hubiera ido de su apartamento.

—Tu madre no lo entendería —declaró consciente de que estaban llamando la atención—. Ya sabes lo que siente acerca de Rachel. Y yo no quisiera perder su amistad de nuevo. No quiero que piense que fui a Port Serrat a verte a ti.

—¿No lo hiciste?

—No —insistió con firmeza—. Pero es cierto que nunca debí haber ido a tu apartamento.

—¿Por qué no? Estuvimos almorzando juntos. ¿Qué puede objetar mi madre a eso?

Megan apretó los labios.

—Estás siendo deliberadamente obtuso.

—¿Eso crees?

—Sí —alzó la barbilla a la defensiva—. Ya sabes que tu madre nunca hubiera aprobado que estuviéramos solos allí.

—¿Por qué no?

—Porque… porque no lo aceptaría. No creo que Anita confíe en mí.

Una extraña expresión surcó la cara de Remy antes de apoyarse contra el tronco de la palmera.

—Quizá seas tú la que no confíes en mí —sugirió él, cruzando los brazos contra su pecho. Su piel resaltaba oscura contra la camisa blanca y Megan recordó las palabras de su madre—. Por eso no quieres hablar de ello.

—No hay nada de qué hablar.

Megan se hubiera ido en ese instante, si él no la hubiera asido por el brazo.

—Quizá te dé vergüenza haberme dejado tocarte —comentó él con aspereza—.

Admítelo, Megan. Eres la hija de Giles Cross y todos sabemos lo que sentía por mi madre y por mí.

Megan no se detuvo siquiera a considerar sus palabras. Zafándose de su mano, lo miró con desdén.

—¡Eso es una bajeza! Y no es verdad —se frotó las marcas rojas del brazo con dedos temblorosos—. Eres tú el que debería sentirse avergonzado. Espero que Rachel se entere del novio tan mujeriego que tiene.

Hacía calor en la habitación del enfermo o quizá sólo lo tuviera él, pensó Remy con disgusto. Se merecía sufrir las llamas del infierno por comportarse como lo había hecho. Maldita sea. Había jurado mantenerse apartado de ella para evitar el tipo de confrontación que acababan de tener. Pero verla de nuevo le había obnubilado el cerebro y había sentido el irrefrenable deseo de provocarla.

Pero lo único que había conseguido había sido salir él completamente frustrado y destruir la poca comunicación que había entre ellos.

Lo que no conseguía era dejar de desearla…

Su abuelo estaba despierto e inquieto. En cuanto lo vio, le brillaron los ojos con impaciencia y dio una palmada sobre la cama a su lado.

—¿Dónde te has metido, chico? —susurró con aspereza—. No me digas que no has tenido tiempo de ver a tu viejo abuelo, porque no me lo creo.

Remy se sentó en el borde de la cama, se desabrochó el botón de la camisa y se aflojó la corbata.

—He estado trabajando —dijo, notando que el anciano parecía más animado que nunca—, pero reconozco que te he tenido abandonado.

—Más te vale reconocerlo. Y también has tenido abandonada a Laura, quiero decir, a Meggie. Pensé que te gustaba la chica. ¿O te ha retenido esa inútil gatita sólo para sí misma?

Remy dudaba que a Rachel le gustara aquel apelativo, pero su abuelo siempre había sentido desdén por la gente que no trabajaba. Ryan pensaba que una mujer debía ayudar a su hombre.

Pero era revelador que se hubiera referido a Megan con el nombre de su madre.

Anita tenía razón en que su abuelo se sentía cada vez más unido a ella. Tanto, que estaba empezando a confundir sus nombres y Remy sintió aprensión acerca de lo que pasaría cuando ella volviera a Inglaterra.

—Pues da la casualidad de que tampoco he visto mucho a Rachel. Mamá me ha dicho que querías verme. ¿Es que has echado de menos mi bonita cara o hay algún problema?

Ryan suspiró.

—¿Te lo ha contado? Meggie, quiero decir. Ella viene a visitarme todos los días.

—Me alegro. Y me alegro de que sigas tan bien.

—Hum… —su abuelo buscó alivio en la máscara de oxígeno unos segundos—.

Me gusta ella, Remy. Me gusta mucho. Meggie es exactamente lo que este sitio necesita: nueva vida, nueva sangre, nuevas ideas…

—Espera —Remy le asió por la muñeca—. Ella no vive aquí, abuelo. No sé lo que te habrá contado, pero piensa volver a Inglaterra en un par de semanas.

—Ya lo sé. ¿O es que crees que soy estúpido? —el viejo sacudió la mano de Remy con inesperada fuerza—. Pero quizá no quiera y no tenga que hacerlo. ¿Por qué no iba a tener una parte en el hotel? Era la casa de su madre después de todo.

Remy se quedó con la boca abierta.

—¡No estás hablando en serio!

—¿Por qué no?

Remy buscó una respuesta con desesperación.

—Mamá nunca lo permitiría. Ha trabajado mucho durante todos estos años como para compartirlo ahora.

—¿Debo recordarte que todavía es mi hotel? —protestó Ryan con aspereza—.

Todavía no me he muerto, chico.

Remy contuvo un gemido.

—Eso ya lo sé. Pero maldita sea, abuelo. Los Cross nunca nos quisieron.

—Giles no. Él me odiaba y supongo que eso fue lo que le mató al final. No pudo soportar pensar que nunca había perdonado a su mujer.

Cuando Laura murió, su única esperanza de redención murió con ella.

—Incluso así…

—Meggie no se parece en nada a su padre —insistió Ryan—. Yo lo sé. Anita le contó lo de tu abuela y Meggie comprende lo que tu madre tuvo que pasar con tu padre. Cuando hablamos, fue casi como si tuviera a Laura de nuevo a mi lado. ¡Ah, ya sé lo que piensas! Puede que tu madre piense lo mismo, que me estoy volviendo senil. Pero yo sé lo que necesita Meggie.

—¿Y qué necesita? Abuelo, Megan no necesita a nadie. Es una profesional con éxito, que tiene un socio que es también su amante.

—El no es su amante.

Remy sintió que le fallaba un poco el pulso.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no lo es. ¿Crees que no lo sabría yo? Ella es como su madre. Abierta.

Nunca me ocultaría a mí una cosa así.

A Remy se le heló la sangre. Por un momento, había creído que Megan le habría contado algo al abuelo y él había sido lo bastante estúpido como para mostrar exceso de interés por algo que debía ser sólo una intuición.

—Sí, bien —dijo levantándose de la cama para abrir las persianillas.

—No me crees, ¿verdad?

La voz del anciano era definitivamente más débil y Remy se dio la vuelta con una sonrisa resuelta. ¿Qué importaba lo que él pensara? Su abuelo se estaba muriendo y, si deseaba dejarle una pequeña parte del hotel a Megan, ¿por qué iba su madre a poner objeciones?

Pero las pondría…

—Si tú lo dices, te creo —dijo Remy, acercándose a la cama de nuevo—. Pero no te hagas muchas ilusiones con Megan. Ella no sabe una palabra acerca de dirigir un hotel.

—No necesita saberlo. En cualquier caso, le dije a tu madre que la dejara ayudar en la oficina. Y Anita ha tenido que admitir que tiene buena cabeza para los números.

Remy parpadeó.

—¿Sabe mamá esto?

—¿El qué?

—Lo de dejar a Megan una parte del hotel.

—¡Diablos no! Esto es una cosa entre tú y yo, chico. Ojos que no ven, corazón que no siente.

Remy salió hacia el hotel con sensación de inquietud. Y no sólo por lo que su abuelo le había contado, sino por las consecuencias que pudiera traer su anterior encuentro con Megan.

Se preguntó si ella sabría lo que planeaba su abuelo, pero

abandonó la idea al instante. Fuera lo que fuera, no era deshonesta. Si hubiera sospechado lo que tenía en mente Ryan, se lo habría mencionado a su madre con seguridad.

En cualquier caso, no era probable que pasara. Si el viejo hubiera solicitado la visita de su abogado, él ya se habría enterado. Probablemente sólo estuviera jugando con todos ellos.

Su madre estaba en recepción cuando entró. Sabía que ella nunca reconocería que le estaba esperando, pero por su expresión era evidente que esperaba alguna explicación de la insistencia del abuelo de verlo.

—¿Y bien? —comentó en cuanto se reunió con él al lado de la fuente—. ¿Ha ido todo bien?

—Supongo —Remy se agachó para recoger una magnolia de piel aterciopelada y acarició sus suaves pétalos entre los dedos—. ¿Tú qué crees?

—¿Que qué creo yo? —su madre posó la regadera y le dirigió una mirada de impaciencia—. Ya sabes lo que pienso. Pienso que él está escarbando demasiado en el pasado. Animado… animado por Megan.

Remy apretó los labios con resignación.

—Estás contra ella, ¿verdad? ¿Y en qué te basas para hacer esas acusaciones?

Su madre chasqueó los dedos con gesto de frustración.

—No necesito basarme en nada —declaró con irritación—. Conozco a mi padre.

Cree que Megan es como su madre, pero no lo es. Ella es la auténtica hija de su padre. Pensé que no importaría, pero me equivoqué. Y nunca debería haber dejado a tu abuelo que me convenciera de que la invitara. Ella no pertenece aquí.

Remy aplastó la magnolia y la tiró entre el follaje.

—El no cree eso —dijo mirándose las manos con disgusto—. ¿Tienes un pañuelo?

Su madre sacó uno de forma automática.

—¿Él te dijo eso?

Remy se maldijo por haberle dado la pista. Suspiró.

—No importa.

—¿Cómo que no importa? ¿Te ha estado contando algo? Pues ya puedes contármelo, porque más tarde o más pronto lo averiguaré.

—¿Por qué no se lo preguntas tú a él? ¿Qué tiene eso que ver contigo o conmigo?

—¡Estás de broma! —su madre estaba furiosa y Remy sólo deseaba darse la vuelta e irse—. Déjame adivinar. El abuelo está buscando la forma de que se quede aquí, ¿verdad?

Remy se encogió de hombros.

—No lo sé.

—¡Eso es! ¡Estoy segura! —exclamó Anita clavando la mirada en él —. Va a intentar sobornarla, ¿verdad? ¿Y cómo? ¿Poniéndote a ti de premio?

A Remy le molestó la sugerencia, pero su madre estaba lanzada.

—Él cree que, si puede ofrecerte como si fueras una zanahoria, se quedará…

—¡No! —Remy no podía dejar que siguiera pensando aquello—. De acuerdo, admito que quiere que Megan se quede, pero no soy yo el premio.

—¿Entonces qué es? —tragó saliva de forma compulsiva—. No, no… ¿El hotel?

Remy lanzó un gemido.

—No quiero hablar de esto.

—¡Entonces es eso! —su madre estaba pálida como un muerto—. ¡No! —

sacudió la cabeza—. ¡El no me haría una cosa así.

—¡Mamá, por Dios!

—He trabajado demasiado. Lo he sacrificado todo…

—¡Cállate! —Remy no podía soportarlo más—. Todos sabemos lo que has hecho por el hotel y mucho más que nadie el abuelo, pero no es tan inconcebible que quiera dejarle una pequeña parte a la hija de la mujer a la que adoraba.

Su madre abría y cerraba la boca como un pescado fuera del agua y Remy estaba empezando a temer que le diera un ataque cuando divisó a Megan bajando por la escalera.

—¡Ahí viene Megan! —advirtió a su madre tomándola del brazo.

Pero como si su imagen fuera la última indignidad que pudiera soportar, Anita se zafó de su mano y salió corriendo hacia las dependencias de personal.

Quizá ella no se hubiera enterado de su presencia de no haber sido por la abrupta escapada de su madre, pensó Remy al ver la mirada de preocupación de Megan.

Pareció vacilar y él contuvo el aliento con la esperanza de que no se acercara a él, pero cuando llegó al pie de las escaleras, avanzó directamente en su dirección.

—¿Qué le ha pasado a Anita? —preguntó con tono de asombro.

—¿Quién sabe? —respondió Remy esquivando su mirada.

—No habrás dicho nada… no la habrás disgustado, ¿verdad?

—¿Como qué? —preguntó él con voz glacial—. ¿Qué puedo haberle dicho para disgustarla? Quizá no fuera de mí de quien estuviera escapando.

Megan se puso pálida.

—¿Qué estás insinuando?

—Dímelo tú.

Megan se humedeció el labio inferior y, por un instante, él quedó hechizado por la tentadora imagen de su lengua.

—No puedo. No sé lo que he hecho.

—¿Aparte de parecerte a tu madre, quieres decir? —preguntó él con sorna antes de comprender que aquella crueldad era gratuita—. Olvídalo. Ya se le pasará.

Siempre se le pasa.

—¿Pasársele qué?

Megan lo miraba con gesto de súplica y, comprendiendo que estaba a punto de hablar demasiado, Remy echó un vistazo a su reloj de forma ostensible.

—Tengo que irme. Tengo una cita a las seis.

Se dio la vuelta, pero su voz lo paralizó.

—Remy…

Él se paró en seco y se dio la vuelta.

—¿Qué?

—Tenemos que hablar.

—No, no tenemos nada de qué hablar —contestó él con aspereza antes de salir hacia la puerta giratoria.

Capítulo 11

Megan decidió hablar con Anita a la hora de la cena. No era que lo estuviera deseando, pero tenía que saber qué había hecho mal para dejar de preocuparse.

Pero cuando llegó a las habitaciones de Anita, el camarero que les servía normalmente la cena se disculpó diciendo que la señora Robards tenía dolor de cabeza y que la vería al día siguiente.

Megan suspiró. Estaba segura de que Anita sólo quería evitarla y estuvo tentada de entrar en su habitación y preguntarle.

Mientras bajaba hacia el patio restaurante, tuvo que reconocer que su relación con ella parecía haberse enfriado los últimos días. El calor y el afecto del principio se habían transformado en una fría cortesía y su insistencia en que visitara a Ryan en miles de excusas para que no fuera.

Pero como una ingenua, hasta esa tarde, no se le había ocurrido pensarlo. Ryan habría montado una escena si no hubiera ido a verlo y Anita había tenido que ceder.

Y hasta el incidente del recibidor, ella había creído que todo iba bien.

Después de todo, ella no había vacilado en ayudar en cuanto Ryan se lo había sugerido y ahora pensaba que, sino hubiera sido por su padre, ni siquiera habría aceptado su ayuda.

Al llegar al restaurante, le dieron una de las mesas con mejores vistas en deferencia a ser la hijastra del propietario, pero no estaba de humor para apreciar aquella obsequiosa atención. Apenas comió nada y, sin tomar café siquiera, se retiró a la terraza del bar con un vaso de agua.

Si sólo supiera lo que había querido decir Remy con lo de que ella se parecía a su madre, pensó dando un sorbo distraída. ¿Y por qué habría insinuado que Anita estaba escapando de ella? ¿Le habría contado que se habían visto en su apartamento?

¡Oh, Dios! Si Anita estaba ya tan fría con ella, ¿cómo se pondría si supiera que tenía una aventura con su hijo? Y también había que considerar a Rachel. ¿A qué diablos estaba jugando Remy? ¿Y por qué le importaba a ella?

Iría a llamar a Simón, decidió al terminar el agua mineral. Lo que necesitaba en ese instante era su sentido común. Pero entonces recordó que en Inglaterra era muy tarde.

La cena ya había terminado y la terraza se estaba llenando de parejas románticas al amparo de la oscuridad. Eran cerca de las nueve, así que podía acostarse pronto. Pero dudaba poder dormirse y no le apetecía nada encerrase sola en su suite. Lo que más deseaba era charlar con algún amigo.

Dejó el vaso en una mesa cercana y salió al camino que rodeaba el hotel. Allí había más tranquilidad y las pocas personas con las que se cruzó eran paseantes. El aparcamiento apareció ante ella, ocupado en su mayoría por los coches de los empleados que vivían en las villas cercanas.

La zona del final esta ocupada por los Buggies descapotables de alquiler. El que había alquilado Megan estaba allí entre los otros y al acercarse vio que tenía puestas las llaves de contacto.

Abrió los labios y miró a su alrededor. Alguien se había olvidado las llaves, pero, ¿se enterarían si ella lo tomaba para dar una vuelta?

No se detuvo a averiguarlo. Era una oportunidad demasiado buena como para perderla. Se sentía como una prisionera a la que hubieran dejado la puerta de la celda abierta y poder moverse sin tener que consultar a Anita era un placer.

Disfrutó de la aterciopelada brisa del océano en el rostro hasta llegar al cartel de Port Serrat y entonces se preguntó si su inconsciente la habría llevado allí con la excusa del paseo.

Avanzó por el muelle pasando frente a las pequeñas casas donde las luces de las televisiones parpadeaban. Antes de saber lo que estaba haciendo, había girado hacia el callejón de la casa de Remy. Había luces en el portal y, cuando detuvo el coche, se preguntó si estaría con Rachel.

Salió sin querer reconocer que realmente había conducido hasta el puerto sólo para ver a Remy. Por Dios bendito. Por supuesto que su novia estaría con él. ¿Dónde iba a estar?

Pero, ¿y si no estaba?

La idea la asaltó y ya no pudo quitársela de encima. ¿Y a quién más podía preguntar la causa del comportamiento de Anita? Aunque Rachel estuviera con él,

¿qué podía perder ella? ¿Su dignidad? ¿Su integridad? ¿Su autoestima?

La lista era infinita, pero se negó a hacer caso a sus dudas. Si encontraba a Rachel allí, le preguntaría por lo que estaba pasando y después se iría. ¿Y si no estaba? ¡Oh, Dios! ¿Qué era realmente lo que quería?

Pero, antes de poder cambiar de idea, se apresuró a entrar en el patio. Las escaleras se madera le resultaban extrañamente familiares y eso que sólo había estado allí una vez. Sin embargo no dudó en identificar la puerta de Remy. No había timbre, así que llamó con nerviosismo estrujando las llaves del Buggy entre los dedos.

Mientras esperaba allí, empezó a pensar en irse y buscar un teléfono para llamar cuando repentinamente Remy abrió la puerta. Y aunque había creído que estaría preparada para el encuentro, descubrió que no lo estaba. Sólo verlo hizo que se alterara y el hecho

de que estuviera cubierto por un fino batín de seda le produjo un vacío en el vientre.

—Hola —saludó ella primero, aliviada de poder hablar—. Hum… ¿Está Rachel aquí?

Era una pregunta estúpida. Por supuesto que estaba. Por eso Remy sólo llevaba un batín. Probablemente los habría interrumpido y por eso habría tardado tanto en abrir… Remy la miró con curiosidad.

—¿Quieres ver a Rachel?

—Yo… no, ¿por qué? —contestó Megan profundamente avergonzada—. Ella…

ella estaba la… la última vez que…

No pudo terminar la frase. ¿Cómo explicarle lo de su llamada? Pero Remy no fue tan escrupuloso.

—¿La última vez que qué? —preguntó con voz sedosa—. No me digas que has venido aquí antes.

—¡No! ¡Por supuesto que no! —tenía la cara roja—. Bueno, si quieres saberlo, te llamé una vez. Cuando Rachel contestó, colgué.

—Así que fuiste tú. La verdad es que me lo pregunté.

—Pues ya no tienes que preguntártelo —dijo Megan dando un paso atrás—.

Bueno, siento haberte molestado. Buenas noches.

—¡Espera! —Remy se adelantó y ella notó entones que estaba descalzo—.

Rachel no está aquí. Estoy solo. Y ya que has venido hasta tan lejos, ¿por qué no pasas?

Megan tragó saliva.

—¿Que no está aquí?

—No. Iba a darme una ducha. ¿Por qué pensabas que tenía que estar? —Remy bajó la vista hacia el batín—. Ah, ya entiendo. Bueno, lo cierto es que me estaba dando un baño.

—¡Ah!

El alivio en aquella corta exclamación fue revelador, pero Megan no se enteró.

Estaba demasiado ocupada fijándose en las manchas de humedad de la seda y demasiado nerviosa por tener que rozarle al pasar.

Remy cerró la puerta y pasó como la vez anterior a la sala. Las lámparas creaban un cálido ambiente. Las cortinas no estaban corridas y se podían ver las luces del puerto, pero la oscuridad del exterior daba un ambiente íntimo.

Hubo un tenso silencio mientras se medían el uno al otro. Por fin, habló Remy como si le hubieran sacado la invitación a la fuerza.

—¿Te apetece algo de beber?

Megan se humedeció los labios.

—Hum… Una Coca Cola estaría bien —accedió agradecida

mientras él se iba a la cocina.

Mientras estuvo fuera, Megan miró a su alrededor preguntándose de nuevo qué estaba haciendo allí. ¿Qué esperaba de él? ¿Una oportunidad de reparar su amistad, quizá?

—Aquí tienes.

Al pasarle el vaso, los fríos dedos de Remy le rozaron la piel ardiente antes de señalarle uno de los sofás.

Pero Megan no se sentó. Dio un sorbo y posó el vaso en la repisa de la chimenea.

—¡Qué bueno! —dijo, frotándose las palmas de las manos—. Gracias.

Remy se cruzó de brazos con un encogimiento de hombros.

—Un placer.

Era evidente que no se lo iba a poner fácil y Megan hubiera deseado tener una idea más clara de lo que había ido a hacer allí. Para darse tiempo, hizo una señal en dirección al puerto.

—¿No es precioso por la noche?

—¿Es por eso por lo que has venido?

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, te sugerí la otra vez que vinieras a verlo por la noche —le recordó con cinismo—. Y no se me ocurre otro motivo para tu visita.

—¿No?

—No. ¿Sabe mi madre que estás aquí?

—¡Por supuesto que no! Nadie sabe que estoy aquí. Ni siquiera yo misma sabía que venía hasta llegar a la entrada del puerto.

—¿Se supone que eso es una excusa?

—No. Sólo estaba siendo sincera contigo, eso es todo.

—¡Eso sería una novedad!

—Yo nunca te he mentido.

—¿No? —Remy se encogió de hombros—. Bueno, quizá no con palabras.

—No he venido aquí a discutir contigo, Remy. Y ya sabes que no podría pedirle permiso a tu madre para hacer nada. ¡Si ni siquiera me habla!

—Eso es una exageración.

—No, no lo es —Megan tragó saliva—. No apareció a la hora de la cena, así que le dijo a Jules que me dijera que tenía dolor de cabeza, pero no me lo creo.

—Sufre de migrañas de vez en cuando.

—Y supongo que le apareció en cuanto me vio a mí bajar por las escaleras esta tarde —protestó ella con escepticismo—. ¡Vamos, Remy! No he nacido ayer. He hecho algo, o ella cree que he hecho algo y me está evitando. ¿No es cierto? Y tú sabes lo que es, así que, ¿por qué no

me lo dices?

Remy se metió las manos en los bolsillos del batín.

—¿Has considerado que pudiera estar celosa de ti?

—¿Celosa de mí? ¿Por qué?

Remy vaciló.

—¿Porque el abuelo se ha encariñado contigo, por ejemplo? Éso es cierto, lo sabes.

—Pero sólo porque le recuerdo a mi madre. Seguramente no me culpará a mí de eso, ¿no?

—Quizá sólo sea parte de la historia —murmuró Remy con suavidad.

Megan pensó si serían imaginaciones suyas o había sentido su aliento cálido en su cuello.

—¿Parte de qué? —se arriesgó a mirar a sus espaldas y descubrió que efectivamente Remy había acortado la distancia entre ellos—. No sé qué quieres decir.

—Quizá el viejo esté esperando que cambies de idea acerca de volver a Londres.

Megan se sintió avergonzada de la esperanza que había puesto en sus palabras.

Había esperado un motivo más personal y saber que, a pesar de estar justo detrás de ella no tenía intención de tocarla, le hundió el alma.

—Debes estar equivocado —dijo moviéndose para evitar el impulso de apoyarse contra su duro cuerpo—. Sólo quiere que tú y yo seamos amigos y eso es todo.

—¿Y si él no lo ve de esa forma? —insistió Remy con voz ronca.

Entonces sí la tocó alzando una mano para retirarle un mechón y Megan se estremeció sin poder evitarlo.

—Bueno, él sabe que tengo que volver a Londres —dijo un poco jadeante mientras Remy bajaba la mano de nuevo.

—¿Por Simón?

—No. Bueno, no tenemos nada personal de todas formas. Es sólo mi socio.

—Hum… —Remy se quedó pensativo sin apartar los ojos de ella—. ¿Por qué me telefoneaste? —preguntó sin previa advertencia.

—Yo… no puedo acordarme ahora.

—¡Y decías que no mentías!

—Y no miento —Megan desvió la mirada—. Bueno, no era importante. Sólo quería hablar contigo, eso es todo.

—¿De qué?

Era tan insistente, que Megan tuvo que cerrar los ojos.

—De lo que tu madre me había contado —admitió por fin con un suspiro—.

Quería que supieras que yo no sabía lo de tu padre antes… antes de…

—¿Antes de salir huyendo de mi lado? —sugirió él.

—Supongo que sí.

Megan bajó entonces la cabeza sin saber que estaba exponiendo la vulnerable parte de su cuello ante su mirada.

—Fue una estupidez.

—¿El qué? ¿Escaparte de mí? —Remy esbozó una sonrisa de diversión—. En eso estoy de acuerdo contigo.

—No, yo… —alzó los ojos sonrojándose ante la mirada sensual de él—. Me refiero a llamarte por teléfono.

—¿Por qué?

—Ya sabes por qué. Porque Rachel estaba contigo.

—¿Y qué? —alzó la mano de nuevo y deslizó el índice desde el lóbulo de su oreja hasta la comisura de sus labios—. ¿Te serviría de algo saber que le dije que se fuera después de tu llamada? —entonces le acarició el labio—. Me habría gustado haber respondido yo mismo a esa llamada.

Megan se estremeció.

—¿Por qué no contestaste?

—Bueno, no es porque estuviera forcejeando por ponerme la ropa, si eso es lo que estás pensando.

—¿Y qué estaba haciendo Rachel aquí?

—Cenamos juntos —replicó él deslizando la mano hacia su cuello —. Y

habíamos estado hablando de ti, por cierto.

Megan apenas podía respirar.

—¿Y de qué? —preguntó con debilidad al notar lo fácilmente que la situación podía escapársele de las manos—. Estoy segura de que Rachel no está interesada en mí.

—¿He dicho yo que lo estuviera? —su caricia llegó hasta su hombro y la atrajo hacia sí. Entonces, agachó la cabeza y besó la piel expuesta por el fino tirante de su vestido deslizando la lengua con sensualidad—. Pero creo que notó lo que yo sentía.

—Remy…

—¿Qué? —con la mano libre le alzó la cara para que lo mirara—. ¿Quieres que pare? —apartó las manos—. De acuerdo.

Megan se pasó la lengua por el labio inferior.

—No es a eso a lo que he venido.

Los ojos de él se ensombrecieron.

—Pues yo pensaba que sí.

Megan se puso rígida.

—Te estás burlando de mí.

—Quizá me esté burlando de mí mismo —concedió él con tensión

tomando una de sus manos para posarla en la fuerte erección que pujaba contra la seda—. ¿Ves lo que quiero decir?

—¡Oh, Remy!

Megan no pudo evitar darse la vuelta hacia él para dejar que sus manos la asieran por las nalgas y la atrajera con fuerza contra su cuerpo. Su fino batín era una pobre barrera para la desnuda fuerza de su sexo y a ella se le debilitaron las piernas cuando Remy bajó la cabeza hacia ella.

La besó con suavidad al principio, los labios entre abiertos y la lengua presionando con suavidad en la húmeda cueva de su boca. Era como si ninguno de los dos tuviera control sobre la situación. Parecía como si, desde que hubiera vuelto a San Felipe, hubiera estado predestinada aquello, pensó Megan sabiendo que ya no había marcha atrás y que ya no quería buscar excusas para aquella atracción irresistible.

El beso de Remy se prolongó y profundizó, su boca buscando una conexión al sentir la instintiva respuesta de ella. Con un sonido sospechosamente parecido a un gemido, sus manos la aferraron por la cintura y ella enroscó los brazos alrededor de su cuello.

Y en lo único en lo que podía pensar Megan era en que él la deseaba tanto como ella y que quería sentirlo dentro de sí.

Una banda de música estaba tocando en algún lugar del puerto y el salvaje ritmo de los tambores se mezclaba con el errático pulso de su corazón.

Remy la besó innumerables veces, su boca cada vez más ansiosa, sus dientes mordisqueándole con hambre el labio inferior. Megan nunca había experimentado un asalto así a sus emociones y comprendió que sus relaciones con otros hombres sólo habían sido una farsa.

Cuando él se retiró un poco, ella casi gimió en protesta, pero fue sólo bajarle los tirantes del vestido. La suave tela cayó hasta la cintura y él bajó la cabeza para besarle uno de los pezones a través del encaje del sujetador. Sintió que un ronco gemido escapaba de su garganta.

Entonces, con una auténtica expresión sensual en los labios, Remy deslizó las manos para desabrocharle el sujetador y acariciar sus inflamados senos.

—¿Te gusta? —preguntó con voz quebrada.

Ella sólo pudo asentir con frenesí cuando él descendió y acarició sus pezones con la lengua.

Una sensación como una dulce puñalada asaltó la boca de su estómago y una palpitante necesidad se extendió entre sus muslos. Como si él lo sintiera, bajó la mano y la metió allí.

Megan estaba temblando como un flan. Sabía lo mojada que estaba y cerró los ojos para que Remy no pudiera vez la desnuda necesidad

reflejada en ellos. Nunca hubiera creído posible estar tan cerca de perder el poco control que le quedaba, pero así era.

Sus dedos estaban deslizándose por debajo de sus bragas, dentro de ella, y Megan no pudo evitarlo: bajó las manos y cubrió la de él.

—Por favor —suplicó sin saber qué otra cosa decir.

Y como si Remy comprendiera lo desesperada que estaba, le apartó la mano y la levantó en brazos.

Su habitación estaba al otro lado del recibidor, pero nunca hubiera podido saber cómo habían llegado hasta allí. Con los brazos muy apretados alrededor del cuello de Remy y la cara enterrada en su torso, sólo era consciente de él y de nada más.

Sintió el edredón frío en la espalda, pero tenía el cuerpo demasiado ardiente como para que le molestara y, cuando Remy se despojó del batín y se tendió a su lado, ella se movió de forma compulsiva hacia sus brazos. Megan sólo era consciente del palpitante calor de su erección contra su vientre cuando él le deslizó las bragas antes de alzarse para montar entre sus rodillas.

Ella contuvo el aliento ante su potente sexo y, como si sintiera su aprensión, Remy se detuvo. Manteniendo un admirable control sobre sus emociones, le apartó los sedosos mechones de la cara mojada y le rozó los labios con los pulgares.

—¿Estás segura de esto? —preguntó con maravillosa sensibilidad.

—Estoy segura —dijo ella sin atreverse a confesar que lo que temía era su incapacidad para satisfacerlo—. ¿Y tú?

—¡Oh, cariño! Nunca he estado tan seguro de algo en toda mi vida —le aseguró con voz ronca antes de abrirle las piernas y conseguir con sus dedos ponerla al borde de un orgasmo con el que ella no hubiera siquiera soñado.

Por fin, sus manos entre abrieron los rizos dorados del vértice de sus piernas y, con un grácil movimiento, se enterró dentro de ella. Sus músculos se contrajeron y expandieron para acomodarse, pero Megan seguía temiendo no poder recibir toda su potencia. Sin embargo, lo recibió por completo y la sensación de sentirse inundada de él fue algo que nunca había sentido antes.

—¿Estás bien? —preguntó él con voz rota.

Megan alzó las manos para abarcarle la cara.

—Bien —acordó él cubriéndole la boca antes de empezar a moverse para llevarla a un clímax que ya no pudo controlar—. Lo siento…

—No lo sientas.

Sus embestidas se aceleraron y, casi antes de que el devastador efecto de su primer clímax remitiera, sintió que llegaba otro. Esa vez, Remy se reunió con ella y Megan percibió entre brumas el grito de alivio de él antes de que su cuerpo estremecido se derrumbara entre



sus brazos.

Capítulo 12

Megan condujo a El Serrat a altas horas de la noche. Remy se había ofrecido a acompañarla, pero ella había insistido en volver sola. Hasta que no supiera lo que los dos deseaban de su relación, cuanta menos gente supiera que habían estado juntos mejor.

—Además —había añadido cuando él había protestado de que era demasiado tarde para que fuera sola—, ya tengo suficientes problemas con tu madre —le dio un suave beso en la comisura de los labios—. ¿Te puedes imaginar su reacción si se enterara de que hemos estado juntos?

—A mí no me importa. Más pronto o más tarde lo descubrirá, pero si insistes…

—Insisto.

—Entonces, ¿cuándo voy a volver a verte?

Megan contuvo el aliento con las manos apoyadas en su torso.

—Espero que pronto —confesó, apoyándose contra él.

Y cuando Remy cubrió su boca con la suya, le costó una enorme fuerza de voluntad apartarse de él.

—Siempre puedes quedarte —dijo él mientras la seguía descalzo por los escalones—. Llamaré a mi madre y le diré que estás aquí. No podrá cambiar un hecho consumado.

A Megan le gustaría poder creerlo.

—Vas a pillar frío —dijo sin embargo señalando sus pies desnudos.

Remy no hizo caso.

—¿Me llamarás en cuanto llegues? —preguntó, asiéndola por el antebrazo con posesión.

—Lo haré —dijo ella de repente sin ganas de separarse de la seguridad que él representaba. Entonces, se puso de puntillas para darle el último beso—. Hasta mañana entonces. Estaré contando las horas.

—Y yo los minutos —contestó Remy con la voz quebrada—. Conduce con cuidado.

Eran casi las dos de la mañana cuando Megan llegó frente al hotel, pero para su sorpresa, el recibidor estaba brillantemente iluminado. Una furgoneta desconocida estaba aparcada al lado del coche del doctor O'Brien y lo primero que pensó fue que Anita había descubierto su escapada y había sufrido alguna especie de colapso.

Pero enseguida pensó con más claridad y las rodillas le temblaron. Ryan, pensó atemorizada.

En vez de aparcar el Buggy en la parte trasera, lo dejó junto a los dos vehículos y salió corriendo. En el recibidor no había nadie y estaba pensando acercarse al bungalow de Ryan cuando vio a Anita con dos hombres en lo alto de las escaleras.

Megan no sabía qué hacer. Después de la actitud de Anita esa mañana, no creía que se alegrara de verla y casi hubiera deseado que se la tragara la tierra. Para su sorpresa, en cuanto Anita la divisó, no vaciló y dejando a los dos hombres bajó corriendo hacia ella.

—¡Oh, Megan! —sollozó con las mejillas llenas de lágrimas—. Se ha ido. Mi padre ha muerto —abrazó a su hermanastra—. ¡No puedo creer que sea verdad!

Megan apenas podía creerlo tampoco, pero sintió alivio de que Anita no le preguntara dónde había estado. Tampoco pudo evitar sentir una punzada de culpabilidad. Debería haber estado allí aunque sólo fuera por Anita. Y sin embargo, había estado con Remy…

—¡Remy!

Se enteró de que había hablado en alto cuando Anita se apartó para mirarla.

—¡Oh, Dios, sí! —dijo secándose los ojos—. Tengo que contárselo. Mi padre y él… bueno, ya sabes lo unidos que estaban. ¡Si hubiera estado en casa cuando lo telefoneé antes! Debe de haber salido con Rachel y algunos amigos.

Megan dio un paso atrás.

—¿Has llamado a Remy? ¿Cuándo?

—¿Y qué importa? Antes, como ya te he dicho. Quizá a las diez y media. ¿Qué importa eso ahora?

Megan tragó saliva. Anita no había llamado a las diez y media. A esa hora, Remy y ella habían estado haciendo el amor en su habitación; y había una extensión del teléfono en la mesilla de noche.

Pero eso no podía contárselo a Anita.

—¿Entonces… cuándo…?

—Hacia las once… calculo. Sam, el enfermero de turno, me llamó a las diez y cuarto cuando notó que el monitor… estaba… estaba… —se interrumpió temblando como una hoja—. Lo intentó, pero no había nada que hacer.

Entonces, rompió a llorar de nuevo y Megan le pasó el brazo por los hombros.

Los dos hombres se acercaron entonces y Megan dirigió una mirada de simpatía al doctor O'Brian.

—Megan —dijo él palmeándola en la espalda—, ésta es una ocasión muy triste.

Megan asintió.

—Ya sé que suena tonto, pero ha sido… tan repentino.

—¡Desde luego que no! —intervino Anita con dureza—. Todos lo esperábamos.

—Creo que lo que Megan quiere decir es que estos últimos días parecía estar un poco mejor —intentó aplacarla el doctor—. Yo mismo debo admitir que pensé que nos iba a sorprender a todos.

—¡No lo dirás en serio! —Anita se secó los ojos con la mano con gesto impaciente—. Puede que tú pensaras que estaba mejorando, pero yo pensaba que estaba haciendo demasiados esfuerzos.

—¿Por qué? —el doctor parecía un poco sombrío—. Sabes que el que Megan viniera le sentó muy bien. Ni tú puedes negar que se animó cuando ella llegó.

—¡Pues para el bien que le ha hecho! —contestó Anita con dureza, haciendo que Megan se quedara sin aliento de la incredulidad—. Lo siento. No puedo reprimir mis sentimientos.

Megan miró al doctor con cara de pesar y éste atrajo al otro hombre con rapidez.

—Este es el superintendente Lewis, Megan —los presentó para romper el tenso silencio—. De la comisaría de Port Serrat. Estábamos cenando juntos cuando recibí la llamada de Anita. Frank, ésta es Megan Cross, la hija de la señora Robards.

—¿Qué tal está?

El policía le sonrió con aprecio.

—Mejor que usted en este momento, supongo. Siento que nos conozcamos en estas tristes circunstancias.

—Megan lleva sólo un par de semanas aquí —intervino el doctor —, pero te acordarás de su madre, seguro.

—¿Laura? —la sonrisa del policía fue aún más cálida—. ¡Oh, sí! Me alegro de decir que conocía a su madre bastante bien, señorita Cross. Y creo que en una ocasión también conocí a su padre.

Megan asintió y, como si hubiera decidido que su hermanastra ya había sido bastante tiempo el centro de atención, Anita intervino.

—Un encuentro inolvidable, estoy segura —comentó con amargura sin hacer ningún esfuerzo por ocultar su resentimiento antes de hacer un gesto hacia las puertas—. Y ahora caballeros, si me disculpan…

—Por supuesto, por supuesto.

Fue el superintendente el que primero captó la indirecta. Pero el doctor rozó el brazo de Megan con suavidad para decir:

—¿Estarás bien, Megan?

Ella asintió con vigor.

—Alguien… alguien tiene que contárselo a Remy —se aventuró ella.

—Yo se lo diré —declaró Anita con firmeza mientras acompañaba a los dos hombres a la puerta—. Ya debe de haber llegado a casa. Voy a ir hasta Port Serrat para decírselo en persona.

—Pero…

Megan había empezado a protestar, pero una mirada de Anita fue suficiente para silenciarla. ¿Y por qué no?, pensó con tensión. No tenía nada que ver con ella.

Por cortesía, acompañó también a los dos caballeros hasta la

puerta. En cuanto llegó a la puerta principal, comprendió su error. Hasta entonces, Anita se había olvidado de preguntarle dónde había estado, pero en esos momentos sus ojos se volvieron hacia ella con intensidad.

Mientras Anita intercambiaba las últimas palabras con los dos hombres, Megan buscó una solución con desesperación. De alguna manera, decir que no podía dormir no atajaría la discusión, así que decidió ser tan sincera como las circunstancias lo permitían.

Los dos hombres se estaban metiendo en sus coches y Megan alzó la mano con debilidad. La partida del doctor O'Brian significaba que ninguno podía hacer ya nada por Ryan y unas lágrimas ardientes le afloraron a los ojos. Se las estaba secando cuando Anita volvió hacia ella con una expresión que no reflejaba más que desdén.

—Has estado fuera. ¿Dónde has estado?

—Fui a dar una vuelta. No tenía sueño y pensé que no te importaría que tomara prestado uno de los buggies —se detuvo con la esperanza de evitar más preguntas—.

¿Cómo estás tú, de todas formas? Si no es una pregunta tonta, ¿se te ha pasado el dolor de cabeza?

—¿El dolor de cabeza? —como si no supiera ya que había sido una excusa, hasta la misma Anita había olvidado su mentira—. No he tenido tiempo de pensar en eso. Desde que Sam me llamó para decirme que mi padre estaba… bueno, que le costaba respirar, no he tenido un momento para mí misma.

—Ya me imagino —Megan se sintió culpable por dudar de ella—. Lo siento mucho, Anita.

—Apuesto a que sí.

El cambio de tono de Anita fue tan brusco, que Megan, que había estado a punto de agarrarla del brazo, dio un paso atrás.

—¿Perdona?

Anita sacudió la cabeza y como si no quisiera contestar más, se dirigió a las escaleras. Pero Megan ya estaba harta de sus insinuaciones.

—¡Anita! —exclamó corriendo tras ella—. Anita, ¿de qué estás hablando? ¿Por qué te estás portando así conmigo? ¿Es que insinúas que yo tengo algo que ver con la muerte de tu padre?

Anita se volvió hacia ella.

—¿Con su muerte? ¡Oh, no! Tú no querías que se muriera, ¿verdad, Megan?

¡Muerto no te serviría de ninguna utilidad!

—¡No sé lo qué quieres decir! ¿Cómo… cómo iba yo a utilizar a tu padre?

—Para conseguir una parte del hotel, por supuesto. Nunca se me ocurrió cuando te invité a venir que pudieras contemplar este sitio

como una especie de inversión. Mi padre quería verte y hacer las paces conmigo y yo, tonta de mí, sólo quería agradarle. ¡Nunca pensé que estaba metiendo a… una serpiente a nuestro nido!

Megan estaba horrorizada.

—¡No estarás hablando en serio!

—¿Por qué no?

—¡Porque no es verdad!

—¿Me estás diciendo que nunca hablaste con mi padre del hotel?

—¡No! —Megan sacudió la cabeza con énfasis—. Por supuesto que hablamos del hotel. Ryan estaba muy orgulloso de él. ¿Por qué si no íbamos a hablar del hotel?

—¿Me estás diciendo que no le metiste en la cabeza la idea de que te dejara una parte?

—¿Que me dejara una parte? —repitió Megan aturdida—. Por supuesto que yo no le he metido una idea así en la cabeza —intentó pensar con claridad—. Y no es verdad. Él no me ha dejado una parte del hotel. Te estás imaginando cosas.

—Yo no me estoy imaginando nada —dijo Anita con frialdad—, pero tú sí, si pensabas que iba a dejar que te salieras con la tuya en una cosa así.

—No sé de qué estás hablando —protestó Megan—. Tu padre y yo éramos amigos. Nunca lo habría utilizado para conseguir una parte del hotel. No es mío ni tiene nada que ver conmigo. Tienes que creerme cuando te digo…

—Entonces, ¿por qué mi padre pidió hablar con su abogado? Cuando fui a despedirme esta noche, me dijo que quería verlo mañana.

—Yo… yo no lo sé. ¿Dijo él que tuviera algo que ver conmigo?

—¡Oh, no! —Anita hizo una mueca de desdén—. No, no me dijo nada de eso, pero no soy estúpida. Sabía lo que tenía en mente.

—Entonces es mejor que se haya muerto, ¿no? —dijo Megan con voz trémula, usando la única defensa que tenía—. Ahora ya está muerto, Anita. No hará ninguna llamada más a su abogado y tu precioso hotel está a salvo.

La expresión de odio Anita se desvaneció, y se desplomó al pie de las escaleras, sentada con la cara enterrada entre las manos. Balanceándose de adelante atrás, era la viva imagen de la desesperación. Aunque Megan deseaba irse, no pudo dejarla así.

—Anita —dijo sentándose al lado de la otra mujer—. ¡Anita, yo nunca haría nada para hacerte daño! ¿Es que no lo entiendes?

Hubo un momento en que creyó que Anita iba a rechazarla, pero su hermanastra hundió los hombros y enterró la cara en su pecho.

Capítulo 13

Megan se fue a la cama, pero no pudo dormir. A pesar del hecho de que Anita y ella habían hecho las paces, sabía que nunca olvidaría sus acusaciones. Anita le había pedido perdón y había asegurado que, con la pena, no sabía lo que estaba diciendo, pero Megan sentía tal frío por dentro que dudaba poder volver a sentir calor. ¿Cómo podía haber dicho tales cosas Anita? ¿O siquiera haberlas pensado?

Pero ya no tenía sentido preocuparse. Cuando se levantó de la cama a la mañana siguiente, Megan pensó que tenía otros problemas que resolver. Su relación con Remy era el primero de la lista.

¡Oh, Dios, Remy! ¿Cómo habría reaccionado ante la muerte de su abuelo? ¿Qué iba a pasar ahora?

Se dio una ducha para animarse y se puso una sencilla túnica blanca por encima de la rodilla. Se había acostumbrado a no usar maquillaje por el día, pero tenía la cara tan pálida, que tuvo que aplicarse un poco de colorete. Se sentía física y mentalmente devastada, pero nadie que hubiera vivido una noche como la anterior podía esperar que no se le notara en la cara y pensó con añoranza en Londres y en Simón.

Abajo, el hotel funcionaba con la misma eficacia de siempre y Megan pensó, con bastante cinismo, que Anita no permitiría que la muerte de su padre interfiriera con su inversión. Hasta la noche anterior, nunca hubiera catalogado a su hermanastra de despiadada. Pero lo era. Al menos en lo referente al hotel.

Decidiendo que no invadiría el apartamento de Anita sin ser invitada, decidió desayunar en la cafetería y se sentó frente a la ventana como la primera vez en que Remy había aparecido a desayunar con ella. Mientras tomaba el café, recordó las horas que había pasado en su apartamento con glorioso detalle. Los recuerdos todavía le causaban un cosquilleo que se extendía por todo su cuerpo.

Pero entonces recordó lo que había pasado en el hotel al volver y la maravillosa sensación se evaporó ¡Oh, Dios! ¡Ryan estaba muerto! Y aunque no lo había dicho con esas mismas palabras, Anita la culpaba hasta de eso.

Seguía allí sentada con su taza de café vacía cuando vio que Remy estaba cruzando el recibidor y se dirigía hacia ella. Llevaba traje oscuro y la blancura de su camisa contrastaba de forma profunda con la bronceada columna de su potente cuello. Tenía los ojos inflamados y parecía débil, pero estaba tan atractivo, que Megan sintió que todos sus sentidos despertaban.

Y lo que más temía era que la acusara de las mismas cosas que su madre.

—Hola —saludó él, apartando una silla para sentarse frente a ella

—. Pensé que te encontraría aquí.

—¿De verdad? —Megan tenía los nervios a flor de piel—. Yo… siento mucho lo de tu abuelo. Debes de estar destrozado.

—Bueno, desde luego que estoy triste —dijo él con suavidad—. El viejo era alguien muy especial —se cuadró de hombros—, pero tampoco ha sido tan inesperado a pesar de que parecía estar mejor últimamente. Hasta el doctor O'Brian se sorprendió de que durara tanto como ha durado.

—¿Tú crees? —Anita no había dicho eso—. Bueno, de todas formas, te doy mi pésame. Era un hombre notable.

—¿El pésame? —repitió él con suavidad—. ¿A qué viene tanta formalidad? ¿Por qué no dices simplemente que vas a echarlo de menos? Yo desde luego sí. ¿Y qué han sido todas esas conversaciones que has tenido con él, apariencias?

—¡No! —Megan estaba a la defensiva, pero no podía evitarlo. Después de lo que Anita había dicho, todo le parecían acusaciones—. Remy, a mí me caía bien tu abuelo. Pero comprendo que mi relación con él no puede compararse con la tuya. Ni con la de tu madre.

—¿Y he dicho yo que podría? —Remy parecía un poco confuso—. Vamos, Megan. Sé que te llevabas bien con el viejo y que él te quería.

—¿De verdad?

—¡Pues claro! ¿Es que alguien ha insinuado que no?

—No —Megan no podía permitir que hubiera una pelea entre madre e hijo—.

Es sólo que no quiero que pienses que yo… que imagines que mi relación con él significaba más de lo que era. Éramos amigos y yo le recordaba a mi madre. Pero eso es todo.

—Eso me suena sospechosamente parecido a una defensa —señaló Remy con sequedad—. ¿Te he acusado yo de algo? Si lo he hecho, dímelo. Yo me alegro de que la relación que habéis tenido le haya alegrado sus últimas horas, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Bien. Parece que nos entendemos.

Megan asintió dudosa. ¿Qué pensaría Remy si Ryan hubiera decidido dejarle a ella una parte del hotel? Estaba muy bien querer creer que no era como su madre, pero, en cuanto el dinero intervenía, la gente cambiaba como de la noche al día.

—¿Cómo está Anita esta mañana? Anoche estaba muy disgustada.

—Ya me imagino —la miró con ojos sombríos—. Imagino que estaba esperando por ti cuando llegaste al hotel, ¿no?

—¿Te ha dicho ella eso?

—Me ha dicho que llegaste justo cuando se iba el doctor O'Brian y que le contaste que no podías dormir y habías ido a dar una vuelta.

—Sí —Megan apartó la taza y, apoyando los brazos en la mesa,

empezó a retorcerse las manos—. No podía decirle dónde había estado, ¿no crees?

—¿No? Supongo que no.

—Además, no es algo de lo que quiera hablar con ella —siguió Megan con cautela—. Quiero decir, que ya sabes lo que pensaría si lo supiera y hasta… hasta…

—¿Hasta qué? —el tono de Remy se había endurecido—. ¿Hasta que se pase el funeral? ¿Hasta que decidas lo que quieres hacer al respecto o hasta que te vayas?

—No. Pero quiero decir que en estas circunstancias…

—¡Al diablo con las circunstancias! —dijo Remy con aspereza—. A mí me importan un rábano. De acuerdo, el abuelo está muerto y nadie lo va a echar de menos tanto como yo, pero eso no quiere decir que tenga que aparcar mi vida hasta que mi madre decida que tengo que seguir viviendo.

—Eso no es lo que yo quería decir.

—Entonces, ¿qué es? —preguntó él con tono peligroso—. De acuerdo, quizá éste no sea el momento de hablar de ello, pero me gustaría saber lo que sientes.

¡Acerca de nosotros!

Megan tragó saliva de nuevo. No quería causar más fricciones entre Anita y su familia.

—Ya sabes lo que siento.

—¿Tú crees?

—Sí —tenía las palmas mojadas y se las frotó con nerviosismo—. ¡Lo de anoche… fue… fue maravilloso!

—Yo no me refiero exactamente a eso —dijo Remy sin rodeos—. Tuvimos buen sexo, ¿es eso lo que quieres decir?

—No.

—¿No tuvimos buen sexo?

Megan suspiró.

—Estás tergiversando mis palabras a propósito.

—Entonces cuéntamelo tú —la apremió cubriéndole las manos por encima de la mesa con las suyas—. Dime lo que esto significa para ti.

—¡Oh, Remy!

—Eso me suena mejor —aceptó él al notar la angustia de su voz—. Me gusta la forma en que dices mi nombre.

—Remy… —Megan se mordió el labio inferior—. No podemos hablar de esto ahora. No quiero que tu madre se disguste más de lo que está.

—Pero está bien disgustarme a mí, ¿verdad? —Remy lanzó una maldición y se levantó de forma brusca—. Perdóname. He sido un tonto al creer que podía ser más importante para ti que mi madre. Es evidente que estaba equivocado.

Y sin una sola palabra más, salió hacia las escaleras que conducían a las habitaciones de su madre desapareciendo con rapidez de su vista.

El funeral se celebró a última hora de la tarde. A Megan le sorprendió la velocidad con que se habían hecho los arreglos, pero entendía la necesidad de darse prisa en un clima tan cálido.

El servicio fue en al iglesia baptista de El Serrat. Fue conmovedor que la pequeña iglesia estuviera atestada. La mayoría del personal el hotel estaba presente junto con los compañeros de pesca y diversión de Ryan.

Por su parte, Megan se mantuvo en la sombra. Aunque Anita y ella habían hablado con brevedad, era muy consciente de ser la intrusa allí y notó que Remy se mantenía apartado de ella.

Lo que no era difícil, concedió apenada, considerando que siempre estaba rodeado de la familia o amigos de Rachel. La joven parecía estar constantemente a su lado, compartiendo la recepción de los pésames y consolándolo a él.

Megan intentó convencerse de que se alegraba. No quería que nadie la mirara a los ojos, que estaban hinchados y enrojecidos de las lágrimas. De hecho, se había pasado la mayor parte de la mañana llorando. Por Ryan y por Anita, pero sobre todo por Remy y por sí misma.

Mientras escuchaba a Remy leer la despedida a su abuelo, el corazón se le encogió de pena. ¿Y si causaba un abismo irreparable entre ellos? ¿Y si él se negaba a escuchar sus explicaciones? ¿Y si, después de todo, amaba a Rachel? ¿Cómo sobreviviría ella?

Era ya de noche cuando volvieron del cementerio. Ryan había sido enterrado en el mismo cementerio en que habían sido esparcidas las cenizas de su madre y Megan se preguntó si por fin estarían juntos.

Anita había organizado una cena fría en su terraza privada para los asistentes y, aunque debería haberse unido a ella, siguió en la sombra.

Estaba de pie bajo la parra cuando notó que tenía a alguien detrás. El corazón le dio un vuelco al pensar que podía ser Remy, pero se trataba del doctor O'Brien y, aunque consiguió esbozar una débil sonrisa, supo que no podía engañarle.

—Supongo que te alegrarás cuando todo esto haya pasado —señalo pasándole una copa de vino—. Yo al menos sí —sonrió—. Pero ha sido una ceremonia bonita. A Ryan le hubiera gustado —Megan asintió sin poder hablar—. Sí. Y si te sirve de algún consuelo, él habría querido que tú estuvieras presente.

—¿De verdad? —preguntó con voz estrangulada—. Voy a echarlo de menos.

—Hum… —el doctor dio un sorbo a su copa—. Sé que estaba muy contento de haber hecho las paces contigo por fin. El y tu madre… bueno, los dos te querían, lo sabes.

Megan bajó la vista hacia su copa.

—Lo sé.

—Y estoy seguro de que Laura se hubiera alegrado de saber que vas a tener un motivo para volver a San Felipe ahora.

—¿Motivo? —Megan frunció el ceño—. ¿Ah, porque por fin se ha roto el hielo quiere decir?

—No, no es por eso. Quiero decir por el hotel, por supuesto —frunció el ceño—.

Ryan te lo dijo, ¿no?

Megan se llevó la mano hasta la boca.

—¿Decirme qué?

El doctor lanzó un gemido estrangulado.

—¡Oh, Dios! No lo hizo, ¿verdad? —se pasó la mano por el pelo con nerviosismo—. Lo siento, Megan. Maldición, me olvidé. No tuvo tiempo de… Iba a decírtelo. Maldición. ¿Por qué he tenido que abrir la bocaza?

Megan tragó saliva con cierta dificultad.

—¿No estará diciendo…? —se apartó un poco de él—. Quiero decir … ¿Ryan no… no me habrá…?

—¿Dejado una parte del hotel? Por supuesto que sí —al ver su mirada horrorizada, se explicó mejor—. Pero es muy pequeña —hizo un gesto de frustración

—. Por Dios, no le digas a Ben que te lo he contado.

Megan sacudió la cabeza.

—Pero… yo no lo quiero —protestó imaginando la reacción de Anita cuando se enterara—. ¿Está seguro?

—Sí, por completo.

Megan se humedeció los labios resecos.

—Pero Anita… Quiero decir que me dijo que Ryan había pedido que lo visitara su abogado mañana.

El doctor lanzó un bufido.

—Me pregunto por qué te diría eso —comentó con sequedad—. Claro que Ryan había pedido que llamara a Ben, pero no para cambiar su testamento, si eso es lo que Anita creía. Lo hizo a través de mí. Ha sido un viejo zorro hasta el final.

Megan se sentía enferma.

—Pero, ¿por qué? Él no me debe nada.

—Quizá porque quisiera hacerlo —dijo con calma el doctor O'Brien —. No estaba bromeando, Megan, cuando te dije que te había tomado cariño. O quizá quisiera asegurarse de que Remy y tú no perdierais el contacto como lo habías perdido con él.

Megan se llevó una mano temblorosa a la cabeza sintiendo que las sienes le palpitaban. No podía ser verdad. Ryan no podía ser tan cruel sabiendo lo que Anita sentía acerca del hotel.

—¿Estás bien?

La voz de Remy fue como una fresca brisa para su cabeza ardiente y, aunque se había estado muriendo de ganas todo el día de que él hiciera alguna indicación de que la perdonaba por lo que había pasado esa mañana, no podía enfrentarse a él en ese momento.

—Yo… Estoy bien —dijo con terrible rigidez—, ¿Y tú?

Remy entrecerró los ojos y, si Megan hubiera estado mirando, lo habría visto intercambiar una mirada con el doctor.

—Supongo —y aunque hubiera jurado que no podía soportarlo, su mirada se sintió irresistiblemente atraída hacia él—. Te he echado de menos antes.

—Creo que Megan se ha mantenido apartada a propósito intervino el doctor O'Brian.

—¡Oh! ¿Por qué?

—Bueno, imagino que creería que tu madre y tú ya estabais bastante ocupados.

Bueno, me disculpáis, ¿verdad?

Remy inclinó la cabeza y Megan sintió ganas de llorar sólo de pensar lo que sentiría él cuando descubriera lo que había hecho su abuelo.

—¿Me has echado de menos? —preguntó él con una suavidad tal que Megan se sintió derretir.

Pero no podía responder en ese momento con la espada de Damocles del testamento de Ryan sobre su cabeza.

—Yo… me gustó tu despedida —dijo, notando cómo sus ojos se ensombrecían al instante—. Ha sido una ceremonia preciosa.

—Sí, es verdad. Supongo que estarás cansada.

—Muchísimo —asintió ella sintiendo que se estaba muriendo por dentro.

Entonces miró a su alrededor—. ¿Dónde está Rachel?

Escuchó la maldición que soltó Remy entonces, aunque apenas fue audible.

—¿Qué es lo que pasa, Megan? —preguntó con aspereza—. ¿Por qué te importa ahora dónde esté Rachel? No pensaste mucho en ella anoche, ¿no crees?

Megan se sonrojó hasta la raíz el pelo.

—Sólo pensaba…

—¿Sí? ¿En qué?

—Bueno, has estado con ella todo el día.

—He estado con mucha gente —explotó él con tono enfadado—. Y ya que tú no has querido que estuviéramos juntos, no puedes culpar a Rachel por hacerse una idea equivocada.

Megan retrocedió.

—No podía estar contigo —protestó.

—¿Por miedo a lo que mi madre pudiera decir? —ella asintió con nerviosismo

—. Bueno, eso lo acepto. Probablemente, no fuera el mejor momento para abrir la caja de Pandora, pero el funeral se ha terminado, Megan. No puedes poner objeciones a que le diga a mi madre que te llevo conmigo de vuelta al puerto ahora.

—¡No!

No podía dejarle hacer aquello. Al menos hasta que supiera lo que había hecho su abuelo exactamente. ¿Cómo se sentiría ella si lo utilizaba después en su contra?

—Megan…

Su voz era angustiada ahora, pero ella no podía hacer nada.

—Sólo dame un poco más de tiempo —suplicó—. Yo… no puedo abandonar así a tu madre. Tengo que estar aquí para ella.

Remy cerró los ojos un momento, pero cuando los abrió de nuevo, toda su expresión de enfado se había evaporado igual que las demás emociones. Su cara era una pétrea máscara de hielo.

—Pensaba que eras diferente, Megan —dijo aunque sin tono de condena—, pero me he equivocado. No quieres ningún compromiso. ¿Qué he sido yo? ¿Parte de tu terapia? ¿O estoy siendo demasiado vanidoso? Puede que sólo haya sido un romance de vacaciones.

Capítulo 14

Remy apuró el resto de la botella de cerveza y la posó al lado de las demás en la mesita de café de su madre. Comprobó que había al menos media docena de ellas y ni siquiera estaba lo borracho que le gustaría.

No debería haber aceptado la invitación de su madre, pensó con amargura.

Durante el mes anterior había conseguido eludir todas sus invitaciones y aunque sabía que algún día tendría que enfrentarse a ella, de momento, prefería estar solo.

No estaba de humor para ninguna compañía y menos para la de su madre. Sus emociones estaban todavía a flor de piel y le costaría volver a mirarla con objetividad.

Necesitaba otra cerveza. O algo más fuerte. Su madre aparecería en cualquier momento y esperaría que se comportara como siempre, pero no podía nacerlo.

Salió a la terraza con la esperanza de poder escapar de sus pensamientos en la oscuridad, pero la música de abajo sólo aumentó su desolación. Dios, ¿cuándo iba a suavizarse aquello? ¿Iba a aceptar por fin el hecho de que Megan no iba a volver?

Había sido un completo estúpido, comprendió con amargura. Había creído que, una vez que el funeral hubiera concluido y su madre hubiera aceptado la muerte de su abuelo, lo único que tenía que hacer era decirle a Megan lo que sentía. Había esperado que ella entendiera que la rabia que había mostrado el día del funeral hacia ella sólo había sido frustración. Y celos, admitió ahora con sinceridad. Había sentido celos de que hubiera antepuesto a su madre a él.

Pero no había sido así y la única culpable era su madre. En cuanto había descubierto que el abuelo le había dejado una parte a Megan, se había puesto histérica y, para cuando se había calmado, Megan ya había hecho los arreglos oportunos para irse.

Un dolor corrosivo lo atenazó al recordar la cara horrorizada de Megan. Nunca hubiera creído posible que su madre se comportara con tanta violencia. Había acusado a su hermanastra de traición, abuso de confianza y Dios sabía cuántas cosas más.

¡Había sido todo tan estéril! El abuelo había dejado un cuarenta y cinco por ciento para él y otra parte igual para su madre y a Megan sólo un diez por ciento, lo que a Remy le parecía completamente justo.

Pero su madre había estado tan cegada de orgullo que ni le había importado el sufrimiento de Megan. Lo único que había querido era que Megan saliera del hotel y, desde luego, nadie se hubiera quedado en aquellas circunstancias.

Pero al mismo tiempo, nunca hubiera creído que Megan se iría sin

despedirse de él. Cuando se había ido a su apartamento aquella noche, había pretendido volver a primera hora de la mañana siguiente. Pero su trabajo se había interpuesto y, cuando había podido llegar por la tarde, había descubierto que Megan había abandonado la isla en el primer vuelo.

Incluso entonces, había estado seguro de que se pondría en contacto con él y le había dejado órdenes a Sylvie de que, si la señorita Cross llamaba, lo localizara donde estuviera. Pero no había llamado y, después de tres agonizantes semanas, se había tragado el orgullo y la había llamado él, pero no había obtenido respuesta. Y

no tenía ni idea del nombre de su empresa. Su madre debía saberlo, pero no había querido hablar con ella.

Ya habían pasado cuatro semanas ahora y estaba desesperado. Ésa era la razón por la que había cedido a las súplicas de su madre y había acudido esa noche.

Pretendía sacarle la forma de ponerse en contacto con Megan. Después de cómo había arruinado su vida, ya no le importaba lo que pensara.

—¿Remy?

Escuchó su voz ansiosa ahora desde la sala.

—Estoy aquí —dijo acercándose a los ventanales franceses—. Estaba tomando un poco de aire fresco.

—No me extraña que lo necesites —su voz fue dura al principio, pero como si comprendiera que estaba caminando sobre arenas movedizas, cambió el tono—.

Siento haber tardado tanto. André estaba frenético. Tiene noventa y nueve reservas para la cena y problemas con dos de los hornos.

Remy se encogió de hombros.

—Lo tiene difícil entonces.

Anita apretó los labios.

—Sabía que no te importaría. ¿Cuándo vas a empezar a mostrar algo de interés en la dirección del hotel? Es evidente que tu abuelo esperaba que trabajáramos juntos.

—Me pregunto si por eso le dejaría a Megan una parte —contestó Remy entrando en ese momento—. Quizá porque sabía que nunca nos pondríamos de acuerdo en nada.

—Sí, sí, bueno —Anita se puso rígida—. De eso quería hablarte. He tenido noticias hoy de Ben Dreyer. Megan quiere renunciar a su parte.

—¡No!

La respuesta de Remy fue automática al comprender que si Megan renunciaba a su parte no volvería a verla nunca.

—Eso me temo —su madre apartó con delicadeza las botellas de cerveza vacías a un lado para poner su vodka con tónica en la mesa—. Ya sé que no querrás creerlo, Remy, pero eso parece corroborar mi

opinión. Es evidente que se siente culpable y por eso ha cambiado de idea.

Remy apretó los labios.

—¿Todavía crees que tenías razón de acusarla de engañar al abuelo? —sacudió la cabeza—. Eso es una basura y tú lo sabes. El abuelo no hacía nunca nada sin meditarlo mucho. Sabía que nunca podríamos trabajar juntos sin un mediador, así que decidió darle a Megan el voto decisivo.

Anita no pareció querer discutir aquello.

—Bueno, sea cual sea la verdad, ella no quiere la responsabilidad —declaró sentándose y mirándolo con gesto de súplica—. Ven, cariño. Siéntate. Tu abuelo no hubiera querido que la hija de Giles Cross se interpusiera entre nosotros.

—Pero ya se ha interpuesto entre nosotros —dijo Remy sin hacer ningún esfuerzo por reunirse con ella. Se acercó al bar y se sirvió otra cerveza, a pesar de la mirada de desaprobación de su madre—. Ya no importa que sepas que éramos amantes. Sólo que ella tenía mucho miedo de ofenderte como para admitirlo.

Anita tragó saliva.

—No te creo.

—Es verdad.

—¡No! —Anita se levantó—. Sólo lo estás diciendo para hacerme daño ¿Cómo puedes ser tan cruel? Sabes que Rachel y tú…

—Rachel y yo hemos terminado. Lo nuestro se acabó el mismo día en que recogí a Megan en el aeropuerto.

Anita lanzó un gemido.

—¡No lo dices en serio!

—Me temo que sí.

—¡Pero… ella es muy mayor para ti!

—Eso mismo dijo ella.

Anita hundió los hombros con gesto de alivio.

—¡Entonces ya está!

—Pero no es verdad. La edad no tiene nada que ver con esto.

—¿Estás diciendo que no es eso por lo que te dejó? —su madre apretó los labios

—. No me digas que no te avisé.

—¡Tampoco tuvo nada que ver con lo de la abuela, si eso es lo que estás insinuando! Se fue porque tú te pusiste demasiado desagradable como para que se quedara.

—Si tú lo dices.

—Yo lo sé. Y en cualquier caso, es por eso por lo que estoy aquí. Quiero saber la dirección de su empresa en Inglaterra.

—¿Su empresa? ¿Por qué?

—¿Tú por qué crees? Porque quiero ponerme en contacto con ella.

—¡Pero si ya te he dicho que quiere renunciar a su parte en el hotel!

—¿Y?

—Que es evidente que no quiere tener nada que ver con nosotros.

—No quiere tener nada que ver contigo —la corrigió Remy con dureza—.

Megan y yo tenemos un asunto sin terminar.

Anita se llevó una mano temblorosa a los labios.

—¡No!

—Sí.

—Pero no puedes hacerme esto, Remy. Justo ahora que ha aceptado ceder su parte…

—¿Aceptado? ¿Qué quieres decir? Pensé que habías dicho que era Ben Dreyer el que se había puesto en contacto contigo.

Anita se mesó el pelo con gesto nervioso.

—Bueno, lo ha hecho él. Lo que quiero decir es que…

Había metido la pata y no encontraba la forma de disculparse. Remy se sintió enfermo. ¿Cómo podía haber hecho aquello? ¿A Megan, a su abuelo y a él mismo?

—Tú… tú…

Las palabras le fallaron a él entonces y, como si su madre sintiera que era su última oportunidad de contarle su versión, Anita se aferró a su manga.

—Por favor, Remy. Por favor, escúchame. Tú sabes lo enfermo y frágil que estaba tu abuelo. A la gente en esa situación se la convence con mucha facilidad.

Megan sabía que el abuelo la confundía con Laura y jugó con eso. ¿Es que no lo ves?

Diga lo que diga de su directorio de Londres, no se puede comparar con un sitio como éste. Desde el momento en que llegó aquí debió empezar a planear…

—¡Cállate!

—Tienes que creerme, Remy. Dios sabe que todo lo que he hecho lo he hecho por ti, por tus herederos, por los hijos que Rachel y tú ibas a tener…

—¡He dicho que te calles! —Remy no podía soportarlo más—. ¡Dios mío! No olvides que sé cómo te pusiste cuando te sugerí que el abuelo podía querer dejarle a Megan una pequeña parte de…

—Un diez por ciento de un negocio de varios millones de dólares no es una pequeña parte —explotó su madre enfadada—. Sabía que estaba planeando algo.

Simplemente lo sabía —se retorció las manos—. Pero fue demasiado listo para mí.

Sabía que si pedía ver a Ben Dreyer yo imaginaría que quería

cambiar el testamento, por eso lo hizo a mis espaldas. Para cuando me enteré, era demasiado tarde.

Remy se puso rígido.

—¿Demasiado tarde? —repitió con debilidad—. ¡Dios mío! ¿No me estarás insinuando que has tenido algo que ver con su repentina muerte?

—¡No! —Anita lo miró horrorizada—. ¿Cómo puedes sugerir tal cosa? Yo quería a tu abuelo. Lo quería mucho. Nunca hubiera hecho nada que le hiciera daño.

—Pero tendrás que admitir que su muerte fue… muy rápida —sacudió la cabeza—. ¡Dios mío! Si ni siquiera tuviste tiempo de llamarme.

—Te llamé, pero no estabas.

—¿Cuando? —Remy la miró con intensidad—. ¿Cuándo me llamaste?

—La… la noche en que tu abuelo murió, por supuesto —Anita se dio la vuelta

—. ¿Tenemos que hablar de esto ahora?

—La noche en que el abuelo murió, yo estaba en casa. Si hubieras llamado, lo habría oído.

—¿Cómo lo sabes? Han pasado ya unas cuantas semanas. ¿Cómo vas a acordarte de dónde estabas la noche en que murió tu abuelo?

—Porque estaba con Megan —dijo Remy con voz glacial—. Y por si quieres saberlo, fue la noche en que Megan y yo nos hicimos amantes. Nunca olvidaría una cosa así.

Anita abrió los labios.

—Oh, bueno, quizá me equivocara de número.

—Quizá no —dijo Remy con aspereza—. No me llamaste, ¿verdad? No me llamaste a propósito. Por Dios bendito, mamá, ¿por qué?

Anita pareció encogerse.

—No podías hacer nada, ninguno podíamos hacer nada.

—Quizá no, maldita sea, pero, ¿tenías derecho a impedirme ver al abuelo antes de que muriera?

—Si hubiera sabido que estabas con Megan, no habría vacilado —murmuró Anita con gesto torvo—. Bueno, ahora ya puedes saberlo, supongo. Tenía miedo de lo que pudiera decirte.

—¿A mí? —Remy estaba confundido—. ¿De qué?

—De su testamento, por supuesto —contestó Anita con irritación —. Por Dios bendito, Remy, acabo de contártelo. Pensaba que sólo estaba pensando en cambiarlo, no que ya lo había hecho.

—Y pensaste que si me contaba lo que planeaba hacer yo podría insistir en darle a Megan una parte de mi herencia, ¿verdad?

Anita asintió.

—¡Oh, Dios, mamá! ¿Es que significa tanto este sitio para ti?

¿Hasta le negarías a tu padre moribundo su último deseo para asegurarte…?

—No era su último deseo —protestó Anita llorosa—. Lo único que dijo fue tu nombre y… y el de Megan.

—¿Y por eso llegaste a la conclusión de que quería quitarte tu herencia?

—Él no —Anita se humedeció los labios—. Megan. Oh, Remy. Di que me perdonas. Di que no lo usarás contra mí. Sólo estaba intentando hacer lo mejor para… para nosotros.

—No para nosotros —dijo Remy con náuseas—. ¡Dios mío! No me extraña que Megan quisiera salir de aquí volando. ¡Debió de pensar que los dos estábamos locos!

—¿Y qué importa lo que ella piense? —Anita se acercó entonces y, a pesar de su resistencia, le tomó la cara entre las manos—. Por favor, Remy. Intenta entenderlo.

No quiero que una mujer arruine tu vida como tu padre hizo con la mía.

Remy no pudo evitarlo. Se zafó de sus manos y dio un paso atrás como si no pudiera soportar que lo tocara.

—¿Sabes una cosa, mamá? —dijo con amargura—. Tú eres la única persona que ha arruinado mi vida. Quiero a Megan y, antes de que pasara esto, creo que yo también le importaba. Pero tú lo destruiste igual que destruiste la única cosa que podía haberla traído de vuelta a San Felipe. Nunca te perdonaré esto. ¡Nunca! —pasó por delante de ella con brusquedad, desesperado por salir al aire de la noche—.

Discúlpame, pero creo que pasaré de esa cena después de todo.

Capítulo 15

El avión se había retrasado en despegar de Londres, así que eran más de las seis cuando aterrizó en San Felipe. Megan hubiera preferido llegar más pronto porque quizá, para cuando se hubiera registrado en algún hotel de Port Serrat, Remy ya hubiera salido. Y tenía miedo de que, si esperaba hasta la mañana siguiente, perdería el valor de presentarse en su oficina.

Y verlo tampoco era lo más sensato. Había pasado un mes desde que había abandonado San Felipe, y no había tenido noticias suyas ni una sola vez.

Seguramente, si hubiera querido verla, habría hecho algún esfuerzo por ponerse en contacto con ella. Pero aunque esperó con ansiedad una llamada o una carta, no había recibido nada.

Tampoco había ayudado que Simón estuviera tan metido en su nueva relación que no había pasado casi tiempo con ella. El joven del que le había hablado, el que tenía ideas tan originales acerca de la sección étnica, había resultado ser más que un amigo y Simón y él habían decidido vivir juntos.

Lo que significó que Megan tuvo que buscarse un nuevo apartamento. Simón le había ofrecido que se quedara ella con él, ya que Keith tenía amigos en otra parte de Londres y Megan aceptó que, a partir de entonces, los deseos de Keith iban a pesar en las decisiones de Simón.

Por su parte, ella había preferido empezar en un sitio nuevo, aunque tenía dudas acerca de su futuro. Los contactos de Simón en Australia habían sugerido que estaría bien que Megan se instalara temporalmente en Australia para organizar el directorio de allí y todavía se lo estaba pensando cuando había llegado la carta de Anita.

Ahora se estremeció al recordar la excitación al ver un matasellos de san Felipe.

Pero la misiva de Anita había sido casi telegráfica: por lo que a ella se refería, Megan no tenía derecho a la parte que Ryan le había dejado del hotel y, como para ella no iba a ser de valor, Anita le ofrecía comparárselo.

Fue el insulto final, pero a Megan ya había dejado de importarle lo que pensara Anita. La escena que había montado cuando se había leído el testamento de su padre había destruido cualquier afecto que Megan hubiera sentido por ella y había creado un abismo tan profundo entre Remy y ella, que no le había quedado otro remedio que abandonar la isla.

Por supuesto, la situación al volver a Londres no le había parecido tan clara.

Durante el funeral, no le había dado a Remy la oportunidad de

explicar lo que sentía acerca de la situación, que era por lo que se había pasado cuatro semanas esperando con ansiedad su llamada. Sólo había llegado la carta de Anita proporcionándole la oportunidad de librarse de los Robards para siempre.

Sólo que sus sentimientos no le permitían hacerlo así. No quería su participación en el hotel y mucho menos el dinero de Anita, pero quería ver a Remy por última vez y aquella era la excusa ideal. Tenía que firmar unos papeles para renunciar a su parte y aunque podría haberlo hecho por correo, había preferido visitar personalmente a Ben Dreyer. Por eso se encontraba ahora en un taxi en Port Serrat en dirección al apartamento de Remy.

Cuando pararon, Megan usó los dólares que le habían quedado de la otra vez para pagar al taxista.

—¿Quiere que espere? —preguntó el hombre preocupado por la oscuridad.

—No. Estaré bien. Gracias.

El conductor asintió, pero esperó hasta que ella desapareció en el callejón para arrancar. Si Remy le hubiera demostrado siquiera aquella consideración, pensó al subir las escaleras.

«Oh, Dios. Por favor, que Rachel no esté aquí».

Apenas había empezado a considerar que Remy podría estar trabajando todavía cuando alguien corrió el pestillo.

A Megan se le debilitaron las piernas. La aparición de Remy en la puerta la dejó sin aliento. Había anticipado aquel momento y lo había ansiado, pero ahora no sabía qué decir.

Y él pareció tan asombrado de verla de nuevo, que no supo si su reacción se debía a la incredulidad o a que era la última persona a la que deseaba ver en la tierra.

—¡Megan! —susurró con debilidad—. ¿Qué… qué estás haciendo aquí?

Megan hizo un esfuerzo por recuperarse.

—¿Tú qué crees?

—No lo sé.

Remy estaba inseguro y cuando asomó a la luz de la escalera, Megan observó lo cansado que parecía. Era evidente que había estado trabajando más de la cuenta.

Quizá hubiera sido su forma de olvidar la muerte de su abuelo.

—¿No vas a invitarme a pasar?

Remy parecía anonadado.

—Ah… por supuesto —murmuró, apartándose de la puerta.

El salón estaba hecho un desastre. Los archivos y papeles se apilaban en sofás y sillones y había ropa diseminada por todas partes. En la mesa de capitán había varios vasos vacíos y en el aire flotaba el olor agridulce del alcohol.

Megan se detuvo en el umbral, asombrada del estado de la sala y con un murmullo ahogado, Remy pasó por delante de ella.

—Lo siento —dijo, recogiendo algunos papeles de uno de los sofás.

Entonces, hizo una bola con la ropa y la tiró a la cocina.

—No esperaba visitas.

—No.

Megan se mordió el labio inferior más preocupada por el aspecto de Remy que por el de la habitación. Tenía barba de varios días y las mejillas un poco hundidas.

—He estado trabajando en casa hoy —añadió, haciendo un gesto hacia el sofá desocupado. Se fijó en la mochila que ella había dejado en el suelo—. ¿Quieres tomar algo?

Megan sacudió la cabeza.

—No, gracias. Parece que has estado ocupado.

Remy apretó los labios.

—Supongo que no habrás venido hasta aquí sólo para hablar de mis hábitos laborales —declaró con tensión—. ¿Te envió Sylvie?

—¿Sylvie?

Megan estaba confundida, pero Remy sólo lanzó un suspiro de resignación.

—Suponía que habías pasado primero por la oficina. Bueno, tengo que decirte que no ha tenido nada que ver conmigo. Ni siquiera he sabido que mi madre se había puesto en contacto contigo hasta ayer.

Megan parpadeó hasta comprender de lo que estaba hablando.

—¿Crees que… he venido por lo de la participación del hotel? —preguntó con debilidad—. Bueno, no. Eso podría haberlo arreglado por teléfono.

Remy dejó caer la pila de papeles que tenía en la mano y la miró con debilidad.

—Entonces, ¿por qué has venido? —frunció el ceño y miró su mochila de nuevo

—. ¿Acabas de llegar esta tarde?

—Hace un momento, para ser más exactos. El avión traía retraso, así que vine directamente aquí desde el aeropuerto.

Remy entrecerró los ojos.

—¿A verme? —preguntó como si no pudiera creerlo—. ¿A mí?

Megan tragó saliva.

—No me lo estás poniendo fácil, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir?

—Bueno —Megan hundió los hombros con gesto de impotencia—. Pensaba…

Esperaba… que pudiéramos limar algunas de nuestras diferencias.

Remy se metió las manos en los bolsillos traseros de su pantalón arrugado y la camisa se entreabrió por su pecho.

—¿Como cuáles?

—Bueno, lo primero de todo quiero que sepas que yo no tuve nada que ver con que tu abuelo me dejara una parte del hotel.

—Eso ya lo sé.

El tono de Remy fue casi indiferente y ella sólo pudo mirarlo con los ojos como platos.

—¿Lo sabes?

—Claro. Creo que te conozco un poco.

—Entonces, ¿por qué no…?

Pero no pudo seguir ¿Cómo podía preguntarle que por qué no la había llamado? Y después de lo que había pasado en el funeral de su abuelo, sólo podía culparse así misma. Si no le hubieran importando tanto las opiniones de Anita. Si hubiera hecho caso a su corazón en vez de a su cabeza…

—¿Entonces qué? ¿Que por qué no intenté convencer a mi madre de que no habías tenido nada que ver con ello? ¿Crees de verdad que no lo he hecho?

Megan entrelazó las manos.

—Pero no te creyó, ¿verdad? Siento que piense eso, pero al menos hay algo que puedo hacer.

—Sí —Remy dio un paso hacia ella sin poder contenerse y Megan olió un leve trazo de alcohol en su aliento—. Rechazar el regalo de mi abuelo. ¿Crees que le hubiera gustado eso?

—Es lo que tu madre quiere que haga.

—No es eso lo que te he preguntado.

—Bueno… supongo que es también lo que tú quieres —dijo balanceando el peso de un pie al otro—. Pero me alegro que no hayas pensado que intentara engañarte. Y lo justo es que se quede en la familia.

Remy apretó la mandíbula.

—El abuelo pensaba que tú eras de la familia —Megan se preguntó cómo dos personas podían estar tan cerca sin tocarse—. Él quería darte una razón para tener que volver a la isla. Quería que estuviéramos en contacto.

Megan se estremeció.

—¿Estuviéramos? ¿Tu madre y yo?

—No, tú y yo —murmuró él, incapaz de evitar acercarse aún más —. ¡Por Dios bendito, Megan! Él pensaba en ti y en mí.

Megan se tambaleó entonces y, como si tuviera miedo de que pudiera caerse, Remy sacó las manos de los bolsillos y la sujetó por los hombros. Pero no la atrajo hacia sí ni intentó besarla. Sólo la mantuvo así como si no confiara en sí mismo.

Y al comprender que dependía de ella precipitar la situación, Megan alzó los brazos y los extendió sobre su torso.

—¿No quieres que ceda mi parte del hotel? —preguntó con un trémulo susurro.

Con un gemido de angustia, Remy la atrajo a sus brazos.

—Lo que yo quiero… —susurró Remy contra su cuello tembloroso — es que dejes de atormentarme —lanzó un profundo suspiro—. Hubiera jurado que no haría esto, pero que Dios me ayude, es más de lo que un hombre puede soportar.

Megan se apartó y miró su cara turbada.

—¿Que deje de atormentarte? —susurró, asiéndole la cara entre las manos—.

¡Oh, Remy! Yo no quiero atormentarte. Estoy aquí porque esperaba que todavía pudieras desearme.

—No.

Su negativa fue brusca.

—¿No me deseas?

—No, sí te deseo —gimió él atrayéndola de nuevo—. Pero, maldita sea, Megan No fui yo el que se fue sin despedirse siquiera.

—¡Oh! —exhaló el aliento que había estado conteniendo y se aferró a él como para no dejarlo partir nunca—. Yo, yo pensaba que no querías verme. Y después de lo que tu madre dijo… tenía que irme.

Remy lanzó un suspiro.

—Pero no intentaste ponerte en contacto conmigo.

—Aquí estoy —lo miró un poco a la defensiva—. Tú tampoco lo intentaste.

—Lo hice —Remy alzó una mano para apartarle los mechones húmedos de la frente—. Lo intenté, pero nunca estabas en casa.

—¡Oh, Dios mío! Me mudé de la casa que compartía con Simón. Lleva vacía un par de semanas.

Remy la miró con intensidad.

—¿Habéis roto?

—Sí, hemos roto.

—¿Por mí?

—No —Megan sonrió para tranquilizarlo—. Porque Simón ha conocido a un joven bastante atractivo llamado Keith. Ya te dije que éramos sólo amigos.

—No me dijiste que era homosexual. ¡Dios mío! Me he vuelto loco imaginándoos juntos en la cama.

—Simón y yo nunca hemos compartido una cama, pero… —se sonrojó— no diría que no si tú…

—¿Hiciera esto? —Remy le tomó la cara entre las manos antes de mirar su aspecto desarreglado. Entonces, incapaz de contenerse la besó—. No me tientes. No me queda mucha resistencia ahora mismo.

Megan se estremeció.

—Estaba esperando que dijeras eso —jadeó, apretando los brazos

alrededor de su cuello—. Y no me importa tu aspecto.

—A mí sí —con manos un poco temblorosas, Remy la apartó de sí, inspiró con fuerza y se fue hacia la puerta—. Sólo dame tiempo para tomar una ducha y empezaré a ser humano de nuevo.

Remy ya se había afeitado y estaba enjabonándose el pecho y los hombros cuando se abrió la puerta del cuarto de baño. Se dio la vuelta con asombro y vio a Megan, que se metía a su lado en la ducha.

—Yo también necesitaba una ducha. Acabo de hacer un largo viaje y he pensado que no te importaría compartirla conmigo. Puedo frotarte la espalda, si quieres.

Remy sacudió la cabeza.

—Ya sabes lo que yo quiero —dijo, excitándose sólo con verla desnuda—. ¡Por Dios bendito, Megan! ¿Qué estás haciendo? Todavía no he terminado de enjabonarme —entonces lanzó un gemido—. ¡Qué diablos!

La tomó en sus brazos entonces y el jabón se deslizó entre sus cuerpos mojados.

Los labios de Megan estaban húmedos y entreabiertos y su lengua se esforzó por buscar la de él. Remy nunca había conocido a una mujer tan en sintonía con sus necesidades como Megan, y la sensación de su erección contra el femenino estómago plano fue el mayor tormento que pudo imaginar.

Pero el más dulce también, admitió enterrando la lengua en ella en franca imitación a lo que otra parte de su anatomía se moría por hacer.

—¡Dios, Megan! Me he vuelto casi loco de deseo por ti.

—Yo también —susurró ella, poniéndose de puntillas para frotarse el cuerpo contra el de él.

Se arqueó contra él y, cuando sus manos abarcaron sus senos y frotaron los erectos pezones, ella gimió en protesta.

—Megan —jadeó él cuando ella enroscó una de sus piernas alrededor de su muslo.

Entonces, cuando ella se alzó para morderle el labio, la alzó en sus manos por completo permitiéndole que enroscara las dos piernas alrededor de sus caderas.

—Esto es una locura —jadeó conduciendo ya su cuerpo hacia el de ella.

—Una locura maravillosa —acordó ella, cubriéndole la boca mientras lo aceptaba con el cuerpo mojado—. Te quiero —susurró en un murmullo.

Aquella confesión fue todo lo que él necesitaba saber…

Poco tiempo después, Megan se estiró entre las sábanas revueltas de la cama de Remy. Después de haber hecho el amor en el estrecho cubículo de la ducha, se habían retirado a la habitación, donde le

había hecho el amor con toda la ternura y sensibilidad del mundo.

—¿Qué hora es? —murmuró al encontrarlo despierto a su lado.

—Como las nueve y media, creo —respondió él, adormilado—. ¿Por qué?

¿Tienes hambre?

—Sólo de ti —contestó ella con picardía montando una pierna sobre él—. ¡Oh, Remy! Me alegro tanto de haber vuelto.

—Yo también. Estaba empezando a pensar que sólo me había imaginado que tú sentías lo mismo que yo.

—¿Y qué es lo que sientes? Nunca me lo has dicho.

—No he tenido mucho tiempo. Además, pensaba que te lo había demostrado.

Te quiero. Como le dije a mi madre, creo que me enamoré de ti en el mismo momento en que te fui a buscar al aeropuerto.

—¿Se lo dijiste a tu madre?

Megan no podía creerlo.

—Le dije que éramos amantes.

—¡No!

—Sí. Intentó convencerme de que me había llamado la noche en que murió el abuelo y le pude asegurar con certeza que no era verdad porque lo hubiera oído.

—A mí también me dijo lo mismo, pero no pude contradecirle porque la hubiera llamado mentirosa a la cara.

—Ella te ha llamado cosas peores —dijo con aspereza Remy—. ¡Oh, amor mío!

¡Ha habido tantos malentendidos!

—Pero ya no los habrá más —susurró Megan, agachándose para acariciarle el cuello—. De todas formas, no entiendo por qué lo hizo.

—No sabía que el abuelo había cambiado el testamento y sabía que, si él me contaba a mí su voluntad, yo me encargaría de que se cumpliera. Te lo habría dado de mi parte.

—¡Oh, Remy! —lo besó con ardor—. Pues ahora puedes quedarte tú con la mía.

—No la quiero —declaró él con firmeza—. El abuelo quería que la tuvieras tú y, a menos que tengas otra razón para deshacerte de ella, creo que deberías conservarla.

—¿No te importa?

—¡No! ¿Crees que me ha importado alguna vez?

—No, pero tu madre…

—Mi madre no podrá poner objeciones a que mi mujer posea una parte del hotel. Eso es, si ese amor que dices tenerme incluye también el matrimonio.

Megan lo miró boquiabierta.

—¿Me estás proponiendo en matrimonio?

Remy lanzó una carcajada al ver su expresión.

—¿Tú qué crees?

—Entonces creo que conservaré mi parte.

—¿Quiere eso decir que aceptas?

—¿Tú qué crees?

La carcajada de alegría de Remy quedó ahogada cuando la enterró entre las almohadas para empezar a besarla con frenesí.

Nueve meses más tarde, nació el primer nieto de Anita.

Habían sido nueve meses muy ajetreados para Megan. Primero, había tenido que organizar la boda y la exótica luna de miel que habían hecho en las islas Fiji.

Después, un viaje Inglaterra con su nuevo marido para vender su parte de la empresa a Simón y, por fin, descubrir que estaba embarazada y toda la excitación que eso supuso.

Había sido una temporada agobiante en algunos aspectos. Aunque Anita se había visto obligada a aceptar la decisión de su hijo para no perderlo para siempre, Megan y ella habían tardado en limar las asperezas. A Anita no le gustaba mucho que estuviera involucrada en el hotel y había habido momentos en que esta última había pensado que nunca lograrían entenderse.

Pero descubrir que Megan estaba embarazada había supuesto el cambio definitivo. Y Anita había tenido que conceder que Remy nunca había estado mejor. Si Megan había sido la responsable del cambio, no podía ser tan mala, había decidido.

Por su parte, Megan había descubierto que quedarse embarazada le había hecho excesivamente tolerante y que, ahora que Remy y ella estaban casados, podía pasar por alto cualquier salida de tono de su suegra. Y con la llegada del nuevo miembro de la familia, acabarían entendiéndose.

El único pesar de Megan era que Ryan y su madre no estuvieran vivos para ver a su nieto, pensó una tarde soleada en que Remy y ella empujaban el carrito de su hijo hacia el cementerio.

—Hubiera estado tan feliz —susurró, sintiendo la seguridad del brazo de su marido alrededor de ella, sentados en el Jardín del Recuerdo—. Perdóname, papá, pero creo que los Cross y los Robards han hecho por fin las paces.

Fin